

P. Kentenich

**SELECCIÓN DE TEXTOS SOBRE
EL PENSAMIENTO SOCIAL DEL P. JOSE KENTENICH**

Editorial Patris

Indice de Textos

1. De Acta de Prefundación - 1912
2. De Acta de Fundación - 1914
3. De Curso sobre la Cuestión Social - 1930
4. De Curso Pedagógico - 1930
5. De Segunda Acta de Fundación - 1939
6. De Cartas del Carmelo - 1941-42
7. De Semana de Gratitud - 1945
8. De Nuestra Misión mariana - 1945
9. De Lucha por la verdadera libertad - 1946
10. De Semana de Coronación - 1946
11. De Semana de Octubre - 1947
12. De Carta de Octubre - 1948
13. De Carta de Nueva Helvecia - 1948
14. De Informe de Norteamérica - 1948
15. De Plática del 31 de Mayo - 1949
16. De Epistola Perlonga - 1949
17. De Semanas Pedagógicas - 1950
18. De Curso Pedagógico - 1951
19. De Pláticas de 10 y 13 de junio - 1952
20. De Carta a Mons. Josef Schmitz - 1952
21. De Carta a P. Adalberto Turowski - 1952-53
22. De Textos de Pláticas de Milwaukee - 1952-1962
23. De Plática de Milwaukee - 1963
24. De De Desiderio Desideravi - 1963
25. De Plática - 1966
26. De Plática - 1967
27. De Plática - 17 de junio de 1967
28. De Retiro Padres de Schoenstatt - 1967
29. De Semana de Octubre - 1967

I. INTRODUCCION

Schoenstatt es una comunidad carismática y profética suscitada por Dios para nuestro tiempo. Su misión es ser una célula viva de la Iglesia según las exigencias del tiempo futuro. Como tal quiere encarnar las fuerzas originales del cristianismo en forma adaptada a los nuevos tiempos, creando un nuevo tipo de comunidad en base a hombres nuevos.

El nuevo tipo de hombre se encontraba desde el inicio, como idea casi congénita, en la mente del P. Kentenich y se concretó en la Familia de Schoenstatt por su acción guiada en todo por la fe práctica en la Divina Providencia. (Ley de la puerta abierta y de la resultante creadora). Este nuevo tipo de hombre y nueva comunidad se gestaron teniendo como imagen orientadora y como forma gestora la persona de la Santísima Virgen con quien Schoenstatt se unió por la Alianza de Amor sellada en el Santuario el 18 de octubre de 1914. Por esta Alianza de Amor, Schoenstatt se sabe llamado a ser instrumento para la renovación del mundo en Cristo.

Schoenstatt se guía por una visión del futuro (carácter carismático y profético) y, en este sentido, su carácter mesiánico. Es decir, quiere ayudar a redimir el mundo, no solamente de necesidades terrenas sino también del pecado y de la lejanía de Dios, tratando de resolver, a la luz de los principios originales del cristianismo, en la escuela de la Madre tres veces Admirable y bajo su protección, la relación entre personalidad y comunidad, entre personalidad y economía, personalidad y técnica, personalidad y progreso social¹ Camina hacia los nuevos tiempos con una grande y misteriosa victoriosidad, apoyado en la irrupción de la fuerza divina. Se sabe y considera a sí mismo como obra de Dios y se siente seguro, apoyado en la victoriosidad de su gracia redentora (fe práctica y Santuario). A diferencia del "colectivismo, que se apoya en convicciones de tinte materialista y condicionadas al desarrollo histórico, que ve la disolución del orden mediante el nuevo paraíso, como una ley natural evidente y necesaria y que, por eso, no se deja amedrentar por ningún revés."²

Schoenstatt desarrolla su visión del hombre nuevo y de la nueva comunidad con una mirada de soslayo al colectivismo. Ve en el colectivismo el compendio de las herejías antropológicas de nuestro tiempo, el cual crea a un hombre radicalmente desvinculado de las personas, de Dios, del terruño y de los ideales (y con ello de la verdad metafísica y revelada), llegando a ser prototipo del hombre despersonalizado, masificado y desdivinizado que hoy abunda en la cultura oriental y occidental. El tipo de hombre schoenstattiano es el hombre radicalmente vinculado a las personas, a Dios, al terruño y a los ideales, animado en su interior por la fuerzas fundamentales del amor y, por eso, marcadamente personalizado, comunitario y sobrenatural.

Schoenstatt, como el colectivismo (marxismo leninismo), propone una nueva visión del hombre y de la historia. Pero, a diferencia y en oposición al mismo, su visión es universal. Es decir, "abraza el tiempo y la eternidad, el más acá y el más allá, las necesidades económicas, sociales, políticas, morales y religiosas de todos los hombres, también de los desheredados, de las masas que cuentan millones".³ Schoenstatt realiza su misión

¹ . Cf. *Carta de Nueva Helvecia*, 1948.

² Ibid.

³ Ibid

impulsado por la acción de María en el Santuario y por una eficaz cooperación humana concretada en las contribuciones al Capital de Gracias.

Su labor la orienta hacia la creación de un “*ens in se*”, “*ens pro et in aliis*”, es decir, hacia la creación de un caso preclaro o una “Iglesia en pequeño”, sin lo cual sus ideales no tendrían eficacia ni dejarían de ser sólo ideas teóricas. Apoyado en el esfuerzo por ser en sí y emergiendo del mismo, desarrolla una labor de conquista, penetración y animación tanto en el ámbito de la Iglesia como en el orden temporal. Esto se expresa también diciendo que los schoenstattianos tienen la tarea de hacer apostolado para Schoenstatt y en el sentido de Schoenstatt.

Schoenstatt acentúa con unilateralidad orgánica que la creación del hombre nuevo y la nueva comunidad se basa en una conversión religioso-moral, la cual debe fundamentar y acompañar todo cambio de estructuras.

1. De *Pre-Acta de Fundación* -1912

El Acta de Prefundación presenta el gran problema cultural de nuestro tiempo: la desarmonía entre el progreso técnico y el progreso humano. Con ello denuncia la masificación y despersonalización proclamando la necesidad de educar un tipo de hombre libre, de convicciones personales, comunitario, orientado sobrenaturalmente, y apostólico.

Hace algún tiempo, un estadista italiano señaló como el mayor peligro del progreso moderno, el hecho de que los pueblos atrasados y semicivilizados se apoderasen de los medios técnicos de la civilización moderna sin que, al mismo tiempo, les sea suministrada la suficiente cultura intelectual y moral para emplear bien tales conquistas.

Pero quisiera invertir el problema y pregunta: ¿Están los pueblos cultos y civilizados suficientemente preparados y maduros para hacer buen uso de los enormes progresos materiales de nuestro tiempo? ¿O no es más acertado afirmar que nuestro tiempo se ha hecho esclavo de sus propias conquistas? (...)

Esta tremenda discrepancia, (técnica-hombre), esta inmensa grieta, se hace cada vez más grande y profunda. Y así tenemos ante nosotros el fantasma de la cuestión social, si es que no aplicamos todas las fuerzas para producir pronto un cambio. En lugar de dominar nuestras conquistas, nos hacemos sus esclavos.(...)

En adelante no podemos permitir que nuestra ciencia nos esclavice sino que debemos tener dominio sobre ella.(...)

2. De Acta de Fundación - 1914

En el Acta de Fundación, el P. Fundador muestra y hace consciente en los jóvenes el problema social. En ella muestra cómo un hecho aterrador, la guerra europea, era una clara voz de Dios. Esta debe inflamar en los jóvenes el amor a la patria.

Los grandes sucesos mundiales son grandes llamadas de Dios a la conversión

La guerra es una gran misión popular, o, aplicado a nosotros, un retiro que cala hasta lo hondo. El éxito de este retiro debe ser tanto más grande cuanto que el predicador es el mismo Dios infinito, el que mejor conoce el corazón de los hombres. La forma en que él nos habla no es la palabra sino por un hecho grandioso, un hecho extraordinario, impresionantemente dramático en el cual cada uno de nosotros tiene algún rol. Mientras más se precipita este hecho, se nos hacen más evidentes las verdades del retiro: La relación fundamental del hombre con Dios, la ruptura de esa relación por el pecado y la restauración por medio de una unión más estrecha a Cristo (...)

De los pueblos que ahora luchan, algunos son martillo, otros yunque, nosotros vamos a golpear o se nos golpeará, pero el Dueño, que está hoy en el taller de Europa y que acrisola los pueblos, es Dios, el que da la ley y el vengador del orden moral del mundo. Sin pecado no habría guerra. Eso vale en general, se deja aplicar especialmente respecto a las actuales matanzas de los pueblos. (...)

Pero mientras más ardiente el patriotismo, tanto más grande es nuestro anhelo de comprometernos eficazmente en la conformación de los hechos. (...) Ustedes, jóvenes, deben pelear, vencer y tener parte en el consejo de guerra y coedificar en la historia del mundo. Nosotros no somos un número superfluo, condenados a la inactividad sino que somos factores decisivos de los cuales depende mucho. El arma, la espada con la cual van a ayudar a que la patria alcance la victoria, es una seria, estricta penitencia, dominio de sí, vencimiento de sí mismo: santificación personal. (...)

La guerra iguala a todos

En la guerra no hay diferencia de clases sociales: pobres y ricos, clase alta y clase baja, todos tienen sin excepción que salir. Todos comparten el mismo destino. Por otra parte, podrían ver cómo muchos a nuestro alrededor forcejean contrariados las cadenas opresoras, observando con envidia y odio a los dueños de fábricas, a los empresarios, a los jefes, a los párrocos; a todos los que tienen mejor suerte que ellos. Quizás algunos de estos inconformistas dieron libre curso a su elocuencia y lanzaron sus ideas revolucionarias de la supresión de las diferencias de clases y del orden social actual... La mirada observadora de ustedes confirmaba muchos de los desórdenes que critican. Y así llegan, ustedes mis queridos congregantes, sin darse cuenta, a convertirse en socialistas en miniatura (...) Ciertamente que también a éstos, como a todos los que a su edad pasan por la vida con los ojos y oídos abiertos, en alguna forma les ha llegado a su conciencia la clamorosa angustia de tantas familias y la tremenda ruptura que divide a la sociedad humana. (...)

Necesidad de la autoeducación para un trabajo social.

Las más grandes necesidades de nuestro tiempo solemos designarlas con el nombre genérico de miseria social; y la actividad orientada a la disminución o supresión de esa miseria, la llamamos trabajo social, trabajo por la solución de la cuestión social.(...)

- a) El hombre es un ser social. Además, porque somos hombres modernos;
- b) Congregantes y
- c) Futuros sacerdotes.

De la nada no sale nada.(...) El hombre es un ser comunitario; tiene que compartir sus bienes y debe ejercer en la sociedad una influencia plenamente positiva, vitalizadora y estimulante.. Siendo fruto de la sociedad está destinado a ella. Es necesario rechazar toda idea individualista, sea que ésta venga por desengaños en los demás, o de una manera de ser heredada. ¡Rechazad esas ideas! Son para nosotros una grave tentación.

Mientras más intercambiamos entre nosotros y nos ayudamos mutuamente en el plano material, moral y religioso, tanto más plenamente hemos realizado en nosotros la imagen de hombre. (...)

Hay que educarse para un trabajo social

- a) Conocer las causas de los grandes problemas sociales de nuestro tiempo. (...)

Las causas últimas y profundas de las tensiones sociales del presente.(...) Cae por su propio peso la comparación con la angustia clamorosa existente en nuestras grandes ciudades que se aplican para evitarla o atenuarla. (...)

- b) Es necesario educarse también para la acción social.

Cada ejercicio práctico de una verdad adquirida la ilumina con una nueva luz. ¡Aquí debemos poner el acento!. Podría alguien pensar que si no estuviesen en el internado sería uno de los primeros que me agregaría al movimiento social estudiantil. (...)

Conquista del espíritu social, espíritu cristiano heroico

Si queremos desarrollar una generosa acción social en nuestra vida futura, entonces nuestra mayor obra social ahora tiene que consistir en la conquista del espíritu social. Espíritu social es espíritu de amor, de bondad, de respeto hacia los demás, de especial comprensión de las necesidades ajenas y de ayuda pronta y delicada. En una palabra, es espíritu auténticamente cristiano de heroísmo, de sacrificio (...)

Esto supone luchar enérgicamente contra el egocentrismo y el infantilismo que centra en el yo. Todas las actividades del día, del horario, pueden ser escuela de acción social, pueden preguntarse cómo nos educan socialmente los juegos, las diversiones, las comidas comunitarias. (...) Puede haber algún compañero que esté triste, al que siempre se le molesta y del quien se ríen; nuestro lugar está junto a oprimido. A menudo somos nosotros mismos los que, con nuestro comportamiento o nuestras bromas, hacemos sufrir a los demás. (...)

Nos falta la comprensión, la mirada adecuada para los sentimientos de los demás. De nuestros superiores exigimos siempre toda clase de consideraciones... ¿Y nosotros?... Por

eso, ceder más, más servicialidad, modestia, suavidad en el juzgar, compartir más las alegrías y las penas. (...)

3. De Curso sobre la cuestión social - 1930

Según el esquema que se posee de este Curso, el P. Kentenich aborda en él la problemática social analizando la doctrina de los Papas en la literatura de aquella época y los signos de los tiempos. Aborda críticamente el sistema marxista y analiza fenomenológicamente la situación de los trabajadores que cada día se alejan más de la Iglesia.

Desafío social de la Iglesia

La Iglesia, que a los trabajadores, se les presenta como remolque del capitalismo, ha descuidado

- a) formar jefes para la solución de las cuestiones económicas;
- b) acentuar en forma suficientemente aguda el amor y la justicia. (...)

Cómo responder al grito de liberación de los trabajadores:

1. Por la desproletarización de las estructuras:
 - a) Desproletarización de la economía (equivale a decir humanización de la economía).
 - b) Desindustrialización de las estructuras eclesiásticas.
2. Por la desproletarización del espíritu (conquista de una actitud y acción social).

4. De Curso pedagógico - 10-14 de junio de 1930

En este Curso Pedagógico, el P. Kentenich reflexiona sobre cómo Schoenstatt debe influir en el desarrollo de la historia, especialmente siendo una comunidad de educación.

Ser una comunidad de educación para influir en el desarrollo de la historia

Hemos de analizar nuestra comunidad de educación a la luz de las comunidades de educación bolchevistas y socialistas. (...) Vemos nuestra educación a la luz de la revolución mundial, pues la revolución mundial es la meta de la sabiduría educativa, de los medios y tendencias de educación del bolchevismo (...) Nuestra educación debiera poner propiamente en escena una revolución mundial. Pues nuestra educación es originariamente cristiana. ¿Y no pertenece a la esencia de la sabiduría de educación cristiana la revolución mundial?. Las bienaventuranzas, ¿no exigen una profunda revolución de la personalidad y del mundo? (...) ¿Ven ustedes? ¿No está el cristianismo en su esencia enfocado hacia la revolución? Nuestra educación cristiana debería haber decidido ya hace tiempo esa revolución mundial en el sentido de Dios. ¿Cómo están las cosas realmente? Desgraciadamente parece que el catolicismo, el cristianismo, se encuentra escondido bajo los cimientos como si tuviese miedo del contacto con el mundo,, como si quisiera permanecer en la penumbra llevando una existencia tranquila, agradable y pacífica, no mezclándose en las grandes luchas del tiempo actual, en las luchas del mundo. Desgraciadamente, hoy vemos triunfar por todas partes la revolución en el sentido del demonio. Y esto porque nosotros católicos, no hemos puesto en marcha y no hemos decidido la revolución según Dios (...) Esperamos con humildad, pero con gran confianza, que el Dios poderoso y bondadoso, por la intercesión de la Santísima Virgen, la Madre tres veces Admirable, haya dado a Schoenstatt una gran misión en este sentido.

¿Acaso nos podemos atrever a colocar dos expresiones, una al lado de la otra: Moscú-Schoenstatt? Sí, desde Moscú nace una revolución en el sentido del demonio, una revolución en la educación. ¿Debo señalarles, decía anteriormente, todo lo que escuchamos de Rusia, lo que escuchamos de los niños, de los adultos, de la no consideración del matrimonio, del hundimiento de la moral, de la denigración de la mujer? Estas son sólo muestras de una revolución en el sentido del demonio. ¿No podemos esperar también una revolución que nazca desde nuestro Santuario, una revolución en la educación, evidentemente en el sentido de Dios?

Quien posea una fe debe, de partida, predisponerse para tener una gran paciencia. Pues aquí yace la gran diferencia entre una revolución según el demonio y una según Dios. Cuando el demonio está en la obra, pronto encuentra aliados en los instintos bajos, en las inclinaciones y pasiones más bajas. Allí todo funciona rápido y fácil, en todas las direcciones, hacia arriba, en la expansión y en la profundidad. Cuando Dios está en la Obra, en un movimiento religioso de reforma, se necesita extraordinaria paciencia, pues tales pensamientos maduran sólo con los siglos y los milenios. Por eso todos nosotros, quienes nos encontramos sólo en los inicios del Movimiento, necesitamos también una gran fe en la misión. Por eso nosotros, que somos dirigentes, necesitamos en este movimiento una extraordinaria paciencia.

La revolución mundial en el sentido del demonio, debe despertarnos para que por fin pongamos en marcha la revolución del mundo en el sentido de Dios. (...)

El actual tiempo de transición requiere de nosotros un estilo de profeta. Estos son los jefes que requiere una época de anarquía y de disolución. Este debe tener una fuerte conciencia de misión. Debe saber que será atacado, que el tiempo de la tranquilidad ya pasó, que hoy todo es inseguro. Debe poseer:

1. Radicalismo de pobreza:

Si queremos ayudar al obrero de nuestro tiempo, entonces tenemos que ser más sencillos como sacerdotes, como profesores; debemos ser más cercanos, ser más sencillos en el vestir, en nuestra casa, en nuestra manera de ser (...) La crisis actual no es, en último término, una crisis de fe sino de confianza. El pueblo no confía más en sus jefes (...)

2. Radicalismo de humildad:

- a) Hoy no se acepta al tipo de jefe superior, paternalista (materialista);
- b) El ser un jefe carismático es un regalo de Dios;
- c) Debemos ser del tipo de jefe “amigo paternal (maternal)”.

¡Cuánto espíritu de servicio, de humildad, implica este tipo de jefe! Yo no me puedo poner por encima de los otros; debo estar entre los demás. Ciertamente, tengo el derecho y el deber de anunciar la ley de Dios y de sancionar las transgresiones. Pero si parto de un espíritu de humildad, de servicio, entonces toma otra coloración. El otro no se siente adoctrinado. Existe una misteriosa unión. Y esto es justamente lo que el hombre actual desea, en un tiempo de disolución cuando se cortan todos los vínculos. Debemos nuevamente unir por medio de una profunda y cordial humildad (...) Este es el amigo paternal (maternal) que, en todas partes, atrae hacia sí los corazones, que se coloca en el mismo peldaño con los demás, que conoce una adecuada cercanía a la vida y, sin embargo, irradia también una cierta lejanía.

3. Radicalismo de la pureza (...) (no fue desarrollado)

5. De Segunda Acta de Fundación - 1939

Schoenstatt nace para dar respuesta al tiempo actual

Todos nos damos cuenta de que estamos ante una catástrofe mundial y ante un cambio radical de los tiempos, y una y otra vez se nos plantea nuevamente la pregunta: ¿será acaso éste el tiempo para el cual la divina Providencia ha forjado el arca de nuestra Familia? ¿O deberá crecer y volverse más devastador aún el diluvio?

Así penetramos en una época que podría denominarse el último eslabón de un desarrollo que duró cuatro siglos, como una falange férreamente unida en un mismo espíritu sobrenatural, pertrechada con una sólida armadura espiritual y dispuesta para el combate, llena de esperanza y anhelo de poder ayudar a la Santísima Virgen en una época de derrumbe, a realizar aquella gran idea: "A la sombra del Santuario..." (...)

Aquel que en tales tiempos no posee la incommovible convicción de estar investido de una misión divina especial y, por lo tanto, de contar con fuerzas divinas, está condenado de antemano a la infecundidad, al desánimo y a la inactividad y, por ende, al fracaso final. Solamente el que estuviere provisto de una confianza inquebrantable en esta fuerza y misión divinas, podrá aventurarse sobre el agitado y tempestuoso océano de la vida.

Si tomamos en serio el espíritu del Poder en Blanco, el servicio apostólico a la Mater, y nos entregamos con toda el alma a propagarlo, entonces esperamos ser dignos de apresurar los tiempos en que la Iglesia pueda cantar *omnes haereses etiam anthropologicas, tu sola intervenisti in universo mundo*: también has triunfado sobre las herejías antropológicas de estos tiempos y has implantado el nuevo orden social de la sociedad cristiana.

6. De *Cartas del Carmelo* - 1941-1942

En las Cartas del Carmelo para el año nuevo 1941-1942, el P. Kentenich hace reflexiones correspondientes a la época, pero pensando en las grandes líneas de la estructura de un nuevo orden social y mundial.

¿Cuál es la consecuencia? Eso lo saben ustedes tan bien como yo. Un amor apasionado, sin límites, una entrega total de mente y espíritu a esta Familia y a su misión, aunque tenga aún tantas arrugas, defectos, debilidades y miserias en cada una de sus ramas. Para nosotros debe haber sólo un *Ceterum censeo* que repitamos siempre con fuerza elemental y unilateralidad orgánica: nuestra Familia.

Aparecen en el horizonte, lenta, claramente reconocibles, *las grandes líneas de la estructura de un nuevo orden mundial*: un mundo antiguo está en llamas. Vemos todo esto y lo valorizamos sólo a la luz de nuestro *Ceterum censeo*. Mientras tanto están ante nosotros los millones de las generaciones presentes y futuras, que extienden las manos hacia nuestra Arca, la cual ha de conducirlos a salvo, por encima de la gran corriente, hasta la orilla celestial. Para el verdadero enviado en una época tan crítica, hay y sólo puede haber una cosa, nuestra misión, nuestra Familia, nuestro *Ceterum censeo*...

7. De Semana de Gratitud - 1945

En la Semana de Gratitud de 1945, el P. Kentenich habla del ideal de Schoenstatt como "Arca", "Ciudad del cielo en el valle", Ciudad ideal", "Iglesia ideal", "Iglesia en pequeño".

La imagen de Dios, seguro perfecto para la imagen del hombre

Schoenstatt posee:

1. Una ley directriz u orientadora (Richtungsgesetz)

a) Interior (ascético-pedagógicas) y

b) Exterior (organizativa)

ad a) *La ley interior* consiste en el universalismo, en la compenetración del misterio mariano, cristomístico, de la Santísima Trinidad, en el misterio del hombre. “Todos los misterios divinos buscan una irrupción en lo humano. Lo divino debe compenetrar lo humano. Por eso, repercusión en el misterio del hombre. Cómo debemos interpretar esto? Se ha encontrado una clara terminología en la “santidad de la vida diaria”. Lo divino debe ayudar a formar el hombre, a conformar la vida diaria (...) Lo auténticamente humano es la imagen de la libertad.

La ley de orientación interior lucha por la encarnación, por la compenetración de la imagen de María, de Cristo, de la Santísima Trinidad. En una palabra, de la imagen de Dios. Pero quisiera que esta triple imagen se realizara en la imagen del hombre. En este tiempo, cuando la imagen del hombre está tan decididamente en primer plano, la imagen de Dios quiere y debe significar un perfecto seguro para la imagen del hombre. Y si pensamos en la imagen amenazada del hombre, no sólo queremos constatar simplemente santidad de la vida diaria; hoy queremos ir más allá. Este es el sentido profundo de todo el movimiento que hemos perseguido desde el inicio: queremos crear el hombre nuevo salvando así la imagen del hombre:

que nazcan hombres nuevos
que, siendo aquí en la tierra libres y fuertes,,
se comporten como Cristo
en las alegrías y dificultades
y que sólo con Cristo entrelacen
el afán de sus corazones
así como durante su vida se entregó
María, la Madre y Esposa.

Por lo tanto, el Movimiento masculino debe crear el auténtico tipo de hombre. El movimiento femenino debe ayudar a forjar la auténtica mujer. Y si no hubiésemos hecho otra cosa en el Movimiento que encarnar esta imagen del hombre querida por Dios, ya hubiésemos hecho algo extraordinariamente valioso y grande, entonces fluiría una corriente de bendiciones extraordinariamente grande desde Schoenstatt en el tiempo y en el mundo actual. (...)

Pienso en el mundo actual, veo Alemania, veo todas las naciones del mundo ante mí. ¡Un espectáculo desconsolador! Por todas partes se ha arrancado a Dios, el fundamento esencial del mundo. ¿Cuáles son las consecuencias? Un vacío imposible de llenar ha surgido en

todos los países culturalmente elevados; y este vacío es la causa de que en todas partes la cultura, incluso la humanidad misma, esté destruyéndose.

¿Quién llena este vacío? ¿Dónde está el profeta, dónde está el enviado de Dios que traiga nuevamente a ese Cristo expulsado a este lugar vacío? ¿Dónde está este Profeta, enviado de Dios? El mundo está hecho un montón de ruinas; lo estamos experimentando: apostasía de Dios significa desintegración. Esto ha sido siempre verdad. Apartarse de Cristo, trae ruina para la naturaleza humana.

Una sola gran columna ha quedado de esta ruina, una sola columna intacta. Ella está ante nosotros; es la bendita entre todas las mujeres, la única columna humana que, a través de todos los tiempos, se eleva hacia la altura. Y todos los que se aferran a esta columna serán atraídos al proceso de salvación del mundo actual.

¿Quién puede llenar el vacío? ¿Quién va a traer al Salvador al mundo? ¿Quién va a traer nuevamente a Dios? María, la Esposa y Compañera de Cristo, María!

María representa la imagen ideal del hombre nuevo y de un nuevo orden mariano.

ad b) Ley exterior de orientación:

Queremos crear un mundo movilizado apostólicamente. No sólo tenemos como meta de nuestras aspiraciones y esfuerzos la reforma de todo el mundo. No, cada persona que entre en contacto con nosotros no sólo tiene que ser tocado por lo divino; él mismo debe llegar a ser un apóstol.

2. Schoenstatt se guía también por una ley de construcción

- a) interior y
- b) exterior

ad a) Queremos lograr el Reino del amor, de la pureza de la libertad, de la alegría, de la verdad, de la justicia, de la alegría en el luchar y de la seguridad en la victoria (Canto al terruño)

ad b) Ley exterior de construcción: necesidad de la membralidad, incorporación a la Iglesia

8. De Nuestra misión mariana - 1945

Y, sin embargo, el tañido de las campanas de la paz también despierta en nosotros un sentimiento de profunda tristeza. Pensamos en las ruinas de nuestra patria, en nuestros muertos. Aquellos que sufren por los suyos, caídos en batalla, sienten más profundamente esta tristeza. ¡Si la paz hubiera llegado antes, los míos estarían aún con vida!. Y más dolorosa es nuestra tristeza, si pensamos en nuestro pueblo. En el último decenio, nos hemos convertido en un pueblo misérrimo.. Nuestras grandes ciudades han sido destruidas. Los grandes monumentos de nuestra cultura, testigos de un gran pasado, son ruinas sobre ruinas.

El cristianismo sometido al nacionasocialismo

Experimentamos hoy el término, el final de una persecución a Cristo, sin parangón, de una exclusión de Cristo sin paralelos. Los que pudimos vivir ajenos en los pueblos, no sabemos todo lo sucedido. Pío XI dijo: Hoy experimentamos una persecución a Cristo, como nunca la ha experimentado el mundo desde que existe. Esta persecución ya ha pasado, ha quedado atrás. Pero fue promocionada desde arriba, en forma oficial y con todas las fuerzas. Las persecuciones a los cristianos de los primeros siglos no son nada en comparación con lo que ha sucedido entre nosotros. Se los persiguió con mucho mayor refinamiento que antiguamente. Los cristianos eran tachados simplemente como delincuentes. La fidelidad religiosa, la adhesión a Cristo era considerada un delito político. La consigna era: no queremos ni hacemos mártires, sino que catalogamos a los cristianos como delincuentes políticos. Y, sin embargo, corrieron ríos de sangre de mártires. Ahora, vivimos el término de esta persecución.

Muy pronto, también nosotros tendremos que ser heraldos de la justicia. ¡Qué pesado yugo nos será impuesto! ¡Vigilad y alertaos mutuamente!

Mundo sin Cristo, sociedad sin moral

Las campanas de la paz cantan un himno de agradecimiento por el término momentáneo de esta persecución a Cristo sin parangón y de este horrendo odio a Cristo. Anuncian el término, el cese de la exclusión de Cristo, aunque también el término de una increíble amoralidad. Quien rompe la primera tabla de la Ley, despedaza también la segunda. La exclusión de Cristo conduce a la amoralidad. No tenemos formas suficientemente peyorativas para imaginarnos la amoralidad y la carencia cultural absoluta, tal como fue predicada formalmente y vivida prácticamente. ¿Acaso no es el máximo de amoralidad el privar a los hombres del fundamento de la moralidad, la libertad y la dignidad originarias? Esta era la “buena nueva” de los actuales detentores del poder. A la doctrina cristiana de la inmensa importancia de la personalidad y de la dignidad individual, se le opuso la doctrina “salvadora” de la tremenda insignificancia de la personalidad y de la inmensa importancia de la nación, del perderse en y por la nación. El peor crimen del tiempo actual es el de asfixiar a la personalidad. Estuvimos muy a punto de transformar a toda Europa en un solo campo de concentración. Veíamos la despersonalización como la cima de la desculturización. Se veía surgir y venir el nuevo hombre, terrible y horrendo. Se lo equipaba como nunca en la historia mundial.

Despersonalización, pérdida de la cultura y de la religiosidad

La despersonalización es la cumbre de la arreligiosidad. Estamos agradecidos de darnos cuenta de ello. Al retornar hoy al trabajo, debemos comprobar en qué forma abyecta fueron pisoteadas las leyes, tanto de la segunda como de la primera tabla de la Ley. Todos somos pecadores, también nosotros, sacerdotes católicos y religiosos. También se pecó en las etapas más brillantes de la Iglesia. Pero es muy distinto llamar “pecado” al pecado -y así ocurría antes- que llamar “virtud” al pecado, lo que actualmente se predica como Evangelio. Hoy se ensalza al pecado.(...)

No quisiera encubrir ni ocultar nada. San Agustín fue un santo, un teólogo y un filósofo. Decía: Si aquí en la tierra a los malos les fuera mal , y a los buenos, bien , y no que a los malos les fuera bien, y a los buenos, mal, si así fuese, comprenderíamos todo y todo estaría claro. Pero Dios es un misterio y continúa como tal: "El habita en la luz inaccesible" (1 Tim 6,16). Pero los hombres han ido más lejos y han examinado la historia de los pueblos, no sólo el destino de los individuos, y han descubierto una ley: La historia del mundo es la historia del juicio del mundo. Pueblos enteros también pueden pecar como tales.

Los pecados de un pueblo se expían en la tierra

¿Y la culpa de los pueblos se expía en este mundo o en el del más allá? No son pocos quienes afirman que los pecados que cometen los pueblos y naciones deben ser expiados, aquí en la tierra, pues en el cielo no hay distinción de lugar para arios o mongoles. El cielo es propio y común a todos los hijos de Dios. Lo mismo vale para el infierno y el purgatorio. La historia del mundo es el juicio del mundo. Los pueblos que han pecado deben hacer la correspondiente penitencia aquí en la tierra. ¿Ha pecado nuestro pueblo? Sí, y, con certeza, muy gravemente. Y ya que el juicio del mundo nos ha alcanzado, sentimos gran humildad y tristeza; padecemos lo que nos hemos merecido.

Pero nos preguntamos ahora: ¿y en qué me toca lo que ha hecho mi pueblo? Yo no he pecado con mi pueblo. Estamos aquí ante un misterio. Estamos rodeados de más misterios de lo que pensamos. ¡Es que somos tan individualistas! Ciertamente, hay una culpa personal, pero existe también un entrelazamiento de destinos. Algunos hechos que lo confirman: ¿cómo es que Adán haya pecado y que nosotros debamos experimentar la culpa? Entrelazamiento de destinos. Cuando uno peca, los demás son sobrecargados. David pecó, pero como rey de su pueblo, y todo el pueblo tuvo que hacer penitencia. Hoy entendemos mejor estas cosas. Hay una “masa hereditaria” sana. Pero los hijos, y los hijos de los hijos, deben sufrir lo que han pecado sus antepasados. Conformamos una unidad moral. Si un pueblo peca en sus cabezas, en sus dirigentes, todo el pueblo es sobrecargado, y también aumenta mi cuenta personal de culpas.

Todo pueblo tiene los dirigentes que se merece

En segundo lugar, se dice que todo pueblo tiene los dirigentes y guías que se merece. También en esto hay entrelazamiento de destinos. Si profundizamos este pensamiento, comprenderemos lo que nos sobrevino. ¡Cuántos hechos abyectos ocurrieron en nuestra nación! Difícilmente podríamos exagerar y apenas entendemos los delitos que se cometían a diario. Nuestro espíritu debe estar lleno de tristeza, pero de ningún odio contra los culpables. Se ha envilecido el nombre de nuestro pueblo, cuya ignominia actualmente está

a la vista de todos. Realmente queremos profundizar este espíritu de tristeza en nosotros mismos. Tampoco nosotros estamos sin manchas. No pocos de nuestras filas han coreado esas consignas ajenas más de lo que debían, y se han pasado del frente cristiano al anticristiano. La disculpa que dan es que aquello era hipnotizante, que era una narcosis. Pero jamás debemos olvidar que no pocas veces fue más culpa que otra cosa. Es por eso que a los nuestros debemos educarlos desde la niñez en la veracidad y en la justicia. No debemos buscar subterfugios tan fácilmente y decir que no tenemos culpa. También existe la culpa de omisión, *peccata omissionis*, no sólo la culpa cometida, *peccata commissionis*.

Una mirada a nuestro interior nos dice, en primer lugar, que cuando oscurece es cuando alumbran las estrellas. Así ocurre en nuestro tiempo, cubierto de profunda oscuridad. Cuando nos rodea la sombra del sufrimiento y de la incertidumbre natural, brillan con más claridad las estrellas de la fe. Cuanto más se apaga la luz natural del entendimiento, tanto más clara brilla la luz del mundo de la fe. No sólo existe el mundo terrenal; por encima de él, está el mundo invisible del más allá. Allí se da una furiosa batalla entre los ángeles buenos y los ángeles malos, entre el demonio y Cristo. Esta lucha continúa aquí en la tierra. Los jefes en la batalla celestial son los mismos que en la lucha terrenal. Pío XII lo afirma en su primera encíclica al mundo: Mirad el hervor del mundo. Cristo y el demonio luchan en esta tierra. El reino de Cristo es un reino de la verdad, de la justicia y del amor. Pero el reino del demonio es un reino de la mentira, de la injusticia y del odio...

La plena dignidad humana, fundamento del reino de Dios

¿Qué es lo que encoleriza al demonio y al infierno? La señal en el cielo, la dignidad personal del Hombre-Dios y de la Madre de Dios y, a la vez, el contenido simbólico de esta señal: la naturaleza humana, propia de María y que Cristo ha unido a la naturaleza divina. Es la dignidad humana lo que provoca al demonio. Por eso, trata de rebajar al hombre, de despersonalizarlo y así pretende derribar a Cristo y a la Santísima Virgen.

María nos ayuda en esta batalla del demonio contra la naturaleza humana. Sin ella no lograremos la victoria. Nosotros debemos ser sus instrumentos en esta lucha. ¡Qué honor para nosotros! ¡Sin ella no hay victoria! ¡Sin nosotros, tampoco! De mí depende todo, dice María. Y cada uno de nosotros debe decir también: de mí depende todo. La batalla por la resplandeciente dignidad del hombre se da bajo el signo de María. ¿Y cuándo se alcanzará la victoria plena? Conocen la profecía de Fátima: finalmente triunfará mi inmaculado Corazón...

La familia, semilla de la dignidad humana

La sagrada Familia de Nazaret es el ejemplo para la familia católica. Jesús tuvo sólo tres años de vida pública y pasó treinta en familia. Esto nos demuestra claramente la importancia fundamental de la familia. La familia es simplemente la semilla germinal de la sociedad. La familia cristiana construye y renueva la comunidad cristiana, el estado cristiano. Alzar esta doble figura, Jesús y María, es para llevarla al interior del propio corazón, al interior de cada familia. Y en ningún caso debe ser tan sólo un adorno en las casas, sino que debe transformarse en señal de lucha y de victoria. ¡Jesús y María! Todo debe surgir ante estos ojos, ante ambos corazones. Jesús y María junto con san José tuvieron una vida matrimonial y de familia singularmente hermosa. Nuestra propia familia

debe ser una imagen de la sagrada Familia de Nazaret. No queremos ni delirios ni cosas fantasiosas. La gran Señal es una señal de lucha, y debe serlo, si no, jamás llegará a ser una señal de victoria. Queremos servir al pueblo y por eso queremos una sola cosa en nuestros círculos más pequeños: Nuestra familia debe estar plenamente conformada en Cristo y en María. No deben avergonzarse por nada ante Jesús, María y José. Nuestra familia debe ser como una imagen sobresaliente de la gran familia del pueblo, debe ser una conformación anticipada de Cristo y María en todo el pueblo. Debe ser un reino de la verdad, un reino de la justicia y un reino del amor.

La situación de la sociedad, espejo de la situación de la familia

Consagramos nuestra familia a la Santísima Virgen, tal como nosotros ya nos hemos consagrado personalmente a ella. Desde ahora, nuestras familias deben estar conscientemente bajo la influencia de ambos corazones. Con plena conciencia queremos declarar la lucha a todas las malas pasiones en nuestra familia. Con plena conciencia queremos que el ideal de familia surja nuevamente; y, plenamente conscientes, queremos señalar y quemar los ídolos llegados desde afuera y que corroían nuestras raíces. Cada uno de ustedes debe decirse: mi familia debe llegar a ser un reino de la verdad, de la justicia y del amor. Ustedes conocen el libro de oraciones de Dachau; en él se habla constantemente del reino de Schoenstatt. Todo sería en vano si el reino de Schoenstatt no es un solo y único esfuerzo por llegar a ser un reino ideal de la verdad, la justicia y el amor. Este reino se realiza no sólo en un lugar. Por eso, Schoenstatt no es ni llegará a ser un estado ideal, si cada familia no es un reino ideal. Ustedes tienen la imagen de la Madre y Reina de Schoenstatt en sus manos y en sus casas, en sus familias. Es un don permanente, pero también es una tarea permanente; es un llamado constante a la luz y para la batalla. La familia debe ser un reino de la verdad, de la justicia y del amor. Así entendemos, de manera muy concreta, la idea de estar en camino a la victoria, si esta doble señal, Jesús y María, brilla en nuestras familias.

Fundamentos de la renovación social

Sólo si tomamos muy en serio la consagración de nuestra patria, de la diócesis, de las comunidades y de cada hogar a la Santísima Virgen, es legítima nuestra seguridad y nuestra certeza de victoria. Estas consagraciones no sólo son hermosas, no son sólo ideas y señales de luces; no, son mucho más. Son un llamado a la lucha, una señal de batalla. Por tanto, mi familia debe ser una familia schoenstattiana ideal y, por lo tanto, un reino de la verdad, de la justicia y del amor. Y ciertamente que nos asombramos. Se nombra y se promociona, en primer lugar, a la verdad y no al amor. Ciertamente que el amor es más importante, que todo fluye del corazón. Pero el amor sólo es posible mediante la verdad. ¡Y cómo se ha violado la verdad! ¡En qué forma se rompieron concordatos y convenios! El Papa Pío XII nos dice: “*Opus iustitiae pax*”, debe haber paz. Sí, pero no la habrá por causa del amor, en primer lugar, sino de la justicia. Si se quiere llegar a la paz, el mundo debe construir sobre los fundamentos de la verdad, de la claridad y de la justicia. La justicia debe reinar primero entre los hombres y los pueblos. Estos fundamentos, propios de cada estado y de cada familia, han sido removidos totalmente. Hablando humanamente, el mundo no puede retornar al amor y a la paz. Pero si resulta llevarlo a la verdad y a la justicia, entonces también resultará llevarlo al amor. Esta es la gran tarea que vemos en la consagración de la familia. Nuestras familias deben ser primero un reino de la verdad y un reino de la justicia,

y entonces llegarán a ser un reino del amor... Si queremos renovar el mundo, debemos renovar las familias. Queremos reconstruir el mundo, nuestra comunidad; si así lo queremos, debemos comenzar por la familia, debemos comenzar muy concretamente en lo pequeño e individual..

Se dio una época en la cual la Iglesia entendía la señal del estandarte como si Cristo realmente vendría pronto. Por lo tanto, abandonó todo lo terrenal. Pero no pasó mucho tiempo y la Iglesia se dio cuenta que no había entendido ni bien ni completamente al Señor. Vio con toda claridad que debía crear el cielo aquí en la tierra. Debemos hacer que Cristo reine aquí, en la tierra. Debemos construir el reino de la verdad y del amor. En los últimos siglos se nos ha criticado con frecuencia: ustedes confían sólo en el más allá. Pero nosotros, dejamos eso a los gorriones y a los ángeles, puesto que nosotros queremos hacer de la tierra un cielo. Si bien este reproche era falso, algo de justificado hay en él. Corremos siempre el peligro, por nuestra orientación al más allá, de olvidarnos de hacer de la tierra un reflejo del cielo. El reproche que se nos hacía en siglos pasados, es anunciado ahora por el Oriente como el nuevo evangelio. “La religión es el opio del pueblo”. La orientación al más allá ahoga la fuerza de crear aquí en la tierra un paraíso, un cielo. Pío XII nos indica que detrás de la lucha gigantesca de los tiempos, están Dios y Cristo; también detrás de la lucha por la solución de la cuestión social. Desde la Iglesia, debemos llegar a una solución aceptable del problema social.

Quien no tiene pan, no puede rezar

Tal como todo está repartido actualmente, es imposible que el simple proletario pueda llevar una vida espiritual, una vida religiosa. Mientras no se encuentre para esto una solución de fondo, todo lo demás será inútil. Debemos colaborar a crear un cielo en la tierra. La verdad y el amor a Dios son buenos. Pero tenemos que procurar que estén juntos con verdad y justicia. El hombre actual quiere tener su derecho en la repartición del mundo y de los bienes terrenales. Contemplemos al bolchevismo con su solución de la cuestión social. Los intentos de solución del colectivismo han fracasado. Pero, por el momento, existe el gran peligro de que la propiedad privada sea eliminada. Con eso se desestiman y se destruyen también los derechos personales y la dignidad personal del hombre. Pío XII siempre vuelve a indicar la doble señal. Y también envía su mensaje social: Ustedes, los grandes de la tierra, al proceder a reordenar el mundo, procuren también, en su medida, un cielo terrenal, el reino de la justicia. Los hombres no deben vivir sólo de los centavos de la caridad.

Todos tenemos derecho a la propiedad privada

En la socialización hay una primera frontera: La propiedad privada no debe ser eliminada. ¿Qué importancia tiene la propiedad privada para proteger la personalidad? La propiedad privada es expresión para asegurar la independencia de la personalidad. Esto es parte de las experiencias de Dachau: Aquellas personas que no tenían nada propio, se despojaban aun de su personalidad. Pero tan pronto estos pobres hombres recibían un paquete desde afuera, afirmaban nuevamente su personalidad. La otra frontera: hasta ahora, el concepto de propiedad era demasiado fuerte. Bien es cierto que conocíamos la ley de una actitud caritativo-social, de ayudar por amor. Pero Pío XII promueve ahora el trabajo social basado en la justicia. En este terreno podemos trabajar junto con el colectivismo. Pío XII dice

claramente: sobre la propiedad pesa no sólo el deber de la ‘*caritas*’, de lo caritativo social, sino que pesa también el deber de la justicia social. El estado tiene el derecho y el deber de tomar algo de la propiedad excesiva. Esto es justicia social. Así ve hoy día la Iglesia esta cuestión. Por tanto, con ella debemos solucionar estas preguntas fundamentales. Pío XII pone fronteras precisas: La clase media, el comercio minorista debe ser mantenido. La dignidad de la personalidad se afirma y profundiza teniendo una propiedad apropiada, tal como lo demostraron las experiencias de Dachau.

La dignidad personal se alimenta de pan y de libertad

El estado no puede ser el único proveedor, ya que termina oprimiendo la personalidad de las personas. El colectivismo es ciertamente más barato. Pero mucho más importante es la libertad personal. Preferible menos pan, pero más libertad. Hoy en día, el asunto esencial es una cuestión de personalidad. Nosotros luchamos por libertad y pan, pero más por libertad que por pan...

El cielo en la tierra es imposible sin lucha. Debemos luchar por ello. Nuestro estandarte es María. Ella nos alienta en la lucha por el reino de Schoenstatt, tal como brilla como un alto ideal. “Conoces aquella tierra...donde reina y triunfa la verdad y rige la veracidad...” María, la gran señal de batalla, quiere mostrarnos la verdad. Debemos vivir la verdad.

María nos señala la verdad y la justicia

“Conoces aquella tierra...Es mi tierra de Schoenstatt” La tierra de Schoenstatt es un reino de justicia. Por lo tanto, mi familia debe ser también un reino de justicia. La tierra de Schoenstatt también es un reino del amor, por tanto, mi familia también debe ser un reino del amor. Debemos hacer realidad la frase de que Schoenstatt es una patria cobijadora. Con fuerza y valor debemos luchar para que nuestro ideal se haga realidad. ¡Mi tierra de Schoenstatt! ¿De qué manera nuestra familia se convierte en un reino tal? ¿Quién nos ayuda a querer crear esta ciudad de Dios? María nos tiene que regalar este reino, esta tierra maravillosa. Nuestra tarea será siempre considerar lentamente, paso a paso, lo que María significa para nosotros como estandarte. La tierra de Schoenstatt es un reino de la verdad. El Señor dijo: “Yo soy el camino, la verdad y la vida. Para esto vine al mundo: para dar testimonio de la verdad” (Jn 14,6 ; 18,37) “¿Qué es la verdad?” (Jn 18,38) Esta pregunta de Pilato no se aparta hoy de la boca de los hombres. Hoy, el nacionalsocialismo es “la verdad”, mañana lo será el bolchevismo. Se convierte a la verdad en una elegante prostituta. ¿Qué es la verdad? ¿Quién habla así? Nadie más que el diablo, el mentiroso, el opositor de Dios. ¡Cuántos millones de hombres siguieron al padre de la mentira! El hombre actual es juguete de sus pasiones; es una máquina sin alma. ¿Qué es la verdad? Cristo entregó su vida por el reino de la verdad. Ante el Sanedrín debe decir si es el hijo de Dios. Ante un mundo, que ya no conoce la verdad, da testimonio de la verdad. La respuesta que obtiene: “¡Crucifícale! ¡Es culpable de muerte! (Jn 19,6) Sube a la cruz, señal de la verdad, de la pasión y de la gloria. A la pregunta del sumo sacerdote si él es hijo de Dios, Jesús responde: “tú lo has dicho. Y os digo yo: Veréis venir al hijo del hombre en las nubes del cielo.” (Mt 26,64) Al fin de los tiempos, Cristo aparecerá en gloria como rey de la verdad.

Ahora, el otro aspecto, el oponente. Juan es el apóstol del amor, pero también de la verdad. En su Dachau, en la isla de Patmos, al escribir el libro del Apocalipsis, nos describe a Jesús. Nos lo muestra como rey del amor, pero aún más, como rey de la verdad. Y a él le parece que esto es lo más importante para el futuro. Muestra a Cristo como el hombre Dios, pero también como el jinete, sentado sobre el caballo. El es el Verdadero, de cuya boca sale la espada de la verdad, que penetra el mundo.

Cristo, la Verdad ante toda herejía actual

A menudo debemos arrodillarnos ante el tabernáculo, pues hoy, más que nunca, debemos volver a decidirnos. Quien quiera sacar provecho del mundo, debe profundizar en la verdad. El sistema actual es una rara colección de todas las herejías que jamás hayan existido. Nunca antes se dio algo así. ¡Qué frontal ataque contra la verdad! La fantasía no podría imaginarse alguna herejía que no esté ya contenida en este sistema. No hay error que pueda venir, que no haya sido ya enseñado por el nacionalsocialismo, así como no hay horror alguno que ya no haya sucedido. Ustedes conocen y saben de las tabernas, con su humo y sus olores. Y aunque nosotros comamos y bebamos allí, también nuestras ropas se impregnan del humo y de los olores. Por eso debemos entrar en cuarentena, nos debemos someter a una desinfección. Tenemos que repensar todo. Queremos inclinarnos ante Cristo y acatar lo que él nos dice.

Mantener en la familia la dignidad personal es crear un reino de la verdad

Al reunirnos aquí, vivenciamos lecciones doctrinales sobre la obligatoriedad absoluta de una eterna ley moral y desde aquí pueden fluir inmensas bendiciones para la Iglesia y el estado. Pero nuestros encuentros aquí son, sobre todo, lecciones doctrinales acerca de la autenticidad de nuestras vidas. Nuestra familia debe ser un reino de la verdad. Tal vez alguien diga que eso no le parece tan importante. En mi familia, la dignidad de la personalidad cristiana y del matrimonio está en peligro y amenazada por las circunstancias de los tiempos. ¿Qué respuesta damos a esta objeción? Lucifer fracasó en reconocer la dignidad humana. El mismo quería estar en el centro. Y como nunca antes, el demonio se ha lanzado al ataque contra la personalidad humana.

La Santísima Virgen nos muestra y enseña la dignidad personal

Como nunca, la imagen del hombre ha sido desintegrada y desfigurada. ¿Y cuál es la imagen del hombre querida por Dios? ¡He ahí la gran señal, la Santísima Virgen! Ella es la imagen llena de sol, de la grandeza y de la dignidad de la personalidad humana, tal como la naturaleza humana de Cristo representa la perfección de la naturaleza humana. Hace dos siglos atrás, dos filósofos ingleses declaraban: El tema y contenido de nuestra investigación es la imagen humana. Nosotros, por el contrario, decimos: Tema y contenido de nuestra investigación es la imagen de Dios. Debemos estudiar la imagen de Dios si queremos descubrir los misterios que encierra la imagen del hombre. La imagen de Dios determina esencialmente la imagen del hombre. Y Dios es la máxima protección para la imagen humana. El padre de la mentira ha logrado arrancar del corazón de los hombres la imagen de Dios. “Seréis iguales a Dios” (Gen 3,5), dice, para destruir así la imagen misma del hombre. Si eliminamos a Dios y en su lugar ponemos ídolos, si la raza es nuestro dios, la imagen del hombre se destruye horrendamente. Todas las imágenes del hombre que existen

actualmente son reflejos de las herejías sobre Dios. Por eso, explicar las verdades eternas tiene un profundo sentido como fundamento y seguro de la dignidad de la personalidad y de la sociedad humanas.

La señal que Cristo nos regaló, la Santísima Virgen, no es sólo una señal de luz sino también una señal de fuerza. Sin Dios, el hombre es tan sólo parte de una máquina. Actualmente, las falsas doctrinas sobre el hombre se han diseminado por todo el mundo, por América, Francia, Inglaterra, sobre todo entre nosotros. Por eso, debemos esforzarnos y rezar especialmente para que Cristo sea nuevamente Rey de la verdad entre nosotros y para nosotros y para que nos regale su luz y su fuerza. Por eso, también, luchamos para que nuestras propias familias se transformen en un reino de Cristo rey, reino de la verdad.

El hombre es impensable sin Dios

Debemos luchar y batallar a causa de las leyes de las caídas, que también valen para la vida espiritual. Debemos luchar por el auténtico ideal católico del hombre y de la familia. Todas las herejías modernas traen consigo un cambio de la imagen auténtica del hombre, ya que ellas significan un cambio de la auténtica imagen de Dios, especialmente de la imagen de Cristo, Hijo de Dios. Tal como yo concibo a Dios, concibo también al hombre. El hombre es impensable sin Dios. Si tengo una magnífica imagen de Dios, tendré también una magnífica imagen del hombre. Puesto que Dios es de tal importancia para la reforma de nuestro mundo actual, debemos afirmar que la apostasía de Dios equivale a destrucción. Apostasía, negación de Dios, significa destrucción de la naturaleza humana. Apostasía, negación de Dios significa destruir la estructura protectora de la naturaleza humana.

En la percepción actual, el hombre pasa a ser tan sólo un artículo utilitario, como la carne de ganado. En el campo de concentración de Dachau, los conejos recibían mejor trato que las personas, puesto que tenían un valor utilitario. Hoy ya no se valoriza al hombre por su personalidad. Si alguien envejece y es una carga para su entorno, ¡fuera con él! El hombre no es ya sino una parte de una máquina. La parte inútil es desechada y reemplazada por una nueva. El hombre es valorizado tan sólo por su valor útil. Este ha sido, durante los últimos decenios, la valoración de las personas. Si ya no se reconoce a Dios, se termina también desconociendo la dignidad de la personalidad humana. Cuando las concepciones ateas, enemigas de Dios, se convierten en un bien común, la imagen original del hombre sucumbe. Y allí, el estado todopoderoso no conoce límites.

Por lo tanto, si queremos salvar la imagen del hombre, debemos reafirmar primero la imagen de Dios. Entonces, los rasgos de Dios serán mis rasgos. Ciertamente, hay personas que, sin religión, son valientes pero se debe más bien a la desesperación. Ellos afirman: “el hombre está permanentemente lanzado y tironeado en la vida. Ni siquiera sabe dónde lo lanzará la pala de la vida. Su grandeza está en el desprecio, en pisotear sus sentimientos. Su vida sólo es lucha. ¡Debemos luchar!. La lucha lo es todo, es religión, es mística.” Así ustedes comprenderán aquel pensamiento de “el ocaso heroico”. Es por eso que no se dio término a tiempo a la guerra, aunque todo estaba ya perdido.

Cristo y la Santísima Virgen, señales de lucha

En gran contraste, con qué luminosa claridad brillaban desde el cielo las dos grandes luminarias: Cristo y la Santísima Virgen. Son señales de lucha. Ya en los comienzos de la

creación, Lucifer, el viejo dragón, pretendió destruir estas dos señales de luz de la dignidad humana, puesto que el objeto de la prueba impuesta a los ángeles era el reconocimiento de la dignidad humana, de la dignidad de la naturaleza humana.

“Y yo os enviaré el Espíritu Santo, el espíritu de Verdad...” (Jn 14,17) ¿Qué significa esto? Que Cristo es rey. El afirma: “Sí, soy rey y para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad.” (Jn. 18,37). En estas palabras resuenan su realeza, su martirio por la verdad. Quiere enviarnos el Espíritu Santo. Nuevamente estamos ante la gran señal de luz, de lucha y de victoria. Por tanto, queremos motivarnos para construir y hacer crecer en nuestras propias familias el reino de la verdad, de la justicia y del amor. Con qué frecuencia estamos interiormente cerrados a la verdad, al igual que los discípulos. Podemos oírla una y mil veces y seguimos sin entenderla.

El domingo pasado, escuchamos en el Evangelio que el Señor nos promete el Espíritu Santo. Este nos hará entender lo que él nos ha revelado de la verdad. Nos hemos retirado al Cenáculo, con María y los apóstoles. Junto a Jesús vemos siempre a María. Es la reina de la verdad. Ella encarna en sí todas las grandes verdades sobre la dignidad de la personalidad cristiana. Cristo es el rey, María es la reina de la verdad. Ambos quieren enviarnos el Espíritu Santo. Son nuestros intercesores. Quieren implorar el Espíritu Santo para nosotros, para que la dignidad de la personalidad cristiana florezca en nosotros. *Omnes unanimiter perseverantes in oratione*. Permanecían unánimes en la oración. (Hech 1,14) Miremos a esta doble señal de la verdad, a Jesús y María. Ambos ruegan al Padre celestial para que nosotros recibamos el Espíritu de verdad y para que comprendamos mejor la dignidad de la personalidad cristiana. En oposición a la personalidad cristiana está la personalidad pagana. En total oposición a la herejía de la personalidad pagana, la imagen cristiana del hombre se orienta permanentemente por Dios y vuela hacia Dios y se manifiesta en Dios.

Ayer en la tarde, escuchamos tres pensamientos: primero, el hombre es un mendigo de Dios; segundo, es un peregrino de Dios y, tercero, es un mensajero de Dios. Hemos desmenuzado estos pensamientos, como se parte una nuez, y hemos gozado de su interior. En ellos se manifiesta la relación fundamental del hombre. Hay que guiar al hombre actual a un plano superior, ya que ha caído tan profundamente. En Dachau, pudimos ver, oír y experimentar el total despojo de dignidad de la personalidad humana. En aquel infierno surgió el Credo de la personalidad cristiana. ¿Qué dice este Credo del hombre? ¿Qué soy yo a la luz de la fe? La luz de la fe brilla tan débilmente... ¿Y qué soy yo? Es como si ya no lo supiera. Soy miembro de Cristo, soy hijo de Dios, soy habitación de la Santísima Trinidad, soy un predilecto de Dios, soy la pupila de sus ojos. Podríamos platicar un año entero sobre esto. Y siempre debíamos meditar sobre ello. Nos regalaría un acentuado acento católico de la vida. Estas verdades no han desaparecido totalmente de nuestra conciencia, pero ya no tienen una fuerza luminosa, no son para nosotros una señal de lucha. Soy miembro de Cristo, parte del cuerpo místico de Cristo; así decimos nosotros. Los adversarios dicen: tú eres sólo parte de una máquina. Pero no lo somos; somos miembros de Cristo y su excelsa dignidad es nuestra propia dignidad. El es la vid, nosotros, los sarmientos. Formamos un solo organismo con él. San Pablo no se cansa de repetirnos estas verdades.

Solución a la cuestión social cristiana: ver a Cristo en el otro

Las palabras del Señor: “Lo que hagáis al más pequeño de mis hermanos, a mí me lo hacéis” (Mt 25,40), no debemos tomarlas tan superficialmente. El rostro de cada cristiano tiene rasgos de Cristo. Estas son las palabras que el Señor, al final de los tiempos, dice a los que llegan al cielo. Es la respuesta a la sorprendida pregunta de ellos: “Señor, ¿y cuándo y dónde te hemos visto hambriento y te hemos dado de comer?” (Mt 25,37) Si cada cristiano es miembro de Cristo, entonces todo encuentro con un cristiano es un encuentro con Cristo. Esta fue la solución a la cuestión social en el cristianismo primitivo. Los cristianos no hacían obras de beneficencia por una compasión natural, sino que las hacían en Cristo Jesús. Con ello estaban ayudando al mismo Cristo. Cada cristiano era Cristo prolongado en la figura de un hombre específico, aunque la de los pobres no fuese agraciada. Pero entendían plenamente las palabras de Cristo: “Estaba hambriento y me disteis de comer.”

Ser miembros de Cristo

En el ofertorio de la misa, el sacerdote reza: “*Deus, qui humanae substantiae dignitatem mirabiliter condidisti et mirabilius reformasti*” (¡Oh, Dios, que creaste maravillosamente la dignidad de la sustancia humana, y más maravillosamente la reformaste!) Una magnífica oración. Adán y Eva no eran todavía miembros de Cristo. Eran la obra maestra de la creación. Y ellos pecaron. ¡Oh feliz culpa! ¡Feliz culpa! Dios sabe utilizar los pecados del hombre en provecho del mismo hombre y le envía a su propio Hijo. El se incorpora a nosotros y nos incorpora a nosotros en él; nos convertimos en miembros suyos. Si estuviésemos llenos del Espíritu Santo, tendríamos siquiera un atisbo de lo que significa: Soy miembro de Cristo. Dios Padre me mira con el mismo amor con que contempla a su Hijo. Ve en mí a un miembro de su Hijo. El demonio no gustaba de la dignidad humana. Todo lo que los hombres han envilecido y pecado contra Dios y, por tanto, contra la imagen del hombre y la naturaleza humana, ha sucedido porque el demonio los sedujo y los azuzó a ello. Cuán amplia y profundamente poseídos por el demonio estuvimos nosotros, los hijos de Adán y Eva. Ahora es enteramente distinto. Debemos mirar al hombre desde la altura. Y nos arrodillamos con respeto ante él y ante nosotros mismos. Así comprendemos que ser redimidos significa también ser hijos de Dios.

Ser hijos de Dios

No somos meramente criaturas de Dios, meramente miembros de Cristo; somos hijos de Dios. En cierto sentido, el hombre es todo; tiene algo del reino mineral, del reino vegetal, del reino animal, algo de los ángeles y de la vida divina. Por el hecho de convertirnos en miembros de Cristo, participamos de manera misteriosa en la vida misma del Dios trinitario. “*Videte, videte!* ¡Ved cuán grande es el amor de Dios, que nos llamamos hijos de Dios, y en verdad lo somos.”, dice san Juan. (Jn 3,1). ¡Cuán grande es la bondad de Dios Padre en el orden natural y cuánto más, por tanto, en el orden sobrenatural! Cuán grande es la preocupación de Dios por nosotros. La parte inútil de una máquina es desechada; pero nosotros somos miembros de Cristo e hijos de Dios. Dios me ama, aunque desde un principio haya sido físicamente deforme, aunque con el tiempo me haya afeado. Si Dios vive en mí, soy habitación de Dios. El cristianismo primitivo vivía sumergido en este pensamiento.

Tertuliano padre se inclina sobre su hijo recién bautizado y besa su pecho, porque Dios habita en su pequeño corazón. Nuestra alma es siempre habitación del Dios trino. Pero si se caricaturiza y destroza la imagen cristiana de Dios y del hombre, la dignidad humana perece. Si el hombre asciende en Cristo hacia Dios, la dignidad humana brillará cada vez más con mayor claridad. Podré ser pobre y despreciado, pero eso no importa; soy hijo de Dios y miembro de Cristo.

¡Queridos padres! Transmitan a sus hijos el respeto por la dignidad del hombre. Tal como el girasol se vuelve al sol, ustedes deben mirar más profundamente a Dios y poner a sus familias bajo la cálida luz solar de la realidad de la vida divina y de la divina Providencia.

(Texto de *Nuestra misión mariana IV*. Pláticas dadas en Ennabeuren, 1945)

9. De Lucha por la verdadera libertad - 1946

Qué entendemos por lucha por la libertad

Una reflexión previa. La pregunta en sí es: ¿está justificada y es de gran importancia? Es fácil de contestar por qué. Al contemplar la historia mundial, la pregunta aparece como justificada y como importante.

La pregunta es justificada. La lucha por la libertad es multiforme. Libertad exterior e interior, libertad política y económica, libertad social, libertad nacional, etc., son expresiones que encuentran eco en el alma, ya que, actualmente, nos oprimen yugos de esclavitud. Y cuanto más pesado el yugo de esclavos, tanto más elemental el instinto por lo contrario, por libertad política, económica, nacional, pedagógica. Todas ellas son formas externas de la libertad. Por eso queremos recordar que, más allá de eso, existe también una libertad interna, una libertad del corazón, es decir, un estar libre de todo lo no divino y de lo anti divino, para llegar a ser libres para todo lo divino. Por un lado, la lucha de liberación; por otro lado, la lucha de conquista, es decir, llegar a ser libres de todo lo no divino y de lo anti divino, para liberar todas nuestras fuerzas a fin de pertenecer enteramente a Dios. Esta libertad interior es condición, fuente y medida de las libertades externas. Piensen en la conocida palabra del Señor, que tanto hemos escuchado en estos días: "Buscad primero el reino de Dios y su justicia y todo lo demás se os dará por añadidura." Por esto llegamos a la formulación: libertad interior y todas las otras formas de la libertad se os darán por añadidura. Por tanto, todo se concentra en la libertad del corazón.

Importancia de la lucha por la libertad

Es decir, la pregunta es legítima, pero también importante. Comprendemos mejor la frase del poeta: "Pienso en la libertad, la que llena mi corazón." ¿En qué libertad estamos pensando? En la libertad de los hijos de Dios. Al escudriñar más profundamente, notaremos que el instinto por la libertad debe pertenecer a los instintos originales primarios de la naturaleza humana. Hasta ahora, todas las luchas en el cielo y en la tierra han estado bajo la bandera de la libertad. La lucha en el cielo, entre ángeles buenos y ángeles malos, ¿acaso no era una lucha por la libertad? En el paraíso, la lucha de Adán, Eva y el demonio, ¿no era también una lucha por la libertad? O hasta ahora, en la Iglesia, hemos oído con suma frecuencia: libertad, espacio libre, libertad para nuestro propio desarrollo alemán, etc. Lo que otros nos han gritado, era: libertad!. Manifiestamente, el instinto de libertad es uno de los instintos primarios esenciales de la naturaleza humana. Somos semejanza de Dios. Dios es el absolutamente libre. De otro modo, nosotros, su semejanza, no podríamos ser tan electrizados por el impulso de libertad.

Con esto he tocado el segundo punto: La lucha por la libertad es una importante cuestión de la época, de todos los tiempos, pasado, presente y futuro.

La lucha por la libertad en el pasado

De acuerdo con una cita de Sailer, estamos acostumbrados a considerarnos testigos, observadores e imitadores de la Sabiduría eterna. Muy a menudo, en los últimos decenios, nos hemos planteado la pregunta: ¿Qué sentido tienen los tiempos recién pasados? ¿Habría

logrado Dios la finalidad de este suceso originario? ¿Qué sentido ha tenido el tiempo apocalíptico? El regreso victorioso al Padre de los escogidos, por Cristo en el Espíritu Santo. ¡Aceleración de la semejanza con Cristo y, por eso, aceleración de la verdadera libertad interior! ¿Acaso se ha alcanzado esta meta, tanto en nuestro pueblo alemán, como entre nuestros cohermanos o en mí mismo?. Es cierto que Dios nos ha quitado muchas cosas externas, ha echado por tierra muchas cosas. Las grandes verdades, proclamadas por la Santísima Virgen en el Magnificat, se han hecho realidad: “ Derribó del trono a los poderosos, y a los ricos dejó sin nada”. Actualmente, nuestro pueblo está totalmente empobrecido, también los ricos. Ruinas por todas partes. Exteriormente nos hemos convertido en un pueblo pobre. De esta manera, debíamos llegar a ser libres de la dependencia de cosas terrenas. ¿Por qué tantas personas han sido desarraigadas de su situación existente? Dios pretendía de nosotros la perfecta libertad. ¿Alcanzó Dios este fin? ¿Acaso no tenemos que decir, por el contrario, que muchas personas se han esclavizado aun más que en épocas tranquilas? En muchos casos podemos decir que no se logró el propósito que Dios tenía, y en mayor número que en otros casos. Repetimos: Dios ha mostrado su gracia a nuestro pueblo y, a la vez, lo aprieta por el cuello con la derrota. ¿Qué quiere Dios con eso? El exige una rebúsqueda. Lo que él no ha logrado con nosotros, nosotros debemos recuperarlo: un luchar valeroso por adentrarnos en las intenciones de Dios, en la plena libertad interior. El pasado nos exige esta gran meta, si es que realmente hemos comprendido las intenciones de Dios.

Lucha por la libertad en el presente

¿Y el presente? ¿Acaso no tiene los mismos problemas? Lo que queremos no debe ser tan sólo una tardía rebúsqueda, no sólo recuperar lo descuidado. No, el presente pone por delante nuevos problemas. Pienso en las múltiples necesidades económicas, que no podemos cubrir: falta de carbón, carencia de víveres, una cierta postergación pública. ¿Qué es lo que quiere Dios? Ya que él no alcanzó su fin propuesto; pone de nuevo la tarea, tal como un profesor, por bondad y misericordia, deja hacer nuevamente la tarea. Hoy, sólo el hombre realmente libre puede degustar las penurias actuales. Hay que anunciar la verdadera lucha por la libertad en todos los campos.

Lucha por la libertad en el futuro

¿Y el futuro? Se presenta oscuro ante nosotros. ¿Qué ha previsto Dios? ¿Quién puede saberlo? Nos asalta una angustia inexplicable, ya que aún no somos libres interiormente. Angustia es el misterioso tomar conciencia interna de la impotencia ante la omnipotencia. Las cosas inexplicables nos aportan tanto desasosiego y nos roban el valor para comenzar algo. Ciertamente, aún no somos hombres libres interiormente. El hombre libre interiormente está totalmente entregado a la providencia de Dios, desposado con el amor infinito. El hombre libre interiormente sabe que lo que el pasado no ha logrado, lo alcanzará el presente y el futuro. Es un ideal muy grande el ser un luchador de la libertad, un anunciador y un apóstol de la libertad. En el fondo, nuestra actividad pastoral no es sino esta lucha por la libertad. ¡Id y convertíos en luchadores por la libertad! Tal vez no nos inclinemos directamente por la tribuna política. Tampoco nos queremos inmiscuir directamente en la lucha económica. Aunque sí tenemos cosas esenciales que decir a todos estos problemas.

La Santísima Virgen salva la dignidad del hombre moderno

Sobre todo, son dos verdades, encarnadas en la Santísima Virgen, que tienen abiertamente la tarea de ayudar a salvar la personalidad al mundo moderno despersonalizado. Con frecuencia sentimos que la dignidad y la nobleza humanas están en grave peligro. La dignidad humana está clásicamente representada en la Inmaculada Concepción. La nobleza humana está expresada en forma notable en la Mediadora, en la libertad del hombre, en la libre entrega a Dios infinito. Estas son grandes verdades. Dios actúa por causas segundas. Dios quisiera salvar nuevamente la personalidad del hombre, tanto su dignidad como su nobleza personal. No lo hace desparramando la semilla de grandes ideas, sino que mediante la imagen de la Santísima Virgen, sea que se trate de la nobleza del hombre o de su libertad. ¡Y en qué forma están éstas encarnadas en la Santísima Virgen! Ella está ante nosotros como la esposa y colaboradora de Cristo en toda la obra de la redención, y lo está como la esposa que libremente colabora y libremente da su sí al Salvador.

Queremos reflexionar y tomar conciencia de que en esto se nos presenta ante los ojos el campo de batalla del tiempo actual. A nuestro tiempo le está reservado luchar por la dignidad del hombre. Dado que el Demonio se ha ensañado contra la dignidad del hombre, dado que el demonio fue arrojado a los infiernos por no querer reconocer la dignidad humana, podemos pensar que el tiempo actual es un tiempo especialmente diabólico y que, en este tiempo en que todo se precipita contra el baluarte de la dignidad humana, el demonio tiene una especial participación en la lucha, por no haberse querido inclinar ante la dignidad humana. Por eso es que hablamos de un tiempo extraordinariamente diabolizado. El demonio ha tenido su aquelarre. Todas las teorías de tipo antropológico, el hombre separado de Dios, el hombre como un atado de instintos, el hombre, tan sólo una parte de la máquina, etc., todas estas teorías deben ser referidas a la autoría del demonio, de manera especial y sobre todo donde se las vive y practica. La dignidad de la naturaleza humana y, con ella, de la personalidad humana, son los dos grandes temas que debemos acentuar repetidamente en nuestra prédica.

1.- La fe viva en la divina Providencia es el alfa y omega, el principio y fin de nuestra educación del pueblo. 2.- La salvación de la personalidad, la salvación de la comunidad. Todas las herejías actuales son, de alguna forma, herejías de tipo antropológico. Por eso, una activa campaña por la imagen católica del hombre y por la personalidad católica.

En qué consiste la dignidad del hombre

Nos detenemos un momento y nos preguntamos: ¿En qué consiste la especial dignidad del hombre? El hombre es una semejanza sobrenatural de Dios. El hombre participa de la naturaleza humana y es miembro de Cristo. ¿Qué es primero o primario, la participación en la naturaleza divina o la participación en el sumo sacerdocio de Cristo? La membresía en Cristo es lo primero. Primero llegamos a ser miembros de Cristo y por esto participamos en la naturaleza divina.

Así podemos entender la oración litúrgica: “Oh, Dios, tú creaste maravillosamente al hombre y más maravillosamente lo renovaste...” En el estado anterior al pecado original, no estaba la gracia de Cristo. Dios utiliza la ocasión del pecado original para hacer más magnificar más al hombre al hacerlo miembro de Cristo. Así, pues, cuando el Padre me

mira, mira en mí a Cristo. Somos miembros de Cristo por el *character indelebilis*, por el *signum distinctivum configurativum*. Ontológicamente, nos revestimos de la figura de Cristo, somos introducidos de modo misterioso en Cristo. Es un *signum obligativum*, es decir, que nos obliga a vivir de acuerdo a él. Es un *signum dispositivum*, es decir, que nos dispone a la participación de la naturaleza divina.

Si queremos ver en un compendio toda la dogmática de la dignidad de la naturaleza humana, debemos orar meditativamente el Credo de la “Misa del instrumento”. Es el Credo de nuestra dignidad humana. Allí se encuentra contenido todo lo más esencial. Dedicemos un poco de tiempo, aunque nos atrasemos en nuestra materia, y compenetrémonos un momento en el Credo.

Creemos, oh Dios, que tu poder
dio al mundo la existencia
que tú lo mantienes y riges,
que lo conduces sabiamente a su fin.

Tú, que reinas en alturas celestiales,
quieres mirarnos cálidamente
y ver en nosotros a tu Hijo,
al que reina contigo en el trono eterno.

Somos tan pobres débiles, míseros,
mas tú nos engrandeces y dignificas,
para hacernos miembros de Cristo glorioso,
de él, nuestra Cabeza, que nos atrae hacia ti.

Tú, oh Dios, elevas nuestro ser,
te estableces en el alma como en un templo,
donde, con el Hijo y el Espíritu Santo,
te manifiestas huésped perdurable.

El cuerpo y el alma están consagrados
a la Santísima Trinidad,
que reina en nosotros como en el cielo
y nos habita con su riqueza.

Estamos así sobre el universo
adentrados en la divinidad;
valemos más a tus ojos
que, sin nosotros, toda la tierra.

Las obras de todas las culturas
son tan solo polvo insignificante,
comparadas con la grandeza
que nos concede tu amor.

Nos has regalado a tu Hijo, que en silencio

pende por nosotros en la cruz;
nos envías al Espíritu Santo,
quien nos adoctrina y educa.

Pones un ángel a nuestro lado,
presto a custodiarnos
y nos das una Madre bondadosa
que con amor cuida de nosotros.

El apóstol Pablo, en su carta a los Efesios y en todas sus cartas, ha hecho contribuciones para entender este misterio de Cristo. Y porque somos miembros de Cristo, participamos de la naturaleza divina y el Dios trino habita en nosotros como en un templo. San Buenaventura usa el ejemplo de que la *gratia creata* es el cabestro y donde está el cabestro, allí está también el caballo. Nunca haremos lo suficiente por concientizarnos de la altísima valía del hombre. *Agnosce, homo, vilitatem tuam* ¡Reconoce, hombre tu bajeza. Esta indignidad la sentiremos colmada de valor, si primero llegamos a sentir el pensamiento: *Agnosce, homo, dignitatem tuam*. ¡Reconoce, hombre, tu dignidad! Hoy, a la prédica sobre el hombre caído, debe precederle siempre la prédica de la dignidad humana. La conciencia de su propia dignidad ha desaparecido del sentido existencial del hombre actual. El sentido de pecado sólo alcanza su verdadero peso si estamos compenetrados de la dignidad que tenemos en Dios y en Cristo. Por esto, nuestros ejercicios espirituales y nuestras misiones deben ser inspiradas por este pensamiento. Tenemos que acentuar las verdades eternas siempre, pero con este telón de fondo positivo. Y aun cuando la persona muere de hambre, la cuestión principal no es tanto que viva, cuanto que sea traspasado de Dios. Hay que vencer el sentido proletario de vivir, y tener un sentido vital existencial noble y elevado (aristocrático). La persona entera no sólo debe comprender esto racionalmente, sino que debe estar traspasada por este sentido vital existencial. Y esto nos dará el genuino compás cristiano: Ya que hemos sido tan elevados, porque participamos de la naturaleza del Padre como miembros de Cristo, por eso, -y se detallan en el Credo de la Misa del instrumento cada uno de los dones- “nos regala el Hijo, que pende silencioso de la Cruz”, “el Espíritu Santo, que nos educa”; “se ocupa en todo de nosotros”; “nos da un ángel por compañero”; “una madre plena de bondad”. ¡Qué grandes y dignos tenemos que ser para todo esto! Hagámoslo tema de nuestra meditación y prédica.

Dicho propiamente, la gran lucha que ha dado Lucifer es a causa de la altísima valía del hombre. No quiso inclinarse ante la dignidad humana que ha encontrado su apoteosis en la Santísima Virgen .

Hoy en día, nuevamente se han encendido los fuegos de una extraordinaria batalla, pues cuándo en la historia ha sido tan desvalorizada la naturaleza humana como hoy. El hombre no es sino una parte desechable de una máquina. Por eso, con gran ardor queremos proclamar la dignidad humana, la nobleza del hombre en la verdadera libertad, en la libertad real. Debemos realizar esta gran tarea sin que apaguemos el tono de las grandes verdades. Si se trata de la masa popular, las verdades eternas son, naturalmente, un medio preferente de educación. El Espíritu Santo, los ángeles, amigos y mensajeros de Dios: ¡soy, realmente, una criatura distinguida!. En todo resuena el respeto de Dios por mi grandeza, todo es expresión de su amor. Soy el *punto central del mundo*.

El nacionalsocialismo, una guerra de esclavitud internacional

Dos problemas actuales nos conmueven hoy fuertemente: la derrota en la guerra y la ocupación de Alemania. Son dos situaciones de las cuáles dependemos y que nos importan mucho. Por eso, queremos sentir y gustar no sólo los sucesos en nuestra pequeña vida, sino también lo sucedido en la vida del pueblo.

La guerra perdida ¿Qué significado tiene la derrota en la guerra? Significó la liberación de un yugo insostenible. Es cierto que la ocupación significa para nosotros una nueva esclavitud. Ya expresaremos nuestro criterio al respecto. Pero la ocupación extranjera nos libró de las cadenas de esclavitud de los últimos años, cadenas que se estrechaban cada vez más y que no hubiéramos podido romper por propia fuerza. Tal vez nos parezca curioso. Habíamos esperado que los militares nos ayudarían en este sentido. Se lo intentó hasta en el último momento. Pero de ello no resultó nada. La ocupación militar, como tal, nos liberó, hay que reconocerlo. Por tanto, perder la guerra significó para nosotros la liberación de un yugo insoportable. Ya se alzan algunas voces que olvidan lo que experimentaron. Por eso, es importante que lo acentuemos.

Si quieren que lo caracterice con un par de pensamientos, diría que lo que ha quedado atrás era una guerra de esclavitud internacional, una guerra religiosa internacional y una guerra cultural internacional. ¿Cuál fue su punto de vista?

Una guerra de esclavitud internacional. Era una guerra que quería esclavizar al mundo entero. Lo sabemos por los documentos recientes, pero lo sabíamos ya de antes. Se trataba realmente de un poder imperialista. Había que esclavizar al mundo. Lo que experimentamos en Dachau y lo que el pueblo alemán tuvo que gustar y padecer, debiera servir de ejemplo para el gobierno del mundo. ¡Y hay que ver lo que significa esto!

Una guerra religiosa internacional

Fue, además, una *guerra religiosa internacional*. Visto teóricamente, Hitler se contemplaba como un nuevo Mesías, y como tal fue adorado. Lo que experimentamos en nuestras vidas no fue por el acaso. No, fluyó de principios muy claros. Tenemos una de sus más importantes afirmaciones, tomada de las conversaciones privadas de Hitler. En ella escuchamos su evangelio. El dice: “A la doctrina cristiana de la inmensa dignidad e importancia de la personalidad, yo le opongo la nueva doctrina redentora de la inmensa no importancia y nulidad de la personalidad, de su total desaparición en la inmensidad de la nación. Veo surgir al nuevo hombre, ya está ante nosotros. Es temible y despiadado.” Así lo dijo en 1938 o 1939, tal como lo leí en Suiza.

El nacionalsocialismo no sólo fue una corriente política, sino también una corriente religiosa, y condujo una guerra religiosa internacional. Siempre mantuve firmemente esta convicción, pues si no, no hubiera tenido un asidero.

Examinen ustedes de qué evangelio se trata. Es el colectivismo, es la imagen colectivista, mecanicista del hombre. El catolicismo reverencia la dignidad de la personalidad humana. Hitler afirma: Yo le opongo la doctrina de la inmensa no importancia de la personalidad. El hombre es menos que un animal. Se valoraba al hombre tanto como a una pieza desechable de una máquina. Si la pieza está gastada, si no se la puede utilizar, se la tira fuera.

¡Desaparecer en la inmensidad de la nación! ¿Qué significa? El individuo nada vale, la nación lo es todo. Naturalmente que los mandamases tenían claros sus propios intereses.

El hombre masificado, un hombre temible y despiadado

Este hombre es temible y despiadado. No tiene sentimientos, reacciona como un botón de mando. Tal hombre bolchevique es inhumano y asesina a miles y, al darse vuelta, puede abrazar a toda la humanidad como si nada. Es el hombre despersonalizado, masificado y deshumanizado.

La derrota en la guerra revela la justicia de Dios. No saquen como consecuencia el que yo quisiera decir que sólo nosotros, los alemanes, hemos cometido faltas. Otras naciones también han pecado. Tal como se nos muestra la situación actual, tenemos que decir que todas las naciones han merecido un castigo. Tal vez es una ventaja el que Dios nos castigue a nosotros ahora. No sabemos cuándo ni cómo castigará a los otros pueblos.

Surgen una cantidad de preguntas. En primer lugar, la pregunta si los pueblos como tales son castigados ya aquí en la tierra por sus desatinos. Si se trata de las personas individuales, sabemos cuánta razón tenía san Agustín al afirmar que no podíamos agregar ni una línea tratando de desentrañar los caminos divinos de la Providencia. Si aquí en la tierra, a todos los buenos les fuera bien y a todos los malos, mal, en algo se entendería a la divina Providencia. Pero, en la práctica, ocurre que, a menudo, a los malos les va bien, y a los buenos, mal. Son los misterios de la Providencia divina. Dios no deja que le lean tan fácilmente las cartas. Se dice que la historia del mundo es el juicio del mundo. Esto es cierto si entendemos el más acá y el más allá como un todo, si vemos la historia del mundo en su perfección en el más allá. ¿Pero qué ocurre con los pueblos como tales? La cuestión se perfila más en otra pregunta. Los pueblos germanos, ¿tendrán un cielo para los germanos, y los chinos, uno para chinos, etc.? ¿Estaremos juntos como pueblo, en el cielo? ¿Acaso la suerte de los pueblos y naciones en el más allá es la continuación de su destino aquí en la tierra? Muchos teólogos afirman que no podemos aceptar que la historia de los pueblos continúa como pueblos en el más allá; que, por lo tanto, los pueblos deben ser juzgados como tales ya aquí en la tierra. Se pueden dar muchas razones para mostrar que los pueblos como pueblos son juzgados aquí. En todo caso, estamos ante el hecho que nuestro pueblo alemán ha sido juzgado. Y tenemos que estar agradecidos de ello, pues ahora el pueblo puede recuperarse. En cambio, los otros pueblos y naciones no sienten, por el momento, el azote de Dios.

En todo caso, se revela la justicia de Dios. Hemos olvidado que Dios es también un Dios justo. Hemos conocido tanto acerca del Dios bondadoso, pero tan poco del Dios justo. Ahora manifiesta él su juicio como Dios justo.

La guerra perdida exige la justicia de Dios. Tal como se ha pecado, así también se debe expiar. El pueblo alemán ha pecado. Ahora hay que expiar.

La culpa comunitaria

Se plantea también la cuestión de la culpa comunitaria. Esta pregunta ya no es actual. Hace un par de semanas estaba en Suiza y sé como se piensa en círculos internacionales respecto a la culpa comunitaria. Justo por aquellos entonces se publicó la carta pastoral del

arzobispo de Friburgo(Alemania) en la que se rechaza la culpa comunitaria. En el extranjero se tomó esto muy mal. Si no reconocemos que todos hemos sido co-culpables, no se puede esperar una mejoría. Y esto es lo que exigen las demás naciones.

Tal vez una breve consideración. ¿Hasta qué punto debemos reconocer una culpa comunitaria? En la expresión puede estar subyacente una proclama del colectivismo. ¿Qué quiere decir esto? El colectivismo teórico y práctico parte de la idea que el individuo carece de personalidad. Por tanto, todas las propiedades y cualidades personales son traspasadas a la masa. ¿Quién determina lo que es bueno? No la conciencia, sino que la masa. ¿Quién determinaba, hasta hace poco, lo que era hermoso y lo que era arte? Goebbels, como exponente de la masa. Lo que era bueno, lo determinaba Hitler. No podemos interpretar la culpa comunitaria como si se quitara la culpa al individuo y se la depositara en el pueblo alemán. Jamás podremos aceptar una culpa comunitaria, entendida en este sentido. Sería prácticamente una herejía, sería colectivismo químicamente puro. Y los otros pueblos no piensan en esto, cuando hablan de culpa comunitaria.

¿Qué es lo verdadero, cuando afirman que todo el pueblo como pueblo es culpable? El principio claro que debemos sostener es que no hay culpa comunitaria sin culpa personal. Si la comunidad como un todo tuviese culpa, esto es en el supuesto que los miembros son culpables. Y debemos distinguir entre una culpa moral teológica y una culpa ascética. En lo particular, tal vez se pueda formular de esta manera: No puedo reconocer una culpa comunitaria si no presupongo que hay culpa personal.

Si yo personalmente no soy culpable de la caída del pueblo alemán, si comprobadamente no soy culpable del envilecimiento de todos los valores, de los horrores y de los robos y muertes, entonces no soy sujeto de pena , si bien soy miembro del pueblo alemán. A lo más, podré decir que comparto, que siento la culpa.

¿Bajo que circunstancias se puede entender la culpa personal como culpa comunitaria? En tanto cuanto mi persona ha sido co-culpable. Tengo culpa junto con la comunidad. Todos sus miembros han cargado una culpa sobre sí. Y ya que me he hecho culpable junto con la comunidad, entonces puedo hablar de una culpa comunitaria. Yo puedo ser culpable junto a la comunidad.

En esto tenemos que ser cautos. En esto es lo que piensan en el extranjero. Hay pecados *ommissionis*, es decir, de omisión, y pecados *commissionis*, es decir, cometer acciones malas. Si yo elegí a Hitler, si elegí a los jefes, es evidente que tengo culpabilidad en lo que éstos han hecho, desde cierto punto de vista. De alguna manera sabía lo que ellos querían. Si algo pasa en mi comunidad y yo protesto sólo por escrito, digamos que en Berlín, ésta, en realidad, no es una verdadera protesta. En épocas de vitalismo, la guerra del papeleo no tiene gran valor. Debo protestar con los hechos. Es decir, me hago co-culpable con la culpa de la comunidad.

Pero también puedo ser culpable por causa de la comunidad. La comunidad arroja fuera al individuo. Si he visto esta situación anticipadamente y, en alguna manera, he colaborado en la formación de la opinión pública, entonces también soy culpable de que las masas hayan sido aplastadas más duramente.

¿Qué es lo que debemos aprender de todo esto? Discusiones teóricas no tienen sentido. En el extranjero se sigue discutiendo mucho sobre la culpa comunitaria. No pueden entender que los religiosos no hayan hecho mucho más en contra. Ellos están conscientes de que también nosotros, los religiosos, somos culpables de los nazis. Ni siquiera quieren aceptar en el extranjero de que en los campos de concentración había también alemanes y no sólo extranjeros.

Carácter social de nuestras acciones

Lo que es de importancia trascendente para nosotros es que debemos conocer y reconocer más profundamente el carácter social de nuestras acciones. Provenimos de la época del individualismo extremo y estamos muy inclinados a ver faltas y pecados tan sólo desde un punto de vista: Yo lo he hecho. Sin embargo, no puedo ser bueno o malo tan sólo para mí mismo, ya que hay una *communicatio sanctorum* y una *communicatio peccatorum*...

Me reconozco culpable también ante el prójimo. Tenemos que ver más profundamente el carácter social de nuestras acciones. En las contribuciones al capital de gracias tenemos un importante medio educativo, pues en ellas se manifiesta el carácter social de nuestras acciones.

La guerra perdida es un ángel de justicia y exige que los culpables sean castigados, desde ya, para que la conciencia común despierte nuevamente. Como sacerdotes, no debemos ver nuestra tarea en llevar a juicio a los culpables. Mi honor y honra debiera ser instaurar un movimiento de expiación en mi parroquia, conmigo fundamentalmente a la cabeza.

Necesidades del pueblo

Necesidades populares. Es la necesidad compartida con el pueblo. Puede interpretarse como una gran suerte el ser despojado de nuestra satisfecha posición burguesa, y ser igualado con el pueblo. Es algo muy distinto experimentar y saborear intelectualmente o vitalmente las cosas ideales.

Tal vez ha sido una bendición para más de alguno el haber estado en Dachau, el sentir permanentemente la fuerte carga de las penurias económicas. Las necesidades populares son, hoy en día, en gran parte necesidades económicas. Cuando un pastor se hace valer, el mismo pueblo cuida de él. Por lo tanto, con mayor razón debemos esforzarnos en cargar interiormente con las necesidades. Las necesidades que oprimen al pueblo debieran tener un fuerte eco en nuestro propio interior. Debiéramos sentir esas necesidades como si nos quemara los dedos, y entonces haríamos lo correcto.

Vamos ahora a un segundo aspecto, el del espíritu del hombre. Su necesidad es la carencia de hogar, la falta de justicia y de honor, el desamparo. ¿Se dan cuenta cuán reales son estas necesidades? Pero no puedo ahora tratarlas a todas en particular.

Ustedes mismos constaten la falta de justicia que existe hoy en día. Es algo grandioso, de un alto valor moral, si una persona siente y acepta que falta a la justicia. ¡Cuántos hay que no lo sienten en nada!, tanto se han deshumanizado los hombres. Y hay un cierto derecho a sentir efectivamente que a uno se le ha quitado su propio derecho. Cuando a Jesús lo abofetearon, él lo sintió con gravedad. Por eso es que reaccionó y dijo: “Si he obrado mal,

entonces dímelo, pero si he hablado bien ¿por qué me golpeas?” El sentir su derecho es un alto valor.

Necesidad del hogar

Pero queremos considerar ahora la carencia de hogar. ¿Acaso esta necesidad no es una necesidad del hombre instintivo? El hogar, el terruño es un pedazo de tierra. Casi en ninguna época como la actual, el hombre ha tenido tan fuerte anhelo por un hogar. Vamos a las calles y veremos apátridas, sin hogar, y gitanería: una verdadera migración de pueblos como lo fuera otrora. Ya por el solo aspecto exterior, ¡cuántos millones de personas en las calles! Y más aún, si pensamos en el aspecto interior. Pienso que gran parte de la humanidad se ha convertido en un trashumante espiritual, sin hogar, sin fijación y, por lo tanto, sin figura propia. Nietzsche, quien sintió tan profundamente la vida moderna, exclama: “Los cuervos graznan y trazan vuelos erráticos hacia la ciudad”. Hay una tormenta que se avecina, y ellos quieren estar cerca de las moradas de los hombres. Hay algo que anda mal y revuelto. El animal siente el temblor de la tierra. Hoy experimentamos una revoltura espiritual, una mezcla explosiva de pueblos. Y aquel que lo experimenta, expresa: ¡Ay de aquellos que en medio de este terremoto no tienen un hogar! Nietzsche lo expresa al revés: “Feliz aquel que tiene un hogar.” El hogar es un bien inapreciable. Tenemos que decir que el hogar es un sacramental natural, es un regalo de la gracia. Es una llamada, una exigencia, un motivo. Busquen y reúnan todas las cosas grandes que hay: siempre podrán aplicarlas a la palabra hogar.

Tres elementos constitutivos del hogar

Hay tres elementos esenciales constitutivos de un hogar.

Elemento físico-material de un hogar

En primer lugar, *un elemento físico*. Esto es claro. Cuando cantamos aquello de “Schoenstatt es mi terruño”, entendemos primeramente un bello lugar. Pero esto solo no hace todo el hogar. Podríamos nombrar una cantidad de regiones hermosas. El barrio de una ciudad también podría ser mi terruño. O sea, no tiene por qué estar unido al sentido del hogar una belleza natural, meramente externa. Pero mantengamos la terminología. Tiene que existir un componente de vinculación local.

Elemento psíquico-espiritual de un hogar

Hogar encierra no sólo un elemento físico, sino también un *elemento síquico, espiritual*. En este pedacito de tierra, mi hogar, debo tener profundas experiencias espirituales. Al decir: “Schoenstatt, mi terruño”, se da por supuesto que tengo como propias profundas vivencias espirituales. Tan simple como eso. Uno de nuestros más antiguos sacerdotes de Federación, hoy enfermo, vino aquí, en una ocasión, no a un curso o retiro, sino a visitar todos aquellos lugares y rincones, donde él había vivido. Cada piedra tenía un recuerdo suyo. También el sacerdote misionero, que debe viajar permanentemente, debe tener un hogar; de otra manera su vida es la vida de un vagabundo. Pero si ha tenido un hogar, aunque esté separado de él, en el fondo de su alma lleva esa imagen. Y esa imagen actúa con fuerza. En cambio, si no tengo hogar, estoy desarraigado, espiritualmente desarraigado. Si llamamos a Schoenstatt nuestro hogar y no hemos tenido aquí profundas vivencias

espirituales, sólo decimos una frase vacía. A quien no puede unir vivencias internas con el concepto Schoenstatt, no le podemos exigir que hable de Schoenstatt, su hogar. ¿Qué aspecto tiene nuestro hogar? Presten atención: tengo que haber estado en ese lugar un tiempo correspondiente. Si pensamos en el proletario moderno, observamos que él necesita tomarse un tiempo hasta encontrarse cómodo en su nido, en su nicho. Pestalozzi afirma que “el hombre es un ser unido a un nido.” Si alguien vive un tiempo aquí, después de medio año allá, ora aquí, ora allá, carecerá de hogar. El niño requiere de mucho tiempo hasta que cada lugarcito tiene sentido en su vida. Hombres sin hogar son , por lo común, hombres sin carácter, sin moral ni religión.

Elemento religioso de un hogar

Lo tercero, un *elemento religioso*. El hogar encierra en sí también un elemento metafísico, el aspecto religioso. El lugar, donde hay vivencias religiosas, es símbolo del Dios vivo. Desde este punto de vista, entenderán Uds. a Alban Stolz , cuando indica con qué facilidad los lugares marianos de peregrinación se convierten en hogar para los católicos: es a causa de la experiencia religiosa. Para Polonia es Tschenschau, para Westfalia lo es Werl, para la Baja Renania, Kevelaer, etc. El real cobijamiento espiritual, el sentirse acogido en un lugar es, en ultimo término, símbolo del estar acogido en Dios. Hay que expresar y contemplar en la esencia de la palabra hogar al elemento religioso. Se intentó quitar de nuestras caminos las cruces y las ermitas. Parecen pequeñeces y son, sin embargo, de profunda importancia. Con eso se nos quería privar de nuestro hogar y patria católicos. Sin estas cosas no es pensable un terruño católico.

Hoy en día se acostumbra a hablar mucho del hombre lanzado a la vida, de la inseguridad humana , a pesar de todas las grandes seguridades. ¿Dónde encuentra el hombre su cobijamiento final? En Dios. En este lugarcito, que llamo hogar, desperté por vez primera a la conciencia del yo, tuve por primera vez la conciencia del tú, la conciencia de Dios, y de verdad que dura un buen tiempo hasta que la persona adquiere conciencia del yo y del tú. ¿Es acaso cierto lo que digo, que el hogar es un regalo inmenso? ¡Sin lugar a dudas! El hombre sin hogar es siempre un hombre inestable, porque no ha sido posible en él, desde un comienzo, este sano organismo de vinculación, tal como es querido por Dios. Un hombre que no ha tenido hogar sigue siendo un vagabundo de la vida hasta el fin de su vida. Son gitanos espirituales, religiosos, hombres desamparados, que por todas partes fungen de revolucionarios. Los grandes revolucionarios del mundo han sido siempre hombres carentes de hogar. Hitler no tuvo un hogar. Pensemos en su niñez. Nunca están unidos a una tradición, ya que con el hogar va de la mano la tradición. Lo que he vivido en mi hogar, en mi terruño, es un ideal para mí. Lo que he experimentado allí, lo proyectaré en el lugar donde tenga mi actividad. Carencia de hogar es sinónimo con carencia de alma, carencia de religiosidad, falta de carácter, de moral. Por tanto, si pierdo interiormente mi hogar, estaré siempre en peligro de carecer de verdadera alma. El hogar es algo que se nos regala. Si pierdo mi hogar, pierdo mi alma, pues el alma está unida al hogar.

Los dictadores modernos quieren despatriar, hacer perder el sentido de hogar a los hombres, para hacerlos obsecuentes con ellos. El hombre unido a la tierra es un hombre sólido, no se deja arrastrar tan fácilmente por las novedades, no pierde tan fácilmente su carácter.

Tenemos que regalar nuevamente un hogar, un intenso hogar, al hombre moderno, carente de hogar. El tiempo que ocupemos en este sentido no será en vano. Estas personas, más tarde, no volverán a perder su carácter. Hemos empleado nuestro tiempo en forma excelente. En las colonias alemanas en el extranjero, se ha trabajado siempre porque mantengan su idioma. La lengua materna es una porción del hogar, de la patria. Si pierdo la lengua materna, pierdo la vinculación con la patria y con sus valores. Con la carencia de patria, pierdo la conciencia de patria y, muy luego, pierdo también la religiosidad que he traído de allí. ¿Sienten Uds. la gran penuria que hay en eso? Se ha convertido al hombre de hoy en un ser carente de hogar. Si pensamos en los campos de concentración, que infamia y pecado el arrancar a las personas de su patria, de su hogar, separar a marido y mujer...

Dramática ausencia de hogar del hombre moderno

Visto más profundamente, la carencia de hogar es parte del infierno. Estaría correcto decir que la esencia del infierno consiste en la carencia de hogar y que la esencia del cielo es el cobijamiento. Examínenlo en detalle. Los castigos del infierno consisten en las *poenae sensus* y *poenae damni*. Las *poenae sensus* son los castigos de los sentidos. Apliquen esto al infierno de los sentidos. ¿Quién experimentaba Dachau como castigo infernal? En especial, aquellos que estuvieron internados desde un comienzo. Nada agradable para la naturaleza de los sentidos. Pero el castigo de los sentidos no constituye el núcleo de Dachau. El núcleo de los castigos del infierno es algo más: es la *poenae damni*, el estar separado de Dios. Nosotros, que provenimos de la época del individualismo, comprendemos que el hombre, de acuerdo al ideal, conoce un estar uno en el otro de Dios y el hombre y de los hombres entre sí. ¿En qué consiste la *visio beata*? En la contemplación beatificante de Dios, en el estar uno en el otro de las personas. Yo y tú y nosotros en mutua unión. ¿En qué consisten los castigos del infierno? El estar separados, el estar uno contra otros. Es un estar separados de Dios y un estar separados unos de otros y unos contra otros. Hemos pasado muy por alto el carácter social del hombre y de sus acciones, el estar espiritualmente uno en el otro.

¿Qué hizo de Dachau un infierno? No tanto las *poenae sensus*, cuanto más las *poenae damni*, el estar separados de Dios y unos contra otros. Nunca pude entender, tal como se representa el infierno, que los condenados se pudieran azotar entre sí, que la naturaleza humana llegara a tal locura. Que les cuenten cómo los Kapos (prisioneros encargados), azotaban hasta el extremo a los más antiguos, a sus propios compañeros, sea por diferencias de cosmovisión y, especialmente, porque eran presionados desde arriba. Se puede y debe hablar de un infierno en Dachau para el que no tuvo allí una intimidad espiritual. ¿En qué consiste, pues, lo más profundo de la carencia de hogar? Carencia de patria, de hogar, es infierno: falta el uno en el otro espiritual con Dios y con las personas, El hombre está totalmente desgarrado y atormentado en su carácter social y de individuo.

Hay, pues, una *carencia de hogar física, síquica y espiritual*. *Carencia física*: no tengo un lugar que me pertenezca. Es pésimo. *Carencia síquica*: no estoy cobijado en una ideología original, segura y madura. Nos quisieron quitar nuestra ideología católica. Al pensar en los repatriados, vemos cuán desarraigados están. No sólo carentes de un hogar – lugar, y de los objetos que lo llenaban. También han perdido la manera de pensar católica, su ideología, que se ha consumido. Sabemos que hoy en día el hombre actual tiene muy poco bagaje católico. Conscientemente se trabajó para deshacer este bagaje y reemplazarlo por otro. Piensen en el hondo sentido patrio por el cual se daba la sangre y la vida. ¿Tuvo algún valor

eso? De pronto, todo destrozado y deshecho. Es decir, debemos contar la carencia de hogar y patria como una gran necesidad espiritual.

Y hay una carencia de hogar del alma. Consiste en que el corazón humano no acepta más a otro corazón humano, que falta el estar uno en el otro. Hogar es esencialmente ser acogido, ser cobijado en un noble corazón. Carencia de hogar: se la nota cuando los niños son arrastrados, cuando no crecen en lo espiritual, cuando la mujer es infiel, y así seguido. Paul Keller escribió una novela titulada: "Donde hay amor, hay hogar". ¡Cuánto anhelo hay hoy día por eso! Cuando uno viaja en tren, experimenta en la gente la carencia de hogar, y un sufrimiento atroz, una necesidad de primer orden.

(De *Lucha por la verdadera libertad* - Ejercicios para sacerdotes, 7 al 10 de enero de 1946)

10. De Semana de Coronación - 1946

En la Semana de Coronación de 1946, el P. Kentenich se refiere profusamente a la creación de un nuevo orden social.

Creación de un nuevo orden social.

A nosotros, un pequeño grupo, al otro lado millones y, sin embargo, me atrevo a decir: en responsabilidad seria y sólida por el destino del mundo, por la paz de los pueblos, por el restablecimiento del orden social destruido, por la reconquista de la dignidad de la persona, no debe superarnos nadie. Lo que dijimos en 1929 por primera vez: A la sombra..., no deja en paz a la familia desde ese tiempo.(...)

¿No nació toda la Familia a partir del grupo misional, y no tenía ya éste como misión la doble tarea que hasta ahora nos une: salvar la personalidad y salvar la comunidad? ¿No comprendimos siempre la congregación como un reino, una familia? Desde entonces no nos abandonó el pensamiento del reino (...) Nuestra tarea es una tarea extremadamente actual: no sólo salvar y ayudar a salvar la personalidad sino también la sociedad, renovar permanentemente todo el orden social como tal en el espíritu de Cristo.

Una formulación completamente clara y clásica la encuentran ustedes en las oraciones de Dachau. En ellas se destaca consciente, permanentemente y en todas partes el pensamiento del reino, el pensamiento del reino schoenstattiano. (...)

El pensamiento del reino, ¿acaso tiene un sentido tan profundo para nuestra misión? Si miramos retrospectivamente los últimos 100 años en el desarrollo espiritual del mundo... han pasado casi 100 años más o menos desde 1840. Lo que ha surgido en este último siglo en el mundo, puede bien señalarse como incomparable. Hasta entonces, la corriente de los pueblos corría tranquilamente. Hasta hace 100 años ni el Occidente se preocupaba del Oriente, ni éste de aquel. Pero súbitamente se sumergió en una corriente. Pero, cómo han llegado a acercarse tanto los hombres? ¿Cómo ha crecido en toda la línea la vida económica y científica, sobre todo bajo la dirección del optimismo liberal? Por entonces dominaba el romanticismo; pero se mostró enteramente infecundo para la conformación de la historia de los pueblos. Y de pronto triunfa el optimismo liberal. Los pueblos deben liberarse, libres de Dios, libres de toda ley superior. Comprende inmediatamente lo que esto significa: éste es el liberalismo mecanicista, que sepia el individuo de Dios y que lo desvincula de la comunidad. Y no nos es difícil de comprender cómo este individualismo liberal llegó a ser “madre de la dictadura, del colectivismo”. Ambos son hijos ilegítimos de la misma corriente espiritual. Por eso la ruina del orden social.

La sociedad debe ser sanada desde sus cimientos

Han pasado 100 años. En estos 100 años se pueden distinguir tres etapas:

- a) La primera etapa, aproximadamente de 30 años, desde 1840 hasta 1870. En ese tiempo las cosas sucedieron como el liberalismo se lo había imaginado y como lo había soñado: éxito tras éxito.
- b) Luego, 40 años más tarde, reina una cierta paz entre los pueblos.

- c) Pero entonces, los pueblos empiezan a dudar de aquel paraíso que se les había anunciado y luego, en los años siguientes, más o menos desde 1914, sucedió lo que ya un Nietzsche había profetizado: la irrupción y erupción de la bestia entre los hombres. Lo que se había creído haber destruido con el liberalismo, por la liberación de todas las fuerzas, es decir, el asesinato, la muerte, la esclavitud de los pueblos, todo esto está ahora en forma extraordinariamente vivo y activo. El punto culminante de la economía y de la ciencia en los pueblos europeos y, más allá aún, en todo el mundo, se convirtió en golpe de muerte de toda la cultura.
- d) Los Papas, los grandes vigías en Sión, señalaron repetidamente los peligros del liberalismo mecanicista. Pío IX condenó este liberalismo, no tanto porque limitara el poder de los príncipes sino porque va dirigido a liberar el orden social de todo principio supratemporal y porque lanza al mundo el principio de poder. Evidentemente que entonces no se le comprendió y evidentemente, en el mundo culto, se le calificó como reaccionario.
- e) Vino León XIII. Permítanme llamar la atención respecto a una característica suya: él, el gran Papa social, es, al mismo tiempo, el Papa mariano, el Papa del rosario.. ¡Cuán claramente penetró él a conmoción del orden social! En 1878 conjuró a los jefes de estado a tener presente la desgracia que estaban acarreado con el liberalismo. No encontró oídos. Y más tarde, Pío XII vio, a su modo, repetidamente, su misión en restaurar el orden social destruido.
- f) ¿Qué quiero decir con esto? Si queremos volver a instaurar un nuevo orden social, un orden social orgánico contrapuesto al mecanicista, entonces es evidente que el cuerpo social debe ser sanado desde abajo. Entonces es evidente que la familia, la célula de la sociedad, debe ser sana, para que se sane la sociedad entera. Igualmente, tarde o temprano, tendrá que llegar a ser evidente que toda comunidad en la Iglesia, a su manera, trate de encarnar un reino ideal. La curación del orden social debe suceder de abajo hacia arriba.

El reino de Schoenstatt

Por esto, el ideal del reino de Schoenstatt no es algo nuevo para nosotros. Siempre lo hemos entendido así: un reino de Schoenstatt. Pero, si se quiere, esto también se puede interpretar mal, se puede decir: es un estado dentro del estado. Se puede construir oposiciones: aquí Schoenstatt, allá Roma. Todo esto se puede hacer, si se quiere. Pero, en ese caso, se está mal informado. Queremos ser un reino ideal, un reino ideal tal como el Dios vivo lo ha previsto para nosotros desde toda eternidad. Y el pensamiento del reino ideal gana en actualidad en el momento en que cada rama se ha hecho autónoma: las Hermanas de María autónomas, los Padres autónomos, las Señoras de Schoenstatt autónomas.

Un reino en pequeño, un estado ideal queremos ser incorporados en la Iglesia, con la clara intención de coordinar con nosotros otros miembros de la Iglesia. ¿Perciben ustedes las grandes líneas, el gran aliento que encontramos aquí? Nosotros, que hemos crecido en un pequeño círculo, vemos siempre el amplio mundo ante nosotros. Aplicado a las circunstancias actuales, queremos ofrecer una cooperación para la restauración del orden

social destrozado. Cuando tengo que conducir una rama, no buscar únicamente el bien de esa rama, no, sino que, en bien el bien de esa rama ver el bien de todo el mundo. ¡Hay que salvar el orden social! ¿De qué sirve hablar tanto? ¡Tienen que venir hechos concretos! ¿De qué sirve el pensar tanto? ¡Nosotros actuamos! ¡Que vivan los hechos! Y puede ser difícil. Será para nosotros el gran problema: cuando los Institutos sean autónomos, ¿cómo se concebirán entonces como una unidad? ¿Cómo podrán ser dirigidos como totalidad? Por eso: despertad y despertaos mutuamente. Por eso el serio esfuerzo por realizar un preclaro reino de Schoenstatt.

En muchas cosas (quiero mostrárselos en el curso de estos días), nos hemos anticipado a las corrientes de la Iglesia. Recuerdo aquí solamente la corriente de consagración, la devoción al Corazón de María y muchas otras cosas. Vendrá el tiempo cuando se verá que también en estas cosas nos hemos anticipado a la Iglesia. Vendrá un tiempo en que cada comunidad en la Iglesia luchará seriamente para encarnar también por su parte un reino ideal para servir a la Iglesia, a la salvación de todo el orden social.

Queremos ayudar a resolver los grandes problemas de la época. Con derecho puedo entonces decirles: la reunión actual la podemos considerar como un Congreso.

¡Nuevamente el pensamiento del Reino! ¿Acaso no es evidente que cada rama debe construir ella misma, con una cierta unilateralidad orgánica su Reino? Si no lo hace, todo se diluye, confluye todo en el cauce común y no sucede ninguna renovación del mundo ni del orden social. Si leen en san Francisco Javier cómo concebía la organización del estado ideal, comprenderán cómo para él era una evidencia y siempre suplicaba: Que se seque mi diestra, oh Dios, si no me acordara de ti, Compañía de Jesús. Lo que pulsa interiormente en toda la organización, esa fuerte conciencia comunitaria, está impulsada por aquello que llamamos misterio de Schoenstatt. Si no lo alcanzamos, sobre todo en las comunidades de elite, entonces tengo que decir: ¡Adiós, Schoenstatt! Habríamos soñado un hermoso sueño. Este es el motivo por el cual tenemos que construir una comunidad de elite. (...)

Construir el reino de Cristo y de María

¡Una gran tarea! Como telón de fondo vemos la lucha del tiempo actual. Para nosotros se trata de hacer valer el imperio de Cristo, de la Santísima Virgen y de la Iglesia. Dicho de otra maneras: se trata de la restauración del orden social y mundial cristianos; se trata de elegir a Cristo como Rey y a la Santísima Virgen como Reina; de construir silenciosamente su reino, de apoyar a la Iglesia en su dominio espiritual del mundo. Si hacemos esto, entonces estamos ayudando a construir un orden mundial, un orden social católico.

¿Y qué significa todo esto para quien conoce el tiempo actual? ¿No vemos como telón de fondo la bestia que surge de los mares? ¿No vemos a los pueblos que por su parte, conscientemente, quieren dejar de lado a Cristo, el Rey, a la Santísima Virgen, la Reina, y a la Iglesia? ¿No vemos, por otra parte, a los estados democráticos que están trenzados en una lucha a muerte con los estados totalitarios? Y, desgraciadamente, hemos de reconocer que en sus propias filas presentan ya profundos signos de decadencia. Son hijos del liberalismo, de n liberalismo que ha liberado el mundo, el estado de Dios, de Cristo, hijos de un liberalismo que ha liberado el mundo y el estado de todas ley supratemporal y de validez general, que los ha liberado de toda ley natural de valor general y d toda ley divina

positiva. El mecanicismo liberal en las propias filas, en lo más profundo, no significa otra cosa sino un orden estatal mecanicista, un orden mundial mecanicista. Por eso es que el germen de la muerte radica en las propias filas.

Somos una pequeña grey que, por doquier, se encuentra solitaria en el mundo, una pequeña grey que quiere nombrar a la Santísima Virgen como reina del mundo. No pienso ahora solamente en nosotros, no sólo en nuestra pequeña grey en el reino de Schoenstatt, pienso en todos los católicos comprometidos en el mundo entero. Somos una pequeña grey ante la monstruosa presión de la masa, de las monstruosas tendencias anticristianas. ¿Acaso esta pequeña grey logrará, alzando las banderas de Cristo rey de María reina, salvar el amenazado orden social? (...)

Crear una familia ideal

La salvación del orden social no se hará con meras palabras: hay que actuar. Si queremos formar un estado ideal, tenemos que crear una familia ideal. Si queremos ayudar a crear una Iglesia ideal, tenemos nosotros que crear una comunidad ideal. Cada Instituto, cada Sociedad, cada Comunidad, cada Congregación, cada Orden que a su modo quiera contribuir a la salvación del orden social cristiano, tiene que luchar, así como nosotros, seriamente, por llegar a ser un reino ideal. Una vez que el Logos está claro, debe seguir el ethos. Ustedes verán, más tarde o más temprano se reconocerá, que lo que nosotros aspiramos no es sino una inspiración del Espíritu Santo que quiere en y a través de nosotros, servir a la Iglesia. ¡Una Iglesia ideal en pequeño! ¿Acaso no estamos acostumbramos a pensar así? No es acaso evidente esta forma de expresarse: ¡La Familia debe encarnar una Iglesia ideal en pequeño!

Incorporarse en la Iglesia

Incorporación en la Iglesia y por ello, en los organismos normales de la Iglesia: en la diócesis, en la parroquia. Por supuesto, nos damos cuenta cómo esta incorporación al mismo tiempo requiere una cierta coordinación de una parte de la Iglesia a nosotros. Luego que estamos incorporados en la Iglesia, queremos preocuparnos que partes de la Iglesia se coordinen con nosotros. Por eso surge una cantidad de problemas difíciles. Pero recuerden: quien se ha preocupado del orden estatal, del orden social, sabe lo que se exige hoy del Estado. Es un libre derecho de coalición. Lo mismo vale respecto a la Iglesia. ¿Han recibido las partes, como somos nosotros, un libre derecho de coalición, también en el orden jerárquico? En la Iglesia no sólo hay una línea vertical sino también una línea horizontal. Se ha tratado de seguir únicamente la línea vertical. Se ha visto el error y se reconoce también una línea horizontal: es la misión de las instituciones supraparroquiales. Un cierto derecho de asociación pertenece también a la salvación del orden social cristiano. Algo semejante hay que decir si pensamos, por ejemplo, en la libertad de la elección de vocación. También aquí debe haber una cierta libertad para elegir a qué comunidad se quiere pertenecer.

Permítanme recordarles cómo, desde un comienzo, hemos luchado con cálido apasionamiento no sólo por la salvación de la personalidad sino también del orden social. Debemos, por tanto, encarnar un reino ideal con la clara intención de realizar los grandes pensamientos de la sabiduría divina y proyectarlos en amplios, amplísimos círculos.

Luchar por un reino ideal en cada comunidad

Y ahora que hemos dividido la Familia en ramas, verán ustedes que, tarde o temprano, tendremos en la Familia todos los problemas que aquejan el orden social. Queremos consagrarles toda nuestra fuerza, sólo que tenemos que ver en el pequeño círculo los grandes problemas del tiempo; sea que se trate de la parte motriz o de otras ramas, todos han de luchar por un reino ideal.

¿No es éste para cada uno de nosotros el gran impulso: quiero contribuir a la salvación del orden social cristiano? ¿De qué nos sirve deshilacharnos? Creo que actualmente significa la muerte para la Familia esa palabrería general, si acaso no realizamos el misterio de Schoenstatt. El estado debe ser unido en sí mismo, tan unido que no tenga que temer el desmembrarse con el tiempo. Harían bien en aclimatarse en estos pensamientos generales, para que seamos arrancados de la estrechez y seamos llevados a la amplitud.

No hay universalismo sin una unilateralidad orgánica fuertemente acentuada. Ciertamente tenemos que tener valor para una unilateralidad orgánica y ésta es multiplicidad, universalidad orgánica.

A lo largo de estos días les podré ir descubriendo la importancia que tiene que cada estado de vida tenga una comunidad de elite, en la cual los ideales de la familia sean cultivados en forma pura y en esa forma sena llevados a las más altas realizaciones. Una comunidad de elite que se esfuerce por incorporar a los mejores. Si alguien se escandaliza de esto, se escandalizará también de la psicología de las masas. Cada Orden, y en realidad cada comunidad de elite, se orienta más o menos por aquello que dice el jesuita: aceptamos sólo aquellos que se quieren distinguir. Esto significa para nosotros, en la práctica, aquellos que con toda su alma se ponen en el terreno del misterio de Schoenstatt y de la santidad de la vida cotidiana.(...)

Y cuando los otros están a punto de aplastarnos, cuando experimentamos cómo el antiguo Dragón está viviente hoy por todas partes, cuando vemos que una concepción materialista del hombre recorre el mundo como un inmenso cauce, cuando encontramos al Estado colectivista por todas partes en una cruzada victoriosa, entonces comprendemos que del alma liberal no se puede esperar una plena salvación para el orden social mundial. Y cuando entonces comprendemos lo pequeños que somos, nos aferramos a aquellas palabras: “Yo amo a los que me aman”. (...)

Todos percibimos que en un tiempo de nihilismo, de colapso del mundo antiguo, en un tiempo de colapso de todo aquello que una vez fuera adorado como grande, cada persona y cada comunidad tiene ante Dios el grave deber de cooperar con lo suyo a sacar nuevamente al mundo del nihilismo para hacer nuevamente un organismo, un organismo como Dios lo quiere e impregnado por Dios.

Conciencia de responsabilidad por un nuevo orden social

Y así creemos en nuestra misión, si estamos convencidos que todo lo que desde un comienzo hasta ahora hemos aspirado nos ha sido realmente dado por Dios, entonces sabemos que no solamente tenemos la tarea de formar y conformar la nueva personalidad,

el hombre nuevo, sino que también tenemos que contribuir esencialmente a la formación y conformación de la sociedad, del orden social.

Es por eso muy importante el concentrarse en lo original que Dios nos ha regalado, fortalecer la conciencia de responsabilidad por ello y precisamente por la acentuación de una unilateralidad orgánica no dejar que se carcoma nuestra vitalidad. Si de un día para otro nos debilitamos, no sólo interior sino exteriormente, no sólo metódicamente sino también en principio, entonces nos convertiremos en los sepultureros de la Familia. Y llegará el tiempo en que tendremos que decir: tenemos una gran culpa que el pueblo alemán y la patria no haya encontrado el camino para ascender de la ruina. ¿Creen todavía en aquellas firmes palabras: “a la sombra del Santuario...”? Bien entonces, si la Providencia a través de las circunstancias nos señala los caminos correspondientes, conocida la meta, ¡hacia ella con todas las fuerzas! Entonces, el llamado: ¡Todo el mundo a bordo para crear un reino ideal y para ayudar, de este modo, a salvar el orden social cristiano! (...)

El reino ideal del cual hemos hablado tan frecuentemente, tiene no sólo una organización según los diversos estados, sino también una organización jerárquica. Jerárquica no sólo en el sentido que se dan superiores y súbditos; también y especialmente en el sentido que tenemos comunidades y agrupaciones de elite, que son las que sostienen toda la Obra. (...)

León XIII y la cuestión social

León XIII, que entre los Papas fue ciertamente el que vio primero y más claramente la conmoción del orden social, que se defendió con todas sus fuerzas contra el liberalismo que arremetía, procura preparar el orden del mundo señalando repetidamente hacia el derecho natural, a las obligaciones que nacen del orden de ser. El liberalismo empezó a mecanizar el mundo, quería libertad de Dios y también libertad de la ley natural. Y éste es el grave problema; en realidad el más grave de los problemas: cómo llevar el mundo, el orden social, que se ha convertido en una máquina, cómo llevarlo nuevamente hacia un orden querido por Dios.

Es interesante estudiar cómo los nuevos Pontífices se han puesto nuevamente en la posición que nosotros hemos mantenido desde el comienzo,. Podría nombrarles expresiones maravillosamente claras y luminosas de los pontífices, empezando con León XIII. Incluso Pío XI. Lean solamente en su encíclica sobre Alemania.

La negación del orden natural, causa del desorden social

Nosotros atribuimos el desorden de mundo, la desintegración de los pueblos a la negación del derecho natural. Y si ustedes observan al Santo Padre actualmente reinante, cada vez en forma más fuerte aparece en primer plan su esfuerzo por salvar la sociedad humana. De ahí su lema: la paz es y siempre será la obra de la justicia. Por eso, un reino de la verdad, de la justicia y, por supuesto, también un reino del amor.

Si queremos construir nuestro reino ideal, entonces tenemos que luchar en el futuro más que hasta ahora, con gran apasionamiento, por el derecho natural y referir todas nuestras exigencias, cualesquiera que ellas sean, siempre al derecho natural. (...)

Hay una dinámica en nosotros: sentimos el fuerte compromiso de ayudar a salvar el mundo. ¡Cuánto se ha hablado en los últimos años de la culpa colectiva! Aquel de nosotros que tiene hoy día algo que decir al mundo, se hace culpable si no lo proclama. Tenemos una larga experiencia y sabemos cuán sólidos somos. Por eso no tiene sentido que nos mantengamos ocultos. Hoy tenemos que salir a la publicidad para ofrecer al mundo y a la Iglesia aquello que Dios nos ha regalado. No en vano nos ha hecho superar, hasta cierto punto, las pruebas de los últimos años. Esto nos tiene que dar la seguridad, basada en la fe en la providencia, de lo que Dios quiere de nosotros. Y es claro que el que quiere avanzar, tiene que entrar en la lucha con el mundo.

El mundo actual está cansado; es capaz de criticar todo, pero lanzarse hacia adelante, trabajar, plantearse metas, esforzarse, no; eso no es capaz de hacerlo. No es capaz de decidir solo; busca al jefe que pueda decidir por él. Pero cuando lo hace, le falta también la fidelidad en el seguimiento. Hoy tenemos que ver el mundo a partir de sus últimas raíces y dejar que Dios nos muestre claramente sus intenciones.

Y si me permiten volar alto, quisiera recordarles: ¿Cómo era el orden social cristiano en la Edad Media? Se habla de los Estados Unidos, de Alemania y de Europa. ¿Cómo era en la Edad Media? Europa no fue nunca una unidad geográfica. Lo que la unió fue, en lo más profundo, únicamente el cristianismo. ¿Cómo se lo pueden imaginar? La doctrina cristiana del estado, el orden social cristiano está fundado científicamente en las ideas del apóstol Pablo del Cuerpo Místico de Cristo. Lean nuevamente lo que escribía al respecto: el único y el mismo Espíritu ha constituido a unos como apóstoles, a otros como profetas y todos los miembros se sirven unos a otros. Si tuviésemos tiempo, trataría de exponérselos detalladamente. San Agustín construyó en base a estas ideas y los siglos posteriores formaron}, a partir de estos grandes pensamientos, un orden social cristiano. ¿Saben ustedes lo que contiene esta doctrina?

1. Conciencia de misión

¡No se dejen despojar de la conciencia de misión! Les he podido demostrar que todo el orden social cristiano se fundamenta en la conciencia de misión. Si consideran esto desde un punto de vista meramente científico, podrán ver que la Edad Media dejó al hombre la libertad personal. Todo eso se perdió posteriormente. ¿Por qué? En gran parte la libertad personal estaba fundamentada en la propiedad. El mundo actual quita al hombre la propiedad y con la propiedad, la libertad personal. Libertad también en la elección de profesión. Pero más profundamente esta libertad estaba más fundada en el pensamiento:: tenemos una misión (dahinter steckt eine Sendung). El pensamiento de la misión está esencialmente unido al pensamiento del Estado y, en último término, con el pensamiento social.

2. Conciencia de responsabilidad:

Por eso comprendemos lo que ha traído la revolución francesa: libertad, igualdad, fraternidad. ¡Cuán clásicamente se encuentra expresado todo esto en el pensar del apóstol Pablo!

En cualquier forma que quieran concebir el estado,. Pueden estar seguros que jamás van a salvar el orden social sin una misión. Tenemos una misión y esta misión es un compromiso,

un serio compromiso. Los pueblos claman, y cuando del Señor nos llama, tenemos que responder. La situación es actualmente demasiado grave. No podemos quedarnos en segundo plano, sentados tranquilamente, comer y beber y reclamar un poco. ¡El mundo está desquiciado!

3. *El tercer pensamiento que está en el fundamento de esta teoría es el pensamiento de conquista, pero a partir de una misión.*

Y así quiero pedir a ustedes y se lo pido a nuestro Seminario Mayor, no ver tantas cosas nuevas, para que podamos ir medio a medio al campo de lucha y podamos anunciar el mensaje de Schoenstatt. Los pueblos esperan este mensaje. ¿Cómo llegó a ser cristiana la Edad Media? El cristianismo tiene ese organismo sobrenatural y los pueblos que se incorporaron a la Iglesia captaron el organismo sobrenatural.

Podría decirles tantas cosas sobre la importancia de un orden común de vida. Observen cómo los pueblos medioevales no se mantuvieron unidos por leyes sino por una interacción recíproca inconsciente. Pueden comprender cuán fácilmente se formó en la Edad Media ese orden social. La mera fe no crea el orden social, tiene que venir también la vida. Por eso, también ustedes han de procurar tener una casa materna; procuren, tal como lo hacen nuestras Hermanas, de ser un reino ideal pero de serlo vitalmente. De este modo ayudamos a resolver los graves problemas del tiempo.

Si observan la vida, verán que en el mundo todas las cosas están encarnadas, pero aún no están encarnadas en un centro. Piensen ustedes que si vivimos en este mundo sobrenatural, también superamos en forma extraordinariamente eficiente el nacionalsocialismo. Ciertamente, lo sé bien y cada vez lo tenemos que experimentar nuevamente, lo difícil que resulta a otras naciones el darse a Schoenstatt: Schoenstatt está en Alemania. Por eso no decir tan rápidamente que queremos ser nacionales. La Edad Media fue primero cristiana y luego se formaron las naciones. Así solucionamos en pequeño las grandes problemas del tiempo. Por eso necesitamos jefes que vean las cosas y no que, según su gusto y gana, digan una vez una cosa y luego otra... A mí no me sería difícil pasar toda mi vida en segundo plano si acaso sé que, en pequeño, estoy solucionando los grandes problemas. (...)

Vaticinare!, profetiza, hijo del hombre, corona a la Santísima Virgen y luego verás; el orden cristiano de la sociedad está salvado. (...)

La Mater ha creado en Schoenstatt un reino ideal cuya originalidad se caracteriza por su

1. universalismo,
2. organismo
3. solidarismo
4. radicalismo e
5. idealismo

Ad 1. Universalismo respecto:

- a) al ser
- b) a la vida
- c) al actuar

ad a) Universalismo del ser, ya se trate:

- **de los órdenes del ser:** de la causa primera y la causa segunda (Eigengesetzlichkeit der Zweitursache). *Ordo essendi est ordo agendi*.
- **de las diversas categorías del ser (Seinarten):** de la manera de ser masculina o femenina, del ser que está en desarrollo, del que ha llegado a su plenitud, etc., respeto ante todo ser.
- **de las obligaciones que impone el ser:** por eso la búsqueda constante por la verdad y la justicia (derecho natural)

ad b) universalismo de la vida: servicio a toda vida. Universalismo de las

- formas de vida: trátase de la vida individual o comunitaria (las diversas ramas de la Familia)
- las formaciones de vida: cada individualidad debe buscar su forma.

Ad c) Universalismo del actuar: es decir del apostolado; universalismo de la persona, de los medios, de las actitudes espirituales.. Hemos incorporado orgánicamente todas las formas de pensar, filosofía del ser, de la vida, del amor, de la sabiduría (dominicana, jesuítica, franciscana, benedictina).

Por el universalismo somos una Iglesia en pequeño más que otras comunidades; para la cohesión debemos cuidar de estar siempre fundamentados con unilateralidad orgánica en el misterio de Schoenstatt. Pero también es necesario una acentuación de la autoridad: si la Familia no reconoce una última autoridad, entonces mañana o pasado mañana deberá cantar el requiem. Guiada esta autoridad por el principio “autoritario en principio, democrático en la aplicación”, esto por respeto a la libertad de la personalidad. Sólo en esta base se puede pensar en una ciudad ideal.

Aprovecharé la oportunidad para señalarles cómo en el principio “libertad en cuanto sea posible, obligaciones sólo las necesarias, pero cultivo del espíritu el máximo posible”, están propiamente solucionadas todas las preguntas respecto al orden social. Sólo debe ser correctamente entendido y aplicado.- No está formulado en forma ligera; hay espíritu, meditación, el serio intento de captar los problemas del tiempo y solucionarlos adecuadamente y de acuerdo a la voluntad de Dios en pequeño, para crear así la posibilidad de que luego puedan tener efecto en círculos más amplios. (...)

Ad 2) Organicismo

Al perito no le resulta difícil probar que el mecanicismo liberal es el padre de la dictadura mecanicista. Esta es la enfermedad actual, la caída del tiempo y del mundo actual en el mecanicismo, en la máquina. Por eso, la palabra caracteriza mejor la medicina para las enfermedades del cuerpo social actual y también del individuo es “organismo”. (...)

Organicismo:

- a) **de la personalidad:** por el ideal personas, por una actitud de alma, queremos vencer el colectivismo por medio de la fuerte acentuación de la personalidad. Pero en el ideal

personal está contenido al mismo tiempo el solidarismo en contraposición al exagerado personalismo. (...)

El organismo en la personalidad se expresa también en el organismo de vinculaciones personales, locales, ideales...

b) Organismo en la conformación de la comunidad. Unidad mecánica como en la torre de Babel y orgánica (con Cristo, la cabeza y María, el corazón).

Omnia instaurare in Christo (restaurar todo en Cristo). Esto no tiene sólo una proyección personal, sino que también tiene una importancia social extraordinaria. Este es el gran medio: el mundo debe unirse nuevamente a Cristo, la Cabeza, para salvar el orden social. No sólo pensar en la propia persona diciendo “quiero ser una esposa de Cristo”. Eso está bien, pero nosotros vemos el mundo en conmoción. Por eso, ¡cómo crear una unidad en el mundo sin la cabeza! ¡Quiten al hombre su cabeza! El mundo, el estado, la Iglesia no deben ser, según el deseo de Dios, primaria y formalmente una organización; deben ser familia. El estado no debe ser formalmente, en primer lugar, un estado son una familia. Estos son pensamientos que el tiempo actual ha dejado totalmente de lado. Y una familia no conocer sólo una cabeza son también un corazón. Y el corazón es el corazón de la Santísima Virgen.. (...)

Por eso el lema: *Descendat Maria, Consors et Sponsa Crhristi regi et fiat terra sancta mariana!*

La Santísima Virgen debe glorificarse. ¿Cómo? En la medida que ella nos usa como instrumentos, primero en pequeños círculos, para luego abarcar círculos más y más amplios, para fundar un reino y así salvar el destruido y amenazado orden social. (...)

(Las otras características de solidaridad, radicalismo e idealismo no fueron desarrolladas).

11. De Semana de Octubre - 1947

¿No ha logrado el colectivismo una verdadera irrupción incluso en los países occidentales? La negación central es la misma que en Oriente: el rechazo de Dios. También en Occidente se encuentra la Iglesia en un espantoso desvalimiento. Con frecuencia se dice con toda simpleza: el mundo no puede existir sin el cristianismo... En el futuro se verá lo que esto realmente significa. Si el dominio de las fuerzas de la naturaleza no tiene su contrapartida en el dominio de la naturaleza humana, entonces vendrá una catástrofe. Pero sólo Cristo puede dominar la naturaleza humana. O el mundo se cristianiza o llegará a ser brutalmente pagano y se irá a pique. Sólo Cristo puede redimir las fuerzas revolucionarias en la naturaleza humana. Pero, ¿quién puede traer a Cristo al mundo? Sólo la Santísima Virgen puede hacerlo. Fátima, Lourdes, los Pontífices, todo señala en esa dirección. Cristo es la salvación de la sociedad, pero no solo. Una sociedad orgánica tiene cabeza y corazón: Cristo y María. Este es el intento de solución cristiana: unir a la humanidad a la ley eterna y esta ley al Dios eterno.

Pío XII, en una carta al Presidente de los Estados Unidos, Harry Truman, dice que él está convencido y el Presidente será de esa misma opinión, que la organización de los trabajadores necesariamente será una organización sin alma si no se reconoce en ella el respeto a la persona humana y la solidaridad de todos los pueblos, si el bien común no se pone por sobre los intereses individuales. Y sólo cuando las concepciones de los hombres se mejoren, entonces se mejorarán también las condiciones para los trabajadores. Pero ningún poder meramente político es capaz de modificar el espíritu humano.

Solamente el anclaje en Dios protege la libertad y es la salvación de la personalidad. Y éste es el núcleo esencial de la problemática moderna. Sólo el que ha sido esclavo conoce lo que es la libertad. Las experiencias de Dachau fueron experiencia de esclavo. Los emigrantes rusos han experimentado lo mismo. Un francés decía: el verdadero enemigo no es el alemán sino el oriente, porque éste tiene una concepción enteramente distinta de la libertad.

Nosotros queremos crear un movimiento de libertad, de magnanimidad, por tanto, un movimiento que sepa aplicar su libertad. El colectivismo es una fiera que causa grandes daños. En Occidente triunfará transitoriamente. Entonces llegará nuestra tarea. Desde esta perspectiva es que Dios requiere nuestro tipo de hombre. Aquel que cree tener una misión en este sentido, tiene que reflexionar autónomamente estas ideas. Nuestro reino es la respuesta a esa situación que va a venir. Antes se trabajaba mucho con torturas; hoy se trabaja con limitaciones de la libertad. La pregunta candente para nosotros es: ¿Logrará nuestra Familia transmitir a las generaciones posteriores la correcta concepción de la libertad?

1. La movilización total, en el campo nacional e internacional, de todas las fuerzas, con el objetivo de superar el colectivismo y construir un orden de sociedad solidaria y cristiana.
2. La unión de todas las fuerzas en un reino claramente coordinado según la organización de la Iglesia.

A nosotros nos quedan tres imperativos:

1. La lucha seria y consciente por la formación de una personalidad fuerte y cristiana. El cultivo permanente del ideal personal: ver Acta de Fundación). El ideal personal cuidará que todo el orden sobrenatural sea algo personal, llegando a ser así una actitud personal. El psicólogo de masas quiere que todo sea absolutamente separado de la personalidad; el psicólogo ideal quiere anclarlo todo en la personalidad. Los movimientos religiosos no deberían permitir que los hombres lleguen a ser deshumanizados y víctimas de la corriente. En las Hermanas hay un sistema que ha sido estudiado para las constituciones, que hace que las Hermanas sean colocadas innumerables veces delante de decisiones.
2. Luchar para lograr y conformar la ciudad ideal. Nos esforzamos a fin de lograr un reino internacional y nacional que esté organizado en sí mismo y que se incorpore a la Iglesia. Nacional, porque vemos que Alemania sube nuevamente del pantano y procura el triunfo. Debemos movilizar todas nuestras fuerzas para salvar a Alemania. Dios le ha reservado una misión. Primero quiso mostrarle cuán profundamente podemos caer en el abismo; hoy, cuán alto podemos subir. Debemos tener estas ideas centrales y debemos publicarlas siempre, especialmente al Movimiento masculino. La juventud debe tener metas porque entonces tendrá esperanza y poseerá así una tarea visible y clara.
3. Pero también la construcción internacional.. En el peligro mundial debemos buscar también la salvación mundial. Debemos movilizar todo a fin de que, cuando aquí todo se precipite hacia el abismo, puedan venir del otro lado los misioneros. Ha sonado también la hora de gracia para el Japón. Como en los tiempos de Constantino, también hoy sentimos el cambio brusco en nuestra tierra. Japón tiene una misión. Tenemos ya tres Hermanas japonesas. En Sudamérica vive fácilmente medio millón de japoneses. Aquí está el puente hasta el lejano Oriente. En Brasil mismo el pueblo es bueno, pero hay mucho trabajo que hace aún. Quizás debemos despertar muchas vocaciones más. Con nuestra formación podríamos abrir y dirigir allí escuelas. Aquí nos morimos de hambre. Millones de niñas y mujeres no se pueden casar. Y allá les espera una tarea digna de emprender. ¿Cómo ubicamos nosotros nuestra alianza de amor en el ámbito de las grandes tareas del tiempo?
4. Lo sabemos; es una escuela de la personalidad y una escuela de la comunidad. Aquí presienten ustedes el suspiro de la eternidad.- ¡Alrededor de estos pequeños gira el mundo! Nos consagramos íntegramente a la Santísima Virgen para que ella nos tome como instrumentos y utilice todas nuestras fuerzas para la renovación de todo el mundo.
(...)

12. De Carta de Octubre - 1948

En esta Carta, como también durante los años 1947 y 1948, el P. Kentenich expresa en forma extraordinariamente clara el pensamiento de la creación de un nuevo orden social. En este documento, analizando la época actual como un tiempo de transición, se refiere a la imagen del hombre y de la comunidad; habla de "la relación de tensión entre personalidad y comunidad que, desde siglos, no permite alcanzar tranquilidad, sobre todo en los pueblos de occidente. En 1947 tiene lugar su audiencia privada con el Santo Padre Pío XII. En esta Carta de Octubre de 1948, también escribe sobre esa audiencia.

Desde León XIII, nuestros sumos pontífices señalan con apremio la amenaza, la perturbación y el desplome del orden cristiano de la sociedad. Son voces en el desierto que encuentran poco o ningún eco. Ello motivó mi promesa a Pío XII de empeñarme por todos los medios para que los Institutos Seculares junto con las corrientes espirituales que ellos movilizan, hagan un aporte tan valioso a la reconstitución del orden cristiano de la sociedad como el que hicieron las comunidades religiosas más antiguas e importantes. Las promesas a la más alta autoridad que han sido tomadas en serio, nos obligan; no nos dejarán nunca tranquilos hasta que no se cumplan. Pero, ¿cómo se podría tener éxito en la gran obra cuando no se acometen primero las pequeñas? Si cada una de las agrupaciones de cuño cristiano no se esfuerza en configurar un reino ideal, una ciudad ideal, una ciudad de Dios, entonces difícilmente servirán de algo los otros medios. Y en la situación actual la elocuencia sugerente o las influencias no conducirán las masas a la meta deseada. Pero si las pequeñas células están sanas, comenzando por la familia hasta las comunidades religiosas más grandes, entonces se puede contar con un saneamiento del organismo total.

Por esto, difícilmente se puede tildar de petulancia el que nosotros queramos hacer de Schoenstatt una ciudad ideal, un reino ideal, una ciudad de Dios. Evidentemente estas formulaciones son exclusivas; son sólo afirmativas. Tarde o temprano prácticamente todas las comunidades tendrán que ver y buscar su grandezas en un ideal como ése. Pero, ¿acaso estas ideas cuando se proclaman en voz alta y ante círculos más amplios, no pueden ser mal interpretadas y conducir a falsos desarrollo? Claro esta que de todas las cosas de este mundo se hacer un mal uso. (...).

Dos corrientes luchan por la solución del difícil problema: el individualismo y el colectivismo. Ambos son extremos, ambos desconocen tanto la esencial de la personalidad como de la comunidad; ambos llevan el carro de la historia a un banco de arena del cual difícilmente hay un escape”.

Presenta luego la caracterización de ambos y la concepción orgánica: el solidarismo.

A la pregunta por el mañana se puede dar la respuesta: según todas las apariencias usa Dios el bolchevismo y la masonería para hacer terminar primeramente el desmoronamiento de todos los órdenes precedentes. Un tiempo orientado exclusivamente pro el “más acá”, guiado por lo irracional y emocional,. Puede ser convencido de sus errores y desatinos y estimulado a la conversión, solamente por el camino de la vida práctica. Así tenemos pues que el hoy y el mañana quieren ser considerados sólo como transición. Estación terminal

provisoria de la historia del mundo es el pasado mañana. Allá corren nuestras miradas con gran anhelo. Nuestro corazón acoge el pasado mañana con gran calor. Cuando el desmoronamiento haya alcanzado su grado, cuando todas las fuerzas, sin excepción, hayan llegado a marchar en el vacío, entonces podrá abrirse camino la convicción de que sólo el cristianismo es capaz de salvar al mundo del abismo, que sólo él puede interpretar acertadamente los planes de Dios, su idea original sobre el hombre y realizarlos. Nuestra situación es semejante a la época del cristianismo primitivo. (...)

En la misma carta, el P. Kentenich se refiere al hombre económico, en este lugar aclara la relación de la economía y el trabajo con el hombre:

Que el *homo oeconomicus*, llamado también *homo faber*, domina hoy no sólo el mundo europeo sino también el mundo extraeuropeo, es conocido y reconocido universalmente. El punto de vista económico es, en todas partes, el decisivo, fundamental y dominador. A la economía se dedica la mayor parte de la energía intelectual de hombres talentosos. Ella determina la política, llena la prensa, decide sobre guerra y la paz, es el tema principal de deliberaciones internacionales. Es el barómetro del valor y dignidad de una personalidad y de una nación. El *homo oeconomicus* no está contento con el cubrir necesidades. El se dedica a despertar necesidades para acaparar riquezas lo más rápido posible y poder procurarse placer. Todo está orientado por la máxima: "haz dinero, hijo mío". Porque el trabajo formador de capitales y racionalizado parece ser el medio más seguro para ese fin; porque, al mismo tiempo, una técnica con invenciones que causan admiración y con éxitos fabulosos, se pone servicialmente a su disposición. Por ello casi confluyen en uno los tres términos: "*homo oeconomicus*", "*technicus*", "*operarius*". En esto nada importa si el *homo operarius* se llama empresario u operario,, ingeniero o comerciante.

La consecuencia de todo es un bienestar como no lo ha experimentado jamás la humanidad como totalidad.

Y, no obstante, todo el mundo habla hoy de una crisis económica sin precedentes, de un desmoronamiento del capitalismo. Apostasía de Dios, como en todas partes, así también aquí significa desintegración. La economía, que quiso tomar caminos autónomos y los tomó implacablemente, que se separó del orden de la naturaleza y que dio a Dios la espalda, se destruye a sí misma. Ella ya habla con un lenguaje elocuente de la "marcha en vacío" y de la infecundidad de su autonomía absoluta.

Ella confirma la verdad de la vieja expresión: ésta es la maldición del acto malo; debe seguir engendrando lo malo. Los dogmas del *homo oeconomicus*, *operarius* y *technicus*, que durante mucho tiempo fueron considerados intocables, se muestran más y más como herejía.

"Mayor producción genera bienestar". Así reza el dogma fundamental. El desarrollo actual ha mostrado que, eventualmente, puede darse también lo contrario. Hoy, mayor producción, en innumerable casos, ha llegado a ser fuente de pauperismo, del empobrecimiento y hasta del hambre. La opinión pública se indigna porque el excedente de la cosecha de trigo se deje podrir en los depósitos o se arroje al mar para mantener alto su precio, mientras en otros continentes mueren de hambre millones y millones. Por ahora, ningún poder puede cambiar nada en esto. Todo el mundo siente que las circunstancias corren con poder

irresistible a una catástrofe. La semilla que ha sido sembrada hace cuatro siglos, ha brotado y se manifiesta más y más como simiente del dragón. El movimiento que ha originado entonces y que al comienzo sólo lentamente trazó círculos, ha sobrepasado hace muchísimo tiempo su punto culminante y reclama urgentemente un cambio.

Apostasías es descomposición. Se ha despojado el trabajo de su sentido natural; se lo ha desmembrado de su unión interior con su razón, con la vida, con la obra, con el consumidor. Se lo ha despersonalizado en esa forma y se lo ha hecho instrumento de despersonalización universal.

Según intención de Dios, el trabajo debe ser una participación acentuadamente afectiva en la actividad creadora y dadora de Dios. Se lo ha rebajado a un “hacer” mecánico.

Debe servir a la vida y a sus necesidades, pero no forzar ni sofocar la vida. Debe satisfacer necesidades sanas, pero no despertarlas desenfrenadamente y así esclavizar al hombre y arrastrarlo a un remolino, del cual hay escape solamente con empleo extraordinario de todas las fuerzas. La producción despierta necesidades y las necesidades aumentan la producción. Así sigue hasta lo infinito, hasta que el hombre, el señor de la creación, se hace completamente su esclavo. El que ha inventado la máquina, es dominado por ella. Le sucede lo que le pasa a hidrópico: cuanto más bebe placeres terrenales tanto más sediento está. Cuanto más posee en bienes, haberes y dinero, tanto más quiere tener y tanto más vertiginoso se hace su ritmo de trabajo y de vida. Mañana, nuevas sensaciones deberán sustituir aquello que ayer y anteayer, las viejas sensaciones han prometido pero no han cumplido.

En lugar de la ansiada plenitud del alma, permanece y crece más y más la conciencia y el sentimiento del vacío interior. Ambos empujan con fuerza elemental hacia la fuga de sí mismo, hacia el remolino de la vida, del trabajo y del placer.

El trabajo, según su naturaleza, debe estar unido a la obra; debería despertar y satisfacer la creadora voluntad formativa. La racionalización lo hace imposible. Se habla de varios sistemas, del de Taylor, de Bédeaux y de muchos otros. Coinciden todos en que racionalizan el proceso del trabajo, en que aumentan la producción pero despersonalizan en forma creciente al hombre. Trabaja en la cinta mecánica, realiza en repetición infinita, siempre de nuevo, el mismo movimiento. Por eso nunca llega a tener una relación con la obra de sus manos. Las fuerzas creadoras que dormitan en él no son liberadas; el trabajo no produce ninguna alegría; nunca se transforma en vocación verdadera, auténtica. Las potencias crecientes y toda posibilidad de placer no ofrecen para esto compensación del mismo valor. Todo esto no satisface ni libera a la larga.

Como el operario moderno es desmembrado totalmente de la raíz y de la obra, también lo es de los consumidores. Por eso, en todas partes: despersonalización universal. Verdad es que recibe dinero por sus fatigas y su sudor. Pero todo esto es tan impersonal que, por eso, impersonaliza.

Un antiguo proverbio advierte que el hombre es castigado por aquello con que ha pecado. El hombre de hoy ha pecado gravemente por tergiversación del sentido y abuso de trabajo y materia. Por eso, ambos más y más se traducen en azote y tiranía. El ser sin alma de ambos trae vacío y falta de alegría sin nombre en lugar de plenitud y alegría. Su endiosamiento

despierta y llama no raras veces al fantasma de la desocupación que, de por sí, ya es un dolor grande y que despierta, a menudo, dolor más grande.

Si es cierto lo que se cuenta de Pedro el Grande que, en sus últimas disposiciones, estaría la determinación de que cada diez años Rusia debería tener una guerra nueva, grande y que si no, sería posible regirla, entonces comprenderemos la angustia de contar con una catástrofe nueva de la humanidad de hoy. En todas partes se siente que sin guerra no puede ser distendida la enredada situación mundial. Como dos monstruos rondan las dos grandes potencias de este y oeste, armadas hasta los dientes, equipadas con todos los modernos instrumentos asesinos. No se precisa mucho para que choquen el uno contra el otro... y estamos en una tercera guerra mundial que dejará muy por atrás a las otras, en crueldades. ¿Cuánto tiempo tardará en que la desocupación creciente de los pueblos llegue a ser una nueva y secreta fuerza impulsora de estos enredos bélicos? A la humanidad hay que darle ocupación; debe obtener trabajo, aunque sea sólo el trabajo de la artesanía bélica, de lo contrario no puede ser ya gobernada.

En una palabra, el hombre economista ha caído en bancarrota en todas partes. Aquí espera al sepulturero, allí junta una vez más toda la fuerza para mantener su posición. ¿Cuánto tiempo resultará esto? También en círculos cristianos y eclesiásticos sigue viviendo por el momento; aquí en la "empresa de trabajo", allá en la economía. Las lacerantes miserias de los últimos años han desplazado en todas partes las medidas. Allí donde no se ha despertado una infancia espiritual heroica que se arroje providencialmente en los brazos del Padre, se ha desarrollado aceleradamente una orientación hacia el "más acá", exacerbada por la angustia ante el propio "más allá".

13. De Carta de Nueva Helvecia - 1948

Cuando el P. Kentenich, en los últimos años, se refería a Schoenstatt en relación al orden social, acostumbraba citar preferentemente la Carta de Nueva Helvecia.

Desde 1942 y 1944 vive en nuestras filas el sello original y concreto de la gran visión del futuro del catolicismo, con avasalladora vitalidad y victoriosidad. Esta comprendido allá de un modo inequívocamente claro y luminoso, en el Acta de Prefundación. Todas las etapas siguientes la revelan con mayor claridad hasta que en las oraciones de Dachau, esto es, en la Tercera Acta de Fundación rezada, se despliega plenamente en todas dimensiones y despierta una regocijante victoriosidad.

Quien no conoce esta visión ni vive en entrega amorosa a ella y a su luz, no sacará mucho o nada con los textos aforísticos de las oraciones. Con su forma conscientemente desprovista de imágenes y su visión de conjunto intencionalmente desnuda, inmediata y conmovida, se opone al gusto de los modernos y concitan la oposición de los de ayer. Hablan sólo para aquellos cuya mirada se ha adiestrado. Sí, en el pasado y en el presente, pero al mismo tiempo viven en el futuro y ven su tarea en la transformación del caos informe que se avecina, en un nuevo cosmos cristiano.

Sólo aquel que recorre el mundo con ojos alertas sabe cuán grande es ya hoy este caos, cuál el progreso de la transmutación de todos los valores. La revolución espiritual es ya ahora tan universal y tan rápida que difícilmente escapa de ella alguna forma de vida. La técnica moderna acerca de tal modo a los hombres que su interdependencia de destinos aparece en una forma como jamás se ha visto hasta ahora en la historia del mundo. Todo empuja hacia una inaudita uniformidad y masificación y pone, casi de la noche a la mañana, en el mismo plano a costumbres y modo de pensar, concepto y práctica de la vida, el negro de la choza solitaria y el refinado hombre culto.

Nos precipitamos, con ritmo acelerado, hacia una cultura y civilización de la uniformidad. Una imagen totalmente nueva del mundo y del hombre está en desarrollo. La gran pregunta, que no deja descansar a los que saben y a los que son responsables, es siempre la misma: ¿Esta imagen llevará el sello de las fuerzas diabólicas o de las fuerzas divinas?

El colectivismo aparece en escena en las formas más diversas y pide la palabra. Se agazapa para dar el salto sobre todo el mundo. Europa yace en gran parte a sus pies; en otros puntos del globo trata victoriosamente de avanzar, pese a todas las prohibiciones y medidas en contra. También él vive de una gran visión del futuro. Ese es su secreto, alimentado constante y manifiestamente por el influjo diabólico y las fuerzas satánicas. Nosotros solemos tratarlo como si fuera un sistema y discurremos y obramos respecto de él sin llegar hasta su núcleo. Demostramos sus errores; él se ríe y vuelve a su trabajo seguro de la victoria. Con toda el alma se adhiere a su imagen de un nuevo mundo y de una nueva comunidad que contempla en su totalidad y abraza con ardiente amor y admirable fuerza de sacrificio que no se conmueve aún cuando se le muestran los errores y las faltas.

El ve, promueve y exige una nueva estructuración sociológica del mundo y de la humanidad. Bajo su influjo se conglomeran en el tremendo ímpetu y aplastante densidad los problemas modernos que, a consecuencia del acelerado desarrollo espiritual y

económico, giran en torno de la relación trastocada entre personalidad y comunidad, entre personalidad y economía, entre personalidad y técnica, entre personalidad y progreso social. Su visión excluye así al Dios personal y se endiosa a sí mismo. Pero esto no nos impide descubrir en ella rasgos de la revelación divina por más que rechace todo el cristianismo. Una visión sólo puede ser vencida por otra visión. Todos los otros intentos no conducen a la meta y menos que nada las demostraciones racionales.

Eso muestra la historia del cristianismo, particularmente en la primera época. La Santísima Virgen ha expresado en el Magnificat la gran visión cristiana del futuro en las memorables palabras: *Et exaltavit humiles*, y ensalzó a los humildes. El Apocalipsis retoma a su manera el tema y lo lleva a su fin en brillantes imágenes. Esta visión vive consciente e inconscientemente, aunque desfigurada y como un rayo pequeño e insignificante, en la imagen del mundo y del hombre de las más variadas corrientes colectivistas que luchan por una promoción para los desheredados, la cuarta clase, y quieren que se beneficie del inesperado progreso moderno de la economía y de la técnica. Como la luna se pierde rápidamente de vista frente al sol que nace, así también se vence la visión del colectivismo con su pobre contenido de verdad, si nosotros hacemos despuntar el sol de la visión cristiana del futuro con todo su brillo y esplendor, tal como nos lo muestra la Sagrada Escritura.

El Occidente cristiano debe su forma a esta visión y con ella su felicidad y progreso en todos los terrenos. Ahora hay que desasirla de formas condicionadas al tiempo, comprenderla en sus elementos esenciales, anunciarla con calor y hacer que se manifieste creadoramente con su dinámica en las nuevas circunstancias. Puede que a menudo nos oprima el ver desplegarse al colectivismo con su tenue y pobre apariencia de luz, con irresistible fuerza plasmadora y decidir los destinos del mundo, mientras nosotros, que tenemos la luz plena y radiante del sol, nos quedamos descorazonados e impotentes frente a los problemas del tiempo, dirigimos la mirada casi únicamente hacia atrás, tememos mirar hacia el futuro o respondemos con un pesimismo aplastante.

Manresa se empeñó desde el principio en apropiarse de la visión cristiana del futuro y revestirla mediante su “secreto” de una forma eficaz y original. Con una mirada de soslayo al colectivismo y a diferencia y en oposición al mismo, quiere ser comprendida en su estructura interior y exterior como una:

- a) **Visión universal** que abraza el tiempo y la eternidad, el más acá y el más allá, las necesidades económicas, sociales, políticas, morales y religiosas de todos los hombres, también de los desheredados, de las masas que cuentan millones.
- b) Como una **visión conquistada** que no exige por eso una luz infusa extraordinaria o, como por ejemplo Don Bosco, sueños divinos. Tiene, como la Iglesia misma, de la cual es un miembro y de la cual aspira a ser lo más selecto, un marcado
- c) **Con carácter mesiánico**, esto es, quiere ayudar a redimir el mundo no solamente de necesidades terrenas sino también del pecado y de la lejanía de Dios, tratando de resolver de nuevo, a la luz de los principios originales del cristianismo, en la escuela de la *Mater ter Admirabilis* y bajo su dirección, la relación entre personalidad y

comunidad, personalidad y economía, personalidad y técnica, personalidad y progreso social. Camina hacia los tiempos nuevos con una grande y misteriosa

- d) Con una **victoriosidad**, exclusivamente en la irrupción de fuerzas divinas, tal como, desde 1914, las percibimos en la Familia con nuestra fe en la Providencia, como las experimentamos interiormente incontables veces y como pudimos constatarlas en insospechada plenitud desde enero de 1942 y en la Tercera Acta de Fundación que le siguió. No es la victoriosidad del colectivismo que se apoya en convicciones de tinte materialista y condicionadas al desarrollo histórico, que ve, en la disolución del orden antiguo mediante el nuevo paraíso, una ley natural evidente y necesaria y que, por eso, no se deja confundir por ningún revés.

Quien se ha adentrado y familiarizado en el espíritu del *Hacia el Padre*, encuentra en él, sin dificultad y por todas partes, los rasgos esenciales de esta visión del futuro, universal, conquistada, mesiánica, semivelada y victoriosa. La imagen de Dios y del hombre, la imagen de la historia, de la sociedad y de la Iglesia, tal como allí está bosquejada, todo señala enérgicamente en esa dirección, ofrece abundante material de meditación y estudio y puede convertirse en un eficaz adiestramiento para el entendimiento, la voluntad y el corazón del hombre que, en una situación caótica, quiere conservar una mente clara y una mano firme. Es fácil volver a descubrir en la santa Misa, en especial al final de la Misa del Instrumento, las mismas líneas esenciales, incorporarse día a día de nuevo en esa visión y dejar que ella tome forma en la vida diaria. Por más que la lucha en torno de la forma artística de las oraciones sea sincera y sin segunda intención y se la lleve sin sugestión ni temor ante la opinión pública, no debe ella desviarnos de lo esencial, paralizar nuestro empuje ni hacer vacilar nuestro frente de unidad. Al contrario, según los planes de la divina providencia, tiene ella que volver a despertar a todos, en especial a los rezagados que, con o sin culpa, no han incorporado en sí la corriente de vida de los últimos años para que, examinando profundamente los planes de Dios respecto al mundo, nos entreguemos ardiente y sacrificadamente, con invencible optimismo, a la nueva ordenación cristiana del mundo y de la sociedad.

A quien no le guste la forma, puede escoger otra. Pero la actual es apropiada,. En su intencionada desnudez e inmediatez, para preservar de la confusión de ideas y sentimientos, empujar inexorables decisiones y dar orientación y apoyo en situaciones semejantes sin mucha dilapidación de tiempo y de fuerzas.

Llega el tiempo en que de nuevo la cuestión de la culpa se plantea ante los nuevos castigos que se descargan sobre Europa. Nosotros queremos mantener puros el corazón y las manos, no hacernos culpables de pecados de comisión ni de pecados de omisión. Quien hoy conoce un remedio probado para las necesidades del orden cristiano del mundo y de la sociedad, y no tiene el coraje de hacer valer públicamente su convicción, no podrá librarse más tarde de la pesada culpa. La historia del pueblo alemán quiere ser comprendida en espíritu apocalíptico como una singular historia de bodas. Desgraciadamente se convierte en muchos lugares en una trágica historias de divorcio. Sin querer este hecho aflictivo nos recuerda la parábola de los convidados a las bodas: ¡no vinieron! ¿Qué habrá sido de ellos?

14. De Informe de Norteamérica - 1948

Misión de la Obra de Familias en la renovación religioso-moral

Si queremos construir un reino ideal, no podemos detenernos en la renovación e interiorización de la mentalidad. A esto hay que agregar el sanamiento de las estructuras reales, en especial, en el terreno social. Aquí comienza sobre todo la misión de la Obra de Las Familias en sentido estricto. Sus miembros se comprometen a realizar los decretos sobre matrimonio y familia de los Papas, pero luchan también seriamente por la desproletarización de sus condiciones, mediante la adquisición de un hogar propio, a la cual la familia colabora con el equipamiento espiritual y con apoyo económico.

Si el P. Tick sigue trabajando como hasta ahora, puede ser que llegue el momento de la formación social de los miembros de la Obra. Por eso pido al experto en sociología de nuestra universidad, que elabore un sistema preciso, que tenga el valor de utilizar todos los elementos útiles que el capitalismo y el socialismo han puesto a disposición. En su centro debe estar la esencia del trabajo y la ley de la equivalencia entre éste, su valor y su mérito. Todas éstas son cosas que pertenecen al hombre nuevo y por eso merecen tener un lugar en la Semana de Octubre. Mi carta para el 20 de mayo, con su gran visión del futuro, no habla sólo del orden nuevo en las relaciones entre personalidad y comunidad, sino también entre personalidad y economía. Yo sé que la gran Semana de Octubre ya está recargada con consideraciones sobre el primer tema y con indicaciones prácticas. Sin embargo, es conveniente dirigir, al menos, la mirada hacia la economía.

Para los expertos es evidente, de antemano, que la cuestión de la personalidad y de la economía no deben ser separadas una de otra, en un tiempo en que todas las guerras se originan por conflictos económicos. A esto se añade el recuerdo del año 1848. Son 100 años desde que la voz de alarma de un Marx y un Engels pusieron en movimiento las filas de trabajadores. Más y más fuerte tiembla el mundo al paso de millones. Si en aquél entonces se dijo: "Proletarios de todo el mundo, uníos", nosotros queremos lanzar el lema: "Trabajadores, obreros e intelectuales, uníos" ¿En qué deben estar unidos ambos? Que nuestra sociología nos dé la respuesta, al menos en trazos generales, y así ponga el fundamento para nuestro equipamiento y formación. Cómo debe realizarse la ayuda y apoyo mutuos, no puede clarificarse plenamente a causa de la multitud de problemas económicos. Durante un largo período, tendremos que luchar con un mínimo para subsistir. Sin embargo, esto no nos debe impedir preparar espiritualmente a la Familia (...)

Los pueblos que marcan el ritmo del mundo

Como alemán, aquí (en USA) me interesa la cuestión alemana; como católico y sacerdote, la situación religiosa del país. A ella debo prestarle, sobre todo, mi atención, puesto que, como portador y jefe de un movimiento de renovación internacional, golpeé a sus puertas con la actitud de san Pablo del "*Omnia instaurare in Christo*", todo debe ser incorporado a Cristo, la cabeza. Nosotros, en la intención de nuestra misión de Schoenstatt, le agregamos:" por medio de su bendita Madre, nuestra Madre y reina tres veces admirable de Schoenstatt, que anuncia y forma por doquier la imagen de un hombre nuevo y de una nueva comunidad, adecuados al tiempo, especialmente en una época apocalíptica".

Quien debe llevar tal carga se dirige preferentemente a los pueblos que marcan el ritmo, que se sienten y se presentan como poderes mundiales y son reconocidos como tales sin restricción; que no se dan descanso ni lo conceden hasta que su bandera flamea por todas parte, hasta que su economía domina los mercados mundiales, hasta que su impronta espiritual, su ritmo de vida y sus costumbres han transformado al mundo. Ellos inundan a los pueblos sometidos o aliados con la atmósfera que fluye de ellos. El cine y la moda, la economía y la técnica, la Iglesia y las sectas, siguen las huellas comunes a ellos. Quien logra ganarlos, educarlos y formarlos, tendrá, sin más, gran influencia en amplios círculos.

La necesidad de un orden moral incommovible

Sapientes judíos, con los cuales me he encontrado o en vuelos o en casas privadas, que sufrieron muchísimo en la persecución de los judíos, pero que han vencido interiormente todo odio, me hacían notar que el ocaso de la cultura en todo el mundo aún no ha tocado fondo. Eran de la opinión que mientras el mundo sólo conozca y aplique la medida de lo material, no se puede esperar una sanación. La bestia en el hombre debe ser domada por un orden moral incommovible, con férreas leyes de eterna validez y obligatorias en toda circunstancia, aunque ellas conlleven desventajas económicas. De otro modo, jamás saldremos de la guerra de todos contra todos.

Uno de ellos, propietario de una fábrica en Buenos Aires, basado en esta actitud, se propuso no mentir jamás, tampoco en los negocios, aunque todo su alrededor se mofara de él. Al comienzo, su propósito llamó la atención por su consecuente cumplimiento. Pero él se impuso y, hasta tal vez, cosechó ventajas económicas por la confiabilidad de su persona y carácter. En todo caso, lo que pretendía era contribuir con su aporte en la construcción de un orden moral, y así, a la pacificación del mundo. Su esposa opinaba que Alemania se levantaría rápidamente del caos, más rápidamente que otros pueblos, ya que sería más receptiva a bienes más elevados, a causa de su espantosa pobreza. Ella pintaba un caso ideal, ciertamente, que no es fácil que se realice de hoy a mañana. Ella pasaba por alto que la carencia de bienes externos, económicos no es por sí misma igual a una desmaterialización del espíritu y del corazón. Por el contrario, la carencia de lo más necesario despierta comúnmente la codicia y la acentúa en máximo grado, si es que no existe una actitud fundamental religiosa profunda, hasta heroica, que triunfe sobre el hombre instinto.

Un alemán, que tuvo ocasión de volver a visitar su vieja patria, no estaba tan espantado por las ruinas por doquier, ni por la hambruna que constataba, sino mucho más por el odio, el egoísmo y las envidias de sus compatriotas, que lo rodeaba como un aliento venenoso. Manifiestamente, el pueblo alemán no ha entendido ni con mucho el sentido de su prueba. El “hombre nuevo” es más idea que realidad, aunque haya surgido ya como un ideal clarificador en numerosos círculos. Un joven redactor español, de Santiago, me explicaba que sólo se puede esperar una pacificación del mundo, si surge y crece una juventud no economicista. En América Latina habrá signos favorable para una tal reorientación.

El clamor por el hombre nuevo y la nueva comunidad

Lo que resuena en ésta y en similares opiniones es siempre lo mismo: es el clamor por el “hombre nuevo” y la “nueva comunidad”, la convicción de su necesidad y la penuria por

las dificultades en su formación. Sabemos que con esto tocamos el problema fundamental de nuestra época, aquel que no deja tranquilo a los espíritus. Los obispos de los Estados Unidos declararon que “lo que subyace en todos los problemas de la actualidad es la cuestión del hombre”, de su esencia, valor y dignidad, de los derechos y deberes del hombre.

A la larga, la plena valoración ética del hombre no es posible sin un profundo anclaje religioso, sobrenatural. En la época del materialismo y del colectivismo, menos aún que en otras épocas, el hombre plenamente ético, espiritual y personalizado no puede existir sin una divinización multiforme y profunda. Con esto dibujamos el perfil del “hombre nuevo”, que es el anhelo internacional más urgente del presente y del futuro. Todos los pueblos y naciones dependen de él. Por interés en su propia existencia deben discutir e intercambiar al respecto. (...)

La degradación del hombre colectivista

El hombre colectivista está tan degradado que no es capaz de tomar posición ante lo que oye, lee y ve. Todo eso no le interesa. Por eso tampoco lo toma en serio. Sólo está pendiente de una sola cosa con todas las fibras de su corazón: en su propio interés económico. Ante él está plenamente abierto y atento. Eso llena su alma, en tanto cuanto haya espacio. Los fundamentos morales y los hechos históricos también han perdido para él toda su atracción. Sólo triunfa el momento y las impresiones que el momento trae consigo.

Verdaderamente, un girar en banda del entendimiento, en el peor sentido de la palabra.

Lo mismo vale para su voluntad. No sabe qué hacer con el obsequio magnífico de la libertad y de su doble dimensión de la capacidad de decisión y de realización. Está contento si otros deciden por él. La frase: *homo agit, non agitur* (el hombre actúa, no es actuado) puede valer para otros, pero no para él y sus camaradas. Había una vez, está tentado uno de decir, en que el hombre veía su propio valer y su dignidad en ser señor de sus decisiones y responder por sus actos. Dominar las situaciones, crecer más allá que ellas y no dejarse arrastrar por ellas. Hoy es al revés: *homo agitur, non agit*.

Y se siente bien en este estado. Desde luego, tiene la ventaja que el individuo se sumerge en la masa, que es protegido por ella y así, la opresiva angustia existencial es ensordecida por la eterna actividad de la masa y por el constante movimiento. Hay que haber estado uno mismo en tal actividad para comprender toda la tragedia que esto encierra. Se está inclinado a mirar a la masa humana como a un rebaño, que sólo reacciona a gritos destemplados; o como un autómatas, que sólo puede ser puesto en movimiento desde fuera; o como una máquina gigantesca, que espera al dictador, como su maquinista del desorden sin tropiezos; como una masa, que se ha disuelto en átomos sin conexión ni asidero internos; como una manada de animales salvajes, que se deja arrojar al mar por sus domadores, luego de haberse puesto ciegamente a su disposición.

El corazón se ha masificado, gira en banda, se ha secado y chamuscado y no es ya capaz de un afecto personal, ni siquiera de odio. Acciones de odio comandadas no pueden ser tomadas, sin más, como actos personales. Se exceptúan la angustia y la codicia. El colectivo y su exponente saben manejar con maestría la sicosis de angustia para tener permanentemente en movimiento, con una sola orden, a la pequeña parte de máquina,

llamada “hombre”. También sabe mantenerlo con buen ánimo. Por eso le procura trabajo y pan. “Le da trabajo y el pan necesario para la producción, tal vez también un poco de miel de la vida, es decir, placeres. La sociedad dicta al hombre “socializado” los restaurantes donde debe comer, lo que ella encuentra bien para él, los clubes donde debe jugar y escuchar los altoparlantes de la propaganda, los dormitorios en los cuales debe descansar. Y todo esto no porque sea una ley natural, sino para que sea capaz de poder producir siempre de nuevo y mejor. Le dicta además en que hospitales debe sanar o morir. Al hombre colectivo no le está permitida ninguna inclinación propia, sobre todo ninguna expresión de su propia opinión, y mucho menos una propia vida interior.”

¿No habré pintado acaso todo muy negro? Me alegraría si se pudiese colorear en algo, desde luego por la misma dignidad del hombre. También se que no se da cada rasgo en cada uno al mismo tiempo y en el mismo modo. No podría afirmar tal cosa. Como en toda tipificación, aquí se trata de descubrir la última meta, a la cual corren todas las corrientes colectivistas.

En todo caso, el buen samaritano debe reconocer primero todas las heridas del hombre caído en manos de los ladrones, para poderlas sanar con aceite y vino.

Solidarismo y personalismo

Nuestro personalismo se contrapone a todo tipo de impersonalismo e incluye en sí el solidarismo como elemento esencial. Con gusto nos dejamos llamar “personalistas” si con ello se expresa nuestra posición ante el impersonalismo. La expresión señala claramente hacia una de las preocupaciones centrales de la Iglesia actual, hacia la formación del hombre nuevo y de la nueva imagen de comunidad y hacia nuestra misión en el marco de la Iglesia que, por la aceptación de la conocida promesa al Santo Padre, recibió una nueva consagración. Este personalismo estuvo presente en el mismo movimiento de nuestra Familia. (...).

Igualmente como consideramos el personalismo, cuando se nos dice que somos tales, como un título de honor, de la misma manera y con igual fuerza rechazamos cuando se le desvincula del solidarismo o se le adjudica a este último un lugar secundario. Esto es evidente para quien capta correctamente la íntima unión entre pedagogía del ideal, de la alianza y de vinculaciones. Nosotros no sólo hablamos del ideal personal sino también de ideal de comunidad, que considera y le da plena importancia al instinto social del hombre. Sólo indicaremos la dirección para una tercera respuesta. En detalle la daremos luego cuando yo, en base a observaciones, pueda desarrollar un sistema social cuyas líneas fundamentales las encontramos claramente en los tres componentes centrales de nuestra pedagogía. (...)

Imagen del hombre católico

El hombre éticamente noble no puede formarse si no está vinculado a Dios. ¿Estamos vinculados al Dios personal con todas las facetas de nuestra alma? ¿Tiene hoy día aún el cristianismo algo que decir respecto al orden en las cuestiones sociales y económicas? La expresión “apostasía de Dios”, significa desintegración en el plano cultural, económico, estatal y de las potencias en el interior del hombre. Humanidad sin divinidad se convierte en brutalidad y bestialidad. Hoy día se quiere forjar un hombre que posea una nivel ético

alto. Humanidad. ¿Qué resulta de ello? Un hombre que no está en el reino de Dios crece en el reino del animal. El humanismo rompe la vinculación del hombre con Dios. El protestantismo rompe la relación del dogma con la religión. El industrialismo o materialismo rompe la relación de la economía con Dios.

El hombre anticatólico es el hombre esclavizado al más acá; no conoce el más allá por estar orientado sólo al más acá. Por eso se ha esclavizado a los bienes de este mundo.

¿Cuál es la imagen del hombre católico? ¿Es la del hombre que huye del mundo? Esto no sería enteramente cierto. El ideal católico no consiste en huir de todo. Puede ser que determinados tipos de hombres estén llamados a ello, pero con el fin de que a los demás les resulte más fácil usar las obras de este mundo. Todo lo que Dios ha creado para el hombre debe servir al hombre. El hombre católico debe usar, gozar lo del mundo pero también conformar el mundo. Por eso el hombre es capaz de enseñorearse en el mundo; tiene poder sobre el mundo, está ante el mundo en una actitud creadora: conforma el mundo, se vincula a él, es atraído y despertado por él, sólo que no se esclaviza a él.

“Dominad la tierra”. El hombre católico debe actuar creadoramente en todos los ámbitos. Queremos sostener este pensamiento como un principio fundamental. Incluso en círculos sacerdotales hay muchos que están cansados de la vida, que se quieren retirar a la sacristía, que rezan su breviario y piensan: hagan solos vuestras cosas, la cuestión social no nos interesa... Sería agradable no tener nada que ver con la política. Pero eso no está bien. La tarea de la liturgia consiste en que el mundo actual sea nuevamente iluminado y consagrado, que pierda un poco de pecado original.

Estar hoy medio a medio en la vida no es fácil. ¿Cuántos no dirán: no se metan en eso, ya vendrá un nuevo gobierno!. ¡No! Se requiere valor para intervenir fuertemente en la vida. El hombre católico debe intervenir fuertemente y estar en todo.

Esto lo expresamos en nuestro lenguaje: la imagen auténtica del hombre católico es el santo de la vida cotidiana que es capaz de encontrar a Dios en el día y es capaz de dominar la vida estando en ella y luchando por la santidad. Santo es aquel que vive santamente. No huida sino que ¡del tabernáculo al mundo! No recluirse en la sacristía; esto también, pero para dominar la vida. Lo que proclama el Santo Padre (Pío XI) en su encíclica sobre la educación vuelve siempre a lo mismo: retirarnos y reducirnos sólo al terreno de lo meramente religioso. El protestante puede unirse a Dios en su cuarto, porque piensa que en el mundo no hay nada que cambiar. También en el mundo católico existen estos puntos de vista pero son falsos. Yo prevengo a ciertos círculos a no adherirse a esas opiniones. Si me dejo enredar por el error que Dios está separado del mundo, entonces al demonio lo suplantaré Belcebú. Si yo quisiera separarme y reducirme al cristianismo, ésa no sería una manera de pensar cristiana, el resultado sería mañana una hamaca de flojera. (...)

En su Plática del 31 de Mayo de 1949, el P. Kentenich describe las amenazas del flagelo del mecanicismo que invade la cultura occidental y la misión de renovación que María quiere dar a la Familia de Schoenstatt desde su Santuario.

Ella nos quiere usar desde acá, a partir de este día, para ganar una influencia más poderosa en la forjación de los destinos de la Iglesia en el espacio cultural de Occidente. (...)

El Padre Dios nos ha confiado una gran tarea para todo el mundo, especialmente para Europa, para el Occidente. ¿De qué tarea se trata? Se trata de desenmascarar y sanar radicalmente el germen de la enfermedad que aqueja al alma occidental: el pensar mecanicista.(...)

La misión tan manifiesta de Schoenstatt para el Occidente, especialmente para nuestra patria frente al colectivismo que avanza y destruye todo, se encuentra frente a un muro que sólo puede ser derribado si se aleja y vence el mencionado bacilo (...)

Vemos cómo el Occidente camina a la ruina y creemos que estamos llamados desde aquí a realizar un trabajo de salvataje, de construcción y de edificación. (...)La Santísima Virgen tiene una gran tarea frente a Occidente.(...) Ella busca ansiosa con su mirada instrumentos que la ayuden a realizar esta tarea.(...) Estamos en una hora decisiva en la historia de la Familia. (...)

16. De la Epistola Perlonga - 1949

En la Carta Perlonga, el P. Kentenich hace un diagnóstico de la situación actual y de la necesidad de una reforma religioso-moral del mundo y de las estructuras sociales a partir de una reforma interior del hombre. Denuncia la mentalidad mecanicista como la enfermedad que invade la sociedad y también amplios círculos de la Iglesia católica y que la incapacita para responder adecuadamente a los desafíos del tiempos.

La atomización de la vida

En épocas de agitación revolucionaria, se intensifican todos los síntomas de las enfermedades hasta un punto catastrófico. La atomización de la vida en la era de la masificación y del hombre-película alcanza proporciones insospechadas. Acarrea así un parálisis, un colapso de todas las fuerzas creativas frente a un enemigo que ataca, como nunca antes, recurriendo a todos los medios imaginables y con el expreso designio de aniquilar.

En una decisiva hora histórica de tales características, en la cual se echan suertes sobre el destino del mundo y de la Iglesia para los tiempos futuros, esa atomización de la vida priva al cristianismo y al cristiano de fecundidad, de juicio propio, de resistencia, hogar, ímpetu, alma, personalidad y religión.

Quizás se pueda disimular por un cierto tiempo esta marcha en vacío que tiene lugar en el fuero interno. Pero cuando recrudecen las dificultades, cuando la vida y las persecuciones nos someten a prueba, sale entonces a relucir la verdadera realidad. Ella quita todas las máscaras y muestra el verdadero rostro de la Iglesia actual y de sus miembros.

Exhortación del Papa Pío XII

En su Mensaje de Navidad (24 de diciembre de 1948), Pío XII se lamenta:

"A pesar de todo, la perseverancia y la firmeza de tantos hermanos en la fe es para nosotros fuente de alegría y de santo orgullo; pero no podemos desentendernos del deber de mencionar a aquellos cuyos pensamientos y sentimientos reflejan el espíritu y las dificultades del tiempo. ¡Cuántos han visto deteriorarse su fe hasta el naufragio, incluso su fe en Dios! ¡Cuántos, contagiados por el espíritu del laicismo o de la hostilidad hacia la Iglesia, han perdido la lozanía y la tranquila seguridad de la fe, que hasta entonces había sido luz y sostén para sus vidas! Otros, desarraigados y despojados despiadadamente de su suelo natal, vagan sin rumbo, expuestos a la ruina de sus valores religiosos y morales, especialmente tratándose de jóvenes; una ruina cuya peligrosidad nunca se podrá evaluar con suficiente gravedad".

Luego el Papa recuerda a los fieles la seria obligación:

"de confrontarse con las cuestiones que un mundo atormentado y acosado tiene que resolver tanto en el área de la justicia social como en la del derecho y de la paz

internacionales. Y hacerlo de acuerdo a las situaciones y posibilidades concretas y con una actitud abnegada y valiente."

Reforma de la sociedad y del espíritu

Cuanto más cuidadosamente procuremos acatar esta exhortación del Santo Padre, tanto más aumentará la convicción de que son dos las tareas a cumplir: *Esta época exige una reforma de la situación concreta y una reforma del espíritu*. Ambas son tremendamente necesarias. Un año atrás decía un comunista en la oportunidad de un debate entre pastores protestantes, y socialistas y comunistas:

"Rechazamos el cristianismo porque sólo se preocupa del espíritu y no de la situación concreta."

En ambos bandos -en el católico y el protestante- aumenta la certeza de que en el transcurso de las últimas décadas hemos cometido muchos errores en esta área: Hemos acentuado demasiado la caritas, pero hemos puesto muy poco énfasis en la justicia, especialmente en la *justitia socialis*...

Al mismo tiempo mantienen toda su vigencia las palabras de Pío XI: *"Necesitamos una reforma del espíritu"*. Es esta área hay que instaurar sobre todo un movimiento renovador y pedagógico de carácter decididamente ético-religioso. En este sentido creemos tener una misión especial para esta época. *Nuestro planteamiento sostiene que la religión manifiesta su plena fuerza transformadora y creadora sólo allí donde un sólido saber religioso suscite y nutra un amor de alto grado."*

De esta manera tocamos el problema central y capital frente a un peligroso enemigo, aliado a poderes demoníacos. Muchos sectores han olvidado hoy esta realidad. Algunos malgastan su tiempo y energías abocándose a muchas cuestiones de pedagogía y pastoral que en sí mismas son importantes, pero pasan de largo y pasan por alto lo central: la dinámica del amor. Otros buscan la reforma exclusivamente en la transformación de la situación social, económica y política, preocupándose demasiado unilateralmente por cuestiones materiales y organizativas. Sin duda que se trata de cosas que pueden ser calificadas de necesarias. Pero ellas solas no conducen a la meta.

La Santidad de la vida diaria describe las relaciones internas entre reforma de la situación concreta y reforma del espíritu, que siempre han sido orientadoras para nosotros:

"El mundo tiembla y se estremece bajo el empuje y la urgencia de cuestiones sociales aún no resueltas. Tales conmociones de la sociedad humana podrían superarse con mayor facilidad y rapidez si Dios nos diese más santos de la vida diaria en todas las estamentos y profesiones, tanto en los sectores obreros como en los empresariales."

Un antiguo dicho inglés reza: 'Los cristianos constituyen la única Biblia que todavía leen los laicos'. Así pues los santos de la vida diaria son hoy más que nunca sal de la tierra y luz del mundo. No hablan mucho, pero actúan; oran y trabajan mucho y de un modo agradable a Dios. De esa forma alcanzan para sí y para su entorno ante todo una reforma del espíritu, que lentamente prepara, anima y fecunda una reforma de la situación concreta."

Los santos de la vida diaria son personas optimistas porque pertenecen a Dios y saben que la victoria habrá de estar un día de parte de Dios. Obran en su entorno como una levadura. ¡Que Dios en su bondad nos regale muchos santos de la vida diaria!

El P. Doyle solía orar con gusto diciendo: 'Dios Omnipotente, hazme un gran santo y no le ahorres sacrificios a mi débil naturaleza'. Quizás yo también podría atreverme a invocar la Omnipotencia de Dios - sin la cual mi naturaleza egoísta no puede ser transformada - y exclamar: ¡Oh Dios Todopoderoso!, haz de mí un santo de la vida diaria; no me ahorres sacrificios y ayúdame a que tampoco le ahorre sacrificios a mi naturaleza pobre y débil. Sí, en cambio, preserva a nuestro pobre pueblo, bendice y protege a nuestra Santa Iglesia y a nuestra amada patria.

Sea como fuere, sólo los santos -los verdaderos santos de la vida diaria de carne y hueso- pueden salvar el mundo de hoy. Como Elías en el Monte Carmelo, así también el Señor se aparece hoy delante de su pueblo y le pregunta: '¿Hasta cuándo van a estar cojeando con los dos pies? Si Yahvéh es Dios, seguidle; si Baal, seguid a éste' (1 R 18, 21).

Hoy toda medianía no sirve para nada. Sólo el espíritu de integridad podrá mantenerse firme. Si no tenemos el coraje de aspirar a esa integridad, al ideal del santo de la vida diaria, generemos por lo menos - mediante nuestra oración, sacrificios y luchas - la atmósfera en la cual puedan crecer y desarrollarse grandes hombres y mujeres. Y estemos agradecidos de haber podido ser, de esa manera, un pequeña piedra en el fundamento sobre el cual se erguirán algún día los santos de la vida diaria de nuestro tiempo". (Santidad de la vida diaria, 1974, pág. 148 s.).

Quisimos dejar la reforma de las estructuras a otras organizaciones mientras nosotros contribuíamos a la formación del espíritu correcto. Una labor directa en el área socio-económica corresponde a la Obra de Familias. (...)

Esencia de la verdadera libertad

El reproche suscita en el crítico dos interrogantes: uno teórico filosófico sobre la esencia de la verdadera libertad e independencia en el pensar; y otro práctico y vital sobre el cultivo de los mismos y su triunfo entre las Hermanas.

El filósofo que indaga la esencia de la libertad habla de dos dimensiones: de la capacidad de decisión y de la capacidad de realización. Ambas constituyen el núcleo de la libertad.

El elemento primario es *la capacidad de decidirse*, con una cierta independencia, a favor o en contra de una cosa o determinación. Y hacerlo a pesar de la presión externa y la angustia interior; a pesar de las pulsiones de la afectividad y de los instintos; a pesar del miedo, de la vulnerabilidad personal y de predisposiciones negativas inconscientes. Es la capacidad de liberarse de todo lo que no es de Dios y de lo que está contra Dios, y ser así libres para Dios y todo lo divino, para sus deseos y mandatos.

El elemento secundario es *la capacidad de realización*, vale decir, la capacidad de llevar a cabo la decisión tomada, con energía y a despecho de todos los obstáculos y dificultades.

Una mirada sobre la vida actual nos señala cuán pocos hombres verdaderamente libres existen en todos los sectores de la sociedad. La mayoría son esclavos y siervos venales y cobardes; son peones e ilotas; son aduladores y hombres masificados para los cuales la verdad no es más *adaequatio intellectus et rei*, sino *intellectus et appetitus sensitivi*. Estos hombres juzgan y actúan fundándose no en razones ponderadas objetivamente sino en base a impresiones cambiantes y fugaces. Su entendimiento está fuertemente influenciado por una afectividad y una vida instintiva desenfrenada o bien por una fantasía exuberante y sofocante. De ahí que juicio y estimación resulten siempre subjetivos y no confiables. Allí donde estos hombres dirijan y gobiernen, reinará "la bestia rubia". Se puede comprar su benevolencia y su voto con unas pocas palabras amistosas, con halagos y agasajos. Y la vulnerabilidad interior lleva a condenar y quemar hoy lo que ayer se adoraba y se calificaba de excelente.

El *Cántico al terruño* canta estos dos elementos esenciales de la libertad:

*¿Conoces aquella tierra, imagen fiel del cielo,
ese reino de libertad
tan ardientemente anhelado:
donde la inclinación a lo bajo
es vencida por la magnanimidad y la nobleza;
donde los menores deseos de Dios comprometen
y reciben alegres decisiones por respuesta;
donde, según la ley fundamental de amor,
la generosidad siempre se impone victoriosa? (...)*

Pérdida del sentido filial, causa de la situación actual

Quien profundice en este sentido, al contemplar el acontecer mundial actual -en lo que hace a su devenir histórico, a su conmovedor estado actual y a sus afligentes perspectivas- constatará la validez de las siguientes cuatro frases claves:

La primera es una *comprobación de la situación mundial actual*: Las naciones en su conjunto están huyendo de Dios. Una huida que adquiere dimensiones nunca antes vistas: en ciertos lugares cobra incluso la forma del odio a Dios y, en otros, la de la frialdad ante Dios o bien la crisis de la fe en Dios.

La segunda señala el terrible efecto: *Apostasía es desintegración*. Quien apostata pone al hombre y al mundo en peligro de caer en una completa disolución y una caótica decadencia. Todas las fuerzas y facultades del hombre se fragmentan, se hipertrofian o se atrofian. El hombre se empobrece, se convierte en una máquina... Se invierte todo el orden mundial y social, el cual acabará en algo similar a un montón de ruinas o bien a una cueva de ladrones... Así se ve el mundo en el cual vivimos o bien al cual nos acercamos más y más... Así se ve al hombre que sale de la "gigantesca fábrica del hombre nuevo". Y en ambos - en ese mundo y en ese hombre - se cumplirán aquellas palabras de San Agustín: *Haec est voluntas Dei, ut omnis inordinatus animus sibi ipsi sit poena*.

La tercera frase clave revela la causa de *la huida de Dios* que han emprendido las naciones: Se trata del sentido filial perdido... Pestalozzi lo expresa como sigue: "*La desgracia más*

grande que padece el mundo de hoy es la pérdida del sentido filial ante Dios, porque de esa manera imposibilita la actividad paternal de Dios". Obsérvese lo que ello significa... Al hablar de desgracias, nosotros, hombres de hoy, disponemos de suficientes puntos de comparación... Pensemos en nuestras ciudades e iglesias destruidas, en los cuerpos mutilados y el odio entre los pueblos. Una calamidad mayor que la otra... Pero la más grande es la pérdida del sentido filial...

El tipo y grado de la filialidad - del ser niño y del sentido filial - se ha convertido en una cuestión decisiva para el destino del individuo y de los pueblos, desde que el Señor, a través de su propio hacerse niño, marcase el camino inexorable hacia el Padre; desde que en aquel encuentro con Nicodemo revelase los misterios del nacer de lo alto y vertiese la ley de construcción y ley fundamental del Reino de Dios en aquellas memorables palabras: "*Si no os hacéis como los niños...Porque de ellos es el Reino de Dios*".

Los pueblos de Occidente han olvidado desde hace siglos esta importante enseñanza. Así pues hoy se la podría considerar, en gran parte, borrada de la memoria de incontables sectores y por lo tanto extraña a la vida cotidiana. De ahí también la pérdida del órgano para percibir la política del padrenuestro. Esta ha cedido su lugar a una política del despotismo y de la autodivinización.

Los pueblos ya no están abiertos para lo que viene de lo alto, para Dios y lo divino, sino sólo para lo que viene de lo bajo: la vida instintiva, el demonio y el espíritu mundano. Han borrado el cielo que se tendía sobre ellos y abierto el infierno debajo de ellos... Quisieron hacer de la tierra un cielo y en cambio la convirtieron en infierno. Por todas partes arden fuegos infernales que pretenden extinguir las antorchas de Dios. Los pueblos son martirizados por tormentos infernales: *poena damni* y *poena sensus*...

De ahí tanta crueldad diabólica por doquier, de ahí tanta terrible falta de cobijamiento e inseguridad ante el espantoso desamparo al que precipitan los reveses de la fortuna, la crisis del espíritu, la crisis de la fe en Dios de una época que lleva sobre su frente el estigma de Caín, el estigma del odio a Dios, de un tiempo que huye de Dios con vertiginosa velocidad.

Donde ha desaparecido el ser niño y el sentido filial ante Dios, allí resuenan por doquier aquellas palabras hinchadas de orgullo: *Non serviam*, consecuencia de la seducción sufrida de parte de la astuta serpiente: *Eritis sicut Deus*. Esta es la marca característica de los pueblos de hoy. La acción paternal de Dios se limita en primer lugar a hacer que el hijo pródigo, que se había alimentado de la comida de los cerdos, humille su orgullosa cerviz... y que finalmente regrese a la casa del padre, a los brazos del padre, con una actitud de sencilla filialidad, para que así este pueda colmarlo de beneficios.

De todo esto se desprende una cuarta frase clave, que propone la reconquista y el cuidadoso cultivo de un auténtico sentir filial como remedio universal para salir de la crisis de la época. Está formulada invirtiendo la cita hecha de Pestalozzi: *La dicha más grande para el mundo de hoy es un sentido filial recuperado, ya que ello hace posible la actividad paternal de Dios*.

La santidad de la vida diaria expone con mayor detenimiento la relación interna aludida:

"Dios Padre tiene una curiosa 'debilidad': No puede resistir el desvalimiento conocido y reconocido de su hijo. Filialidad significa 'desvalimiento' del gran Dios y a su vez 'omnipotencia' del pequeño ser humano. He aquí la razón más profunda de la fecundidad de la humildad en el Reino de Dios. Por eso en el magnificat la Sma. Virgen cantó llena de júbilo: 'Exaltó a los humildes' (Lc 1, 52); y el divino Salvador no hace sino confirmar las palabras de su Madre cuando dice: 'El que se humille, será ensalzado' (Lc 14, 11), y 'El que quiera llegar a ser grande entre vosotros, será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros, será vuestro esclavo' (Mt 20, 26 s.)" (Santidad de la vida diaria, pág. 35).

La filialidad, remedio a la actual situación

Dios mismo es quien ofrece al tiempo de hoy el remedio universal de la filialidad.

Y lo hace a través del fracaso y colapso de todos los antídotos terrenales contra el Enemigo. Es un lenguaje inequívoco. Dios mismo es quien quiere salvar a su pueblo. Y como condición exige el ser niño y un auténtico sentido filial.

Él habla de modo perceptible a través de fuerzas hostiles a Dios que se multiplican sin límite y se alían fatídicamente. Él solo es quien puede desintegrar y aniquilar tal potencia. Pero sólo lo hace si de nuestra parte desarrollamos un sentido filial.

La ambición de poder parece ser un enemigo de Dios y del hombre más peligroso que toda codicia y concupiscencia. Sólo así se puede comprender el tiempo de hoy, su sentido y su aparente contrasentido. Debe haber un sentimiento curiosamente embriagador en la maniobra de someter los pueblos por la dictadura y la fuerza y dominar las fuerzas naturales por la técnica. Tal embriaguez se intensifica hasta lo infinito cuando el poder toma a su servicio la codicia y la concupiscencia. He aquí el panorama del mundo de hoy.

Eritis sicut Deus son las palabras que resuenan - insistentes, engañosas - en la cabeza y el corazón de los poderosos de los tiempos modernos. Ellos pretenden estar junto a Dios y por encima de Dios. Le disputan el lugar a Dios; lo destronan y se sientan ellos mismos sobre el trono. No sólo se adjudican la omnipotencia sino también la omnisciencia de Dios. De ahí la continua investigación y experimentación de la técnica, signadas por la soberbia. De ahí la Gestapo, cuya misión consistía en revelar los pensamientos más secretos de los hombres y controlar cada movimiento. De ahí el juego sacrílego no sólo con las fuerzas constructivas sino también con las fuerzas destructivas de la naturaleza: todo, todo al servicio del destronamiento de Dios y de la autodivinización. Sólo el hombre íntima y perfectamente filial podrá hacer frente a tales peligros. (...)

Para el educador de hoy una pregunta capital es y seguirá siendo: ¿Cómo lograr que el hombre convertido ya en una máquina, pueda volver a ser un hombre auténtico, un cristiano verdadero? Vale decir, ¿cómo lograr que un hombre en el cual todas las vinculaciones espirituales, todos los lazos interiores, están desgarrados o bien en peligro, se reintegre a un sano organismo de vinculaciones, vuelva a cultivar una vinculación a personas, lugares e ideas? ¿Cómo llegar a una pedagogía de vinculaciones adecuada a la época?(...)

¿Es posible forjarse en la actualidad una visión de ese tipo? Y si lo es, ¿en qué medida puede considerársela inobjetable y confiable? ¿Quién tiene un punto de comparación

reconocido y válido según el cual medir el mundo, la sociedad y el hombre que vendrá?
¿Quién lo tiene en el extranjero y quién en el interior del país?

En el fondo, todos, sin excepción, nos sentimos desvalidos ante lo venidero. Sólo podemos confiar en Dios. Lo que más allá de esa confianza en Dios poseamos de conocimiento, visión cabal y valentía, tiene que ser adquirido al precio de grandes esfuerzos. De ahí que cuando hablamos de visión de futuro, esta sólo puede tratarse de una visión adquirida, y no de una infusa.

Vox temporis, vox Dei

Una investigación seria dispone de dos fuentes de conocimiento: la metafísica y el acontecer de los tiempos. Se trata pues de desprender de sus ideas originales eternas las formas de vida gestadas a lo largo de la historia y actualmente resquebrajadas; de proclamar con audacia esas ideas originales eternas en medio del mundo de hoy y, ateniéndose a la ley de la puerta abierta, tomar en cuenta cuidadosamente los deseos de Dios, tal como los captamos en los acontecimientos de la época.

Hay que entrelazar estos dos lineamientos y entramarlos en un tejido homogéneo. Esa es nuestra visión de futuro; ella contiene puntos inequívocos y otros que son y seguirán siendo indeterminados y oscuros, hasta que Dios, a través de la vida, los haga y se haga comprensible.

Quizás esta visión pueda ser imperfecta; pero no hay que subestimarla. Repárese en el campamento de nuestros adversarios. De ellos se irradia un impetuoso dinamismo que infunde temor y que avanza. Ahora bien, este dinamismo de los adversarios no se produce como consecuencia - ni siquiera mínimamente - de haber conquistado ya su imagen del mundo venidero. Basta ver desde lejos la tierra prometida, tal como por entonces le fuera permitido a Moisés. Aún cuando la conquista y toma de posesión de esa tierra sean sólo posibles para los hijos y nietos, ya la contemplación y la esperanza despiertan energías extraordinariamente grandes.

No cualquiera puede lograr una síntesis creadora y modelar una imagen del futuro que entusiasme y despierte fuerzas, basándose en una visión metafísicamente clara de las formas de vida y en una interpretación católica de la historia.

Raras veces se encuentra ambos aspectos encarnados en una persona. En un caso falta la disposición a la metafísica, en otro una cercanía a la vida y una visión de los tiempos sanas, o bien el órgano para percibir el lenguaje de Dios en la época. No en vano el Señor se lamenta: "¡Conque saben discernir el aspecto del cielo y no pueden discernir las señales de los tiempos!"

Quien quiera colaborar creativamente en la plasmación y tejido de la imagen y trama del futuro, debe grabar sobre su escudo el lema: *Vox temporis, vox Dei*. Además tiene que estar convencido de que la historia universal es comparable a una gran corriente: El hoy ha nacido del ayer y *lleva el mañana en sus entrañas*. Dios es quien a través del hoy nos revela sus planes para el mañana y el pasado mañana. Pero lo hace lenta y gradualmente. Él es quien está por encima de todo: gobierna el mundo, aún cuando parezca que ya no se

preocupa más de él, que se le ha escurrido de entre los dedos y ha ido a parar a manos más poderosas. (...)

Dios va asimismo por los siglos como el Señor de la historia: Aquí en el susurro del viento, allá en el rugido de la tormenta; aquí sobre los escombros de un mundo que sucumbe, allá en el alba de un mundo nuevo. Él sujeta firme y victoriosamente las riendas en sus manos. Nadie puede arrebatárselas.

Federico II se equivoca cuando pone el cetro del gobierno del mundo en las manos de lo que él frívolamente llama "*Sa sacrée Majesté le hazard*". Nosotros, con una actitud de fe en la Divina Providencia, creemos firmemente que detrás de toda realidad aparentemente casual, absurda o incomprensible, existe un gran plan de amor, sabiduría y omnipotencia que constituye, hasta en sus mínimos detalles, el itinerario de la vida y el calendario de la historia universal.

Puede ser que a alguno le pase como a Saúl, quien al ir a buscar los asnos de su padre encontró un reino; puede ser que otro sea burlado por un demonio que -como a Creso- le profetice en su fuero íntimo que si comienza una guerra habrá de perecer un gran reino, pero sin aclararle de cuál reino se trataba. Quizás otros topen con pequeñeces insignificantes que sin embargo traigan consigo consecuencias inesperadas, y a las cuales se pueda aplicar luego -reinterpretándola debidamente- aquella famosa comprobación de Pascal: "*Si la nariz de Cleopatra hubiese sido un poco más larga, la historia universal habría tomado un rumbo totalmente distinto*". Hay quienes afirman que la humanidad habría quedado preservada de la gran guerra mundial de 1914-1918 si la bala del autor del atentado de Sarajevo hubiera pasado medio centímetro más hacia la izquierda de la víctima.

Quizás todos tengan razón, pero sería equivocado atribuir estos acontecimientos y vivencias a su majestad el azar. Porque tales hechos, sin excepción, están inscriptos en el libro de los destinos del mundo que sostiene soberanamente en su mano "*el que está sentado en el trono*", quien, a su vez, lo entrega "*al Cordero, como degollado, que está a sus pies*" para que lo abra y lleve a cabo lo escrito.

Naturalmente los arcanos planes de Dios no son comprensibles sin más ni más; no son totalmente comprensibles para los miopes ojos humanos. Ni tampoco se los puede entender a fondo cuando ya han pasado a ser historia desde hace mucho tiempo. Hasta el fin de los tiempos permanecerán como un enigma, como una maraña que sólo se puede desentrañar parcialmente.

En este sentido hay que interpretar la frase de Goethe: "*Cada diez años hay que volver a escribir la historia universal*". Con ello quiere decir que algunos hechos particulares se pueden comprender en cierta manera recién al cabo de un período más prolongado. ¡Y cuánto más vale esto para todo lo que aún se halla oculto en el seno del futuro! Ello es oscuro y seguirá siéndolo. Sin una gran audacia y mucha luz de lo alto es imposible descifrar algunos textos con cierta seguridad.

La historia universal no debe ser considerada, según el dicho de Hegel, como un manual de lógica, en el cual todo se desarrolla con absoluta precisión obedeciendo el esquema de tesis, antítesis y síntesis. Tampoco se asemeja a un reloj musical que toca puntualmente todas sus piezas una vez que se le ha dado cuerda: Eso es panteísmo, que ve en el acontecer mundial

una autorrealización de Dios, del espíritu objetivo y absoluto. Esta teoría se parece a una cama de Procrustes: fuerza los hechos, los corta a la medida de opiniones arbitrariamente preconcebidas. Típica en este sentido es la tesis doctoral escrita por Hegel. En ella intenta probar que sólo existen siete planetas. Por entonces él no sabía que, más o menos seis meses antes, se había descubierto Ceres entre Marte y Júpiter. Cuando se le llamó la atención sobre su error, diciéndosele: "*Su tesis está en contradicción con los hechos*", dio aquella famosa respuesta: "*Tanto peor para los hechos*".

La sabiduría y el amor de Dios nos permiten a veces tener un vislumbre de sus planes para el futuro. Pero ello acontece siempre en la oscuridad de la fe: *in lumine caliginoso*, vale decir, en una luz neblinosa. Dios pasa junto a nosotros dejándonos en nuestra mano sólo la punta de su manto. Así dijo Bismarck: "*Ni siquiera el mismo estadista puede crear jamás; sólo esperar y escuchar con atención hasta percibir la voz de Dios resonando por encima de los acontecimientos. Y entonces abalanzarse y asir la punta de su manto: eso es todo*". Más no podemos hacer cuando nos esforzamos por una visión de futuro... Tenemos que contentarnos con una punta de su manto... Dios ha puesto tantas de ellas en nuestras manos como para tener una visión clara de sus planes en ciertos puntos esenciales. Pero todavía hay que iluminar otros. Conocemos lo suficiente como para orientarnos por esos puntos; y hacerlo con tranquilidad y seguridad, sin temor de ser demasiado audaces.

Dios escribe en el libro de la historia

En un salón parisino del siglo XVII se había reunido gente distinguida. Se pasó de mano en mano una hoja suelta de libro. A continuación se entabló una vivaz discusión sobre cuál era el libro de donde provenía la hoja. La gente no se ponía de acuerdo. Finalmente Bossuet la tomó en su mano, la contempló con tranquilidad, y luego dijo con firmeza: "*¿Cómo se puede debatir sobre esto? ¿Acaso no ven las garras de león? Sólo Pascal puede escribir así*".

De modo similar Dios pone en nuestras manos una hoja del libro de los destinos del mundo. Y ante ella también nosotros podemos decir: "*¿Acaso no ven las garras de león? Sólo Dios puede escribir así*".

Espontáneamente se plantean aquí dos preguntas. La primera es: ¿Cómo escribe Dios? Y la segunda: ¿Qué cosas escribe?

¿Cómo escribe Dios? Con garras de león, vale decir, con letras grandes, poderosas. Abrió "*el libro de los siete sellos*", no del todo, pero lo suficiente para que podamos echar una ojeada en él. Ha puesto una hoja en nuestras manos. Sobre ella está escrito que nos encontramos, si no ante el fin del mundo, sí al menos en un tiempo decididamente apocalíptico que puede ser considerado como espantoso preludio de una pieza final.

Los cuatro caballos y jinetes del Apocalipsis galopan ya raudamente por Occidente; se escuchan sus relinchos delante de las puertas de todo el mundo, aguardando la señal que les dé plena libertad de acción. Guerra, revolución, hambre y enfermedades contagiosas amenazan a los pueblos. Trémulo y tembloroso, quien haya vivido todas esas calamidades dejará escapar de sus labios las siguientes palabras: "*Realmente Dios escribe con garras de león*".

Y dirá con Elifaz, el amigo de Job: "*En las pesadillas por las visiones de la noche, cuando a los hombres el letargo invade, un temblor me entró, un escalofrío, que estremeció todos mis huesos... Se escurre un soplo por mi rostro, eriza los pelos de mi carne. Alguien surge... no puedo reconocer su cara...*"

Tiempos apocalípticos

Se ve más y más catástrofes en el orden moral. Vacilan el antiguo mundo y orden social; se ha oscurecido la antigua imagen cristiana de hombre. Parece que se ha liberado a Satanás del infierno y que este está construyendo y ampliando sobre la tierra, sin freno alguno, su reino de odio, injusticia y mentira. El satanismo se ha encarnado, de manera eminente, en determinados individuos. Y así, para espanto y vergüenza de la humanidad, se repite lo que en el transcurso de los siglos ha venido sucediendo periódicamente: bajo Calígula, Nerón, Domiciano, Vitelio, Iván el Terrible, etc. Realmente Dios escribe con garras de león. Su escritura es muy visible. Debe ser vista y comprendida no sólo por Occidente sino por todo el mundo.

¿Y qué nos quiere decir? ¿Cómo ha de interpretarse su texto?

Dios es el Dios de la vida

Dios es el Dios de la vida... Donde permite quebrantamiento y ruina, ocaso y muerte, allí quiere crear nueva vida... La semilla tiene que morir... Debe sucumbir para dar abundante fruto. Nos quedamos sin aliento al aplicar este patrón al tiempo de hoy, al meditar sobre los terribles ruinas, las espantosas devastaciones que observamos por todas partes en el orden físico, moral y espiritual. *Transitus Domini est...* Ciertamente debe ser un magnífico mundo nuevo el que Él hará surgir de esta muerte tremenda; y un orden admirable el que plasmará a partir de tales calamidades y ruinas.

¿Cómo será en particular este nuevo orden?

¿Pretender aniquilar el orden económico capitalista para colocar uno nuevo en su lugar? ¿Quién se atreve a decirlo con seguridad? El capitalismo tiene ciertamente muchas facetas oscuras. Sin duda ha acarreado muchos infortunios a los pueblos. Pero el capitalismo no sólo contiene tinieblas, sino también luz, mucha luz... Solucionó problemas de una manera como ningún otro sistema logró hacerlo. Piénsese por ejemplo que en el transcurso de 120 años la humanidad se multiplicó de 800 millones a alrededor de 2.000 millones. Esta población tuvo alimento y vestido; los tuvieron mejor y en más abundancia que en otras épocas. Y ello se lo debemos al orden económico capitalista. Este dejó además la libertad de morirse de hambre, cosa que no tolera la corriente opositora aparentemente anticapitalista: el bolchevismo, que decide dictatorialmente sobre la vida y la muerte... (...)

¿Qué dice entonces la hoja del libro de los destinos sobre el nuevo orden económico? Por ahora resulta imposible descifrar con seguridad el texto correspondiente.

Sólo una cosa es cierta: Dios escribe con garras de león una frase inequívocamente clara. Y en medio del tremendo estruendo de esta época sus palabras calan en el oído y el corazón de todos, incluso de aquellos que no quieren escuchar ni ver ni atender. Y tales palabras

son: Superen el espíritu negativo del tiempo, el espíritu capitalista y bolchevista. Creen un hombre nuevo en una comunidad nueva con una nueva ética laboral...

¿Advertimos cabalmente la importancia de esta frase tan enérgica y sugestiva?

En lugar de un fanático despotismo y adoración de sí mismo, el hombre nuevo pone una ingenuidad de alto grado, una filialidad heroica; en lugar de un individualismo egoísta y atomizador, un espíritu comunitario que une y vincula interiormente, y además la solidaridad; en lugar del concepto materialista de trabajo, el ideal de trabajo netamente católico con su fuerza plasmadora creativa. Dicho en otros términos: Dios quiere estampar la faz de su Hijo sobre el 'pañó de la Verónica' de la época, sobre su sudario manchado de sangre. Y estamparla con los rasgos de una filialidad heroica, espíritu comunitario perfecto y fuerza plasmadora creativa.

El hombre, imagen y semejanza de Dios

"Hagamos al ser humano a nuestra imagen, como semejanza nuestra...", así se despliega poderosamente la palabra creadora de Dios sobre el caos, en la mañana de la creación. Tres veces sucesivas se la escucha expandirse sobre el mundo con la misma resonancia. Apenas pronunciada por primera vez, es repetida en orden inverso: *"a nuestra imagen, como semejanza nuestra, hagamos al ser humano..."* Finalmente se constata jubilosamente el gran acontecimiento: *"Creó, pues, Dios al ser humano a imagen suya"*.

Dun Escoto interpreta el texto relacionándolo directamente con el Salvador, el eje central, la primicia de toda la creación. Él es por antonomasia el ideal del ser humano. ¡Cuán rotundas resuenan entonces aquellas palabras de Pilato dirigidas al Hijo de Dios coronado de espinas, golpeado, cubierto con un manto de escarnio: *"Ecce homo..."* He aquí el ideal del hombre elevado en su naturaleza, consumado en su naturaleza y sacrificado en su naturaleza, que se entrega al Padre sin reservas, con filialidad heroica., que como miembro de la comunidad humana da vicariamente su vida por sus ovejas... fundamentando de esa manera, creativamente, el orden salvífico.

"Hagamos al ser humano a nuestra imagen, como semejanza nuestra..." así nos llega la voz de Dios, susurrante, en medio de las catástrofes del tiempo. He aquí las palabras, la frase, el capítulo que sus garras de león escriben con inequívoca claridad y que resultan plenamente visibles. Y Dios no descansará hasta que el cielo y la tierra constaten: *"Creó, pues, Dios al ser humano a imagen suya"*. Y continúa escribiendo -si es necesario, con letras rojas como la sangre- hasta que le llegue el eco: *"Ecce homo, he aquí al hombre en la comunidad nueva y con una ética de trabajo nueva"*.

En nuestra condición de movimiento de renovación deberíamos interesarnos por estos tres aspectos. Porque los tres constituyen piezas centrales, partes esenciales de nuestra visión de futuro; los tres han reclamado hasta ahora toda nuestra energía y atención.

Necesidad de una nueva ética del trabajo

Marx desarrolla su teoría del derrumbe del orden existente y de la construcción de un estado del futuro basándose en su doctrina del trabajo, de su valor y plusvalía, de su valor de cambio y uso. A través de ello Dios nos sugiere revisar estos mismos temas, elaborar,

basados en una concepción católica, una metafísica del trabajo que sea cimiento de una ética del trabajo.

La santidad de la vida diaria ha cumplido ya una labor pionera en esta área. Ella demuestra, en particular, que el trabajo es, en su calidad de participación en la bienaventuranza del paraíso y del cielo, una verdadera e irremplazable fuente de dicha. Sobre la metafísica del trabajo se lee las siguientes palabras, pocas pero ricas en contenido:

"¡Qué nobleza cobra entonces el trabajo! El trabajo es pues actividad, similar al conocer y amar de los bienaventurados en el cielo. Más aún, el trabajo mismo es una participación en la actividad creadora y generosa de Dios pero, naturalmente, de una manera muy imperfecta y no raras veces de otro tipo.

En su calidad de creador, Dios obra en todas partes desplegando su actividad que crea, mantiene y rige. Él es también quien obra y mantiene la vida divina en el alma del hombre en gracia. Lo que hace, lo hace por amor. El amor es la gran ley de gobierno del mundo. Dios obra todo por amor, mediante el amor y para el amor. Por amor procura llevar a los hombres hacia una profunda unión de amor con Él mediante visibles demostraciones de su amor.

¿Acaso el sentido más profundo de toda actividad y trabajo humanos no es la adecuada imitación y participación en esa actividad polifacética de Dios? Por eso en el trabajo subyace tanta felicidad y bienaventuranza, desconocidas para aquel que los considera sólo o mayormente como una mera ocasión de ganarse el pan.

Cuanto más oportunidad me brinde el trabajo de ocuparme creativa y generosamente, tanto más felicidad me dará, aún cuando no me reporte el mínimo provecho económico. Mantendrá la salud y lozanía de nuestro cuerpo y alma, nos preservará de muchas tentaciones y pecados y facilitará el trato con Dios. Desarrollará el núcleo de la personalidad, despertando y profundizando una sana conciencia de sí mismo.

Cuando, por ejemplo, trabajo en la educación o bien, en el caso de que sea ama de casa, me encargue yo sola de la cocina, ¡cuántas fuerzas creadoras se despertarán a través del trabajo! ¡cuántas estimulantes oportunidades hallaré para dar y recibir amor!

¿Quién no sabe por experiencia cómo el trabajo profesional despliega fuerzas de bendición que revierten hacia el sujeto? Pero algo muy distinto es cuando al trabajo se le quita el alma y el hombre - ya no como 'creador' sino como 'hacedor' - ejecuta o debe ejecutar una labor mecánica, para la cual no está calificado, sólo para ganar su pan cotidiano. De modo similar a lo que ocurre con la desocupación, tal actividad deja descontenta a la persona, suscita fácilmente en ella los instintos más bajos y la predispone a todas las tendencias revolucionarias en el área de la familia y del Estado.

Lamentablemente en la situación laboral actual son incontables las personas que dependen de un trabajo puramente mecánico en fábricas y oficinas. Pocos son los que todavía pueden elegir libremente su profesión y ocupación. Sólo el santo supera

los peligros unidos a la mecanización de la actividad laboral. Por eso el Rembrandt alemán dice con razón que 'santos son más importantes que máquinas de vapor. Tiene que haber máquinas pero estas deben estar dominadas por almas'.

Estamos frente a uno de los problemas más importantes no sólo de la elite religiosa, sino también de la educación popular en su conjunto. Difícilmente los esfuerzos por una reforma alcancen su meta si no logramos infundirle de nuevo al trabajo su sentido verdadero, si no conseguimos despertar y desplegar en el hombre, a través del trabajo, fuerzas creativas y generosas, incluso cuando se trate de trabajos que, a primera vista, y por su misma naturaleza, parezcan áridos.

No podemos regresar a la economía a la Edad Media. Tenemos que aceptar la situación económica de hoy tal cual ella es, y al menos procurar en pequeña escala hacer que brote agua de vida, amor y alegría, clara y refrescante, de la dura peña del trabajo que no satisface.

Hay suficientes medios y caminos para lograrlo. Estos son fáciles de comprender en la teoría, pero en la práctica su aplicación continua requiere seria voluntad y sentido para una vigorosa vida de sacrificios" (La santidad de la vida diaria, págs. 134-136).

El orden social resquebrajado exige una reconstrucción total, de abajo hacia arriba.

"*Ecce homo*". En la persona de Cristo no sólo vemos encarnado un heroico espíritu de comunidad sino también hechos heroicos por la comunidad, ya que él se sacrificó en el madero de la cruz por el bien de los hombres... "*Nadie tiene un amor más grande que el que da la vida por sus amigos*". Este mismo amor lo impulsó a pasar treinta años en el seno de una familia común. Quería así que se tomase conciencia del significado de la célula básica de la sociedad y santificarla por medio de su ejemplo.

Dios escribe con garras de león. Ya desde hace mucho tiempo Occidente mantuvo su cohesión sólo gracias a intereses comunes. Pero también estos intereses se han derrumbado hoy en día. Piénsese en el *contrato social* de Rousseau o en el contrato tácito de Hobbes, en vías de rescisión. El viejo mundo está pasando por un proceso de completa atomización. Se asemeja al "reloj loco" del maestro Werner, sobre el cual nos relata una leyenda medieval. En dicho reloj cada resorte y engranaje hacía lo que se le antojaba. Por eso había dejado de cumplir su función. El caso nos recuerda la situación del enfermo terminal, en el cual los más diversos bacilos consuman, sin freno alguno, su obra destructora... El fin es previsible... Aplicado al cuerpo social de Occidente esto equivale a la consigna: ¡Cada uno para sí, y al último que se lo lleve el diablo! Lo mismo puede decirse de la forma primordial de la sociedad, la familia... Ella se ha convertido en una comunidad de intereses, y no raras veces en una pensión.

Si Occidente no quiere acabar en la ruina y ser presa de completa disolución, necesita o un dictador que lo mantenga exteriormente cohesionado pero degradando a las personas en animales de rebaño y engranajes de máquina, o bien debe hacer todo lo posible para crecer nuevamente en una comunidad de corazones, de actitudes y de amor: tiene que empeñarse en lograr que el estar espiritualmente el uno junto al otro y contra el otro ceda paso a un profundo estar en el otro, para el otro y con el otro.

Tal consigna nos motiva a continuar, con consecuencia y hasta el final, el camino que venimos recorriendo hasta ahora. No nos conformamos con un cuidadoso cultivo del estar espiritualmente el uno en el otro. Avanzamos aún más y procuramos constituir familias ideales, trátase tanto de la familia natural -como en el caso de la Obra de las Familias- como de la espiritual, como en los Institutos. En su tercera parte, *La santidad de la vida diaria* se exploya sobre el tema.

Filialidad heroica ante Dios

En este contexto no podemos dedicarle más atención a la comunidad nueva. Tenemos que concentrarnos en la filialidad heroica ante Dios.

Pero sabemos que con ello nos exiliamos a nosotros mismos, como ermitaños, a un yermo espiritual. Somos conscientes de que defendemos una postura que la humanidad de hoy, orientada hacia lo terrenal, ya no comprende más. Con razón decía el Señor: "*Donde está tu tesoro, ahí está también tu corazón*". El mundo sólo se interesa por lo terreno y por los valores terrenales; de ahí que su corazón esté también allí y sólo allí. Por eso todas las crisis modernas, tanto las económicas como las sociales o políticas, son, en el fondo, crisis espirituales. A la larga el hombre no podrá vivir más de puro pan sino que necesitará de algo superior, necesitará del espíritu, necesitará de Dios.

Quizás desde todos lados se nos diga: "*Para nosotros lo importante es acomodarnos aquí, en la tierra, por un largo tiempo. Aquí nos sentimos en casa, totalmente en casa. El otro mundo se lo dejamos, sin envidias, a Dios y a los ángeles. Luego de la muerte habrá tiempo suficiente para ocuparnos de él*". Sin embargo, cuando el corazón se serena habla entonces otro lenguaje.

En la vida pública las ideas orientadas hacia el más allá quedan, por completo o en buena medida, fuera de circulación.

Compte toma la palabra, llamando enérgicamente la atención sobre su ley favorita, según la cual el hombre y la humanidad son, de acuerdo a su evolución histórica, primero teólogos, luego metafísicos y finalmente físicos. Así pues el mundo habría estado regido primero por la fe, luego por la filosofía y finalmente por las ciencias experimentales. Y las ciencias experimentales serían las que hoy tienen la última palabra; pero precisamente estas ciencias no son receptivas para el ser niños ante Dios.

Spranger se suma a esta línea de pensamiento. Según su visión de las cosas, el hombre de hoy puede caracterizarse como *homo oeconomicus et operarius*. El *homo oeconomicus* no sólo considera la economía como valor central sino que también quiere a toda costa hacerse rico por el simple hecho de ser rico. Y el principal medio para ello es el trabajo. A este tipo de hombre le resulta algo secundario realizar el trabajo infundiéndole o no alma; le basta con que sirva para alcanzar la meta, para hacerse rico. De ahí que se hable de *homo operarius*.

La vida cotidiana presenta una variada gama de tipos humanos orientados hacia lo terrenal: capitanes y caballeros de la industria, los destacados en el deporte, los campeones. El jubilado francés y el tipo del chofer norteamericano han cobrado especial vigencia. El

jubilado quiere retirarse lo más temprano posible del trabajo para vivir de su jubilación evitando mayores responsabilidades.

Ya no es el sacerdote sino el médico y el economista quienes han pasado a ser los principales consultores de la humanidad. Los emblemas de nuestra época son las fábricas gigantescas y las residencias opulentas, y no ya las catedrales e iglesias. La radio, las películas y la novela constituyen la liturgia moderna que reemplaza la asistencia a la iglesia. En ninguna parte reina interés por la realidad sobrenatural. ¿Dónde habrá entonces de hallarse una actitud receptiva para la ingenuidad sencilla...?

Dios no se deja confundir por nada; exige inexorablemente una filialidad heroica.

Dios escribe su exigencia con garras de león; llama insistentemente la atención sobre la imagen de su Hijo Unigénito, sin cansarse de declarar: *"Este es mi Hijo amado, en quien me complazco. Escúchenlo"*.

Leyes de la existencia humana y cristiana

Dios escribe con garras de león mediante la era de la bomba atómica, que sin rodeos nos hace tomar conciencia de las leyes de la existencia humana y cristiana, tal cual ellas aparecen brillantemente expuestas en la parábola del hijo pródigo.

Primera ley: Una situación de vida asegurada puede cambiar por otra donde falten seguros en muchos aspectos. Esta alternancia se da tanto en la vida del individuo como también en la vida de relación con los demás. Símbolo de ello son ambos hijos.

Segunda ley: En toda certidumbre y seguridad subyace una variada incertidumbre e inseguridad. Símbolo de ello es el hijo que se quedó en la casa.

Tercera ley: El sentido de la incertidumbre y de la inseguridad es hallar seguridad en un plano superior, en el corazón y en las manos de Dios. Símbolo de ello es el hijo que regresa.

Según Pestalozzi, el hombre es por naturaleza un ser vinculado al nido. Pero su nido primordial lo tiene sólo en Dios: Todos los demás nidos son sólo imagen y símbolo del primordial, una preparación para él. De ahí que el hombre no descansa hasta sentirse plena e indivisamente 'en casa' en ese nido primordial. Lo mismo quiere decir Pascal al advertirnos que Dios ha permitido que cunda sobre nuestro espíritu una extraordinaria cuota de incertidumbre, a fin de que nos veamos compelidos más y más a decidirnos por él y extender hacia él la mano mediante actos heroicos de filialidad.(...)

La inseguridad de los funcionarios y camaradas bolchevistas es inaudita: Todos están sometidos a la custodia rigurosa de una instancia superior; todos corren continuo peligro de perder no sólo su puesto y su pan, sino también la vida; todos penden permanentemente sobre el abismo de la nada; todos están entregados, incondicional e involuntariamente, a un poder superior que está en contacto con ellos en todo momento, reclamándoles de continuo una renovada decisión por él y por sus exigencias hasta que el hombre se convierte en una máquina que reacciona rápidamente a la presión exterior...

Pero en este caso todo ocurre realmente no por causa de Dios sino por causa de un ídolo. Los funcionarios hacen gala de una casuística cuidadosamente elaborada que reglamenta en detalle todas las acciones, sometiéndolas a la voluntad del ídolo, el cual, de ese modo, toma contacto con ellos incontables veces a lo largo del día... El desasimiento de sí mismo va tan lejos que conduce a una disolución de la persona humana.

De este modo se obtiene la perfecta caricatura, la perfecta contrapartida del ideal que Jesús describiera de modo tan clásico con aquellas palabras: "*Quien pierda su vida por mí, la ganará; quien quiera ganarla la perderá*". Así pues el amor filial heroico -la Inscriptio- es la mejor garantía para el desarrollo y pleno autodomínio de la personalidad cristiana. Una fanática entrega y abandono de sí mismo como los propone el bolchevismo, arrasa irremediabilmente el núcleo de la personalidad... La imagen de Dios protege y rescata la imagen de hombre... Ambas están vinculadas entre sí indisolublemente.

Dios escribe con garras de león. Sólo él puede escribir de esa forma: clara, enérgica, estremecedoramente, impulsando a los suyos, con gran fuerza y seriedad, a abandonar la cárcel de un aburguesamiento dado al regateo y a la cobardía, y a adentrarse en el mundo de la filialidad heroica. Quiere que se entreguen por completo a él siguiendo el ejemplo de su Hijo... De lo contrario no podrá disponer irrestrictamente de ellos... Porque no serán capaces de comprenderlo cabalmente ni de interpretar y aplicar correctamente la ley de la puerta abierta...

¿Logrará Dios su meta? "*Los hijos de este mundo son más astutos con los de su generación que los hijos de la luz...*" El quiere romper las cadenas de una fatigosa medianía y de un miedo opresor que sofoca germinalmente toda audacia juvenil y alegre a la hora de decidirse con autonomía y de ejecutar con valor lo decidido, que forma colectivistas religiosos de instinto gregario. ¿Lo conseguirá Dios? ¿Hallará suficientes maestros de obra, arquitectos y albañiles para la construcción de un nuevo mundo? (...)

Sí; Dios escribe con garras de león. Exige que nos arrojemos, nos echemos audazmente en sus brazos de padre; que por amor a él nos desprendamos de todo apego desordenado al yo y a toda creatura... Exige de nosotros una filialidad heroica.

Quizás pueda reprochársele a la filosofía existencialista que toma al hombre demasiado en serio, que le atribuye excesiva significación, que nuestro pequeño yo no es tan importante... Así suele ocurrir cuando se ve al hombre desvinculándolo de Dios. Pero cuando se lo contempla en su vinculación a Dios, nunca será suficiente la grandeza que le adjudiquemos ni la seriedad con que lo tomemos.

En este sentido constataremos la plena vigencia de aquella exhortación de San León: "*Agnosce homo dignitatem tuam*". En virtud de la estrecha vinculación existente entre imagen de Dios e imagen de hombre, es posible reinterpretar adecuadamente aquellas otras palabras clásicas: "*Deus semper maior*" y decir entonces: "*Homo semper maior...*" En esta alta valoración del hombre como persona radica, entre otras cosas, el valor vital de la corriente *Mediatrix*... En la imagen de la gran *Mediatrix* el hombre puede reconocer el significado que su colaboración reviste para el Reino de Dios, para su construcción en una época difícil. La Inmaculada revela al ser humano toda la grandeza del ser divinizado del

hombre... Y así, cuando éste luche por encarnar ambas imágenes, superará el colectivismo y el individualismo en su persona y entorno. (...)

17. De Semanas Pedagógicas - 1950

En las semanas pedagógicas de 1950, el P. Kentenich hace un detallado análisis de los signos del tiempo desde el punto de vista de la apostasía de Dios, y de la desintegración del orden social que esa apostasía de Dios trae consigo.

Esencia de la comunidad humana

“¿Cuál es la idea divina que Dios ha puesto en la comunidad humana? Nosotros lo sentimos: en la nueva orilla habrá otras formas de comunidad que las que teníamos. El educador orientado metafísicamente se pregunta primero: ¿Cuál es la esencia de la comunidad? Esta consiste en estar espiritualmente el uno en, con y para el otro. Entonces él cultiva cuidadosamente el estar en, para y con el otro y deja que con el tiempo se vayan creando formas adecuadas. Así nació Schoenstatt en todas sus ramas. No que nosotros hubiésemos tenido y aspirado desde el inicio a una forma concreta. Todo se fue creando en la medida en que se iba “rastreado” el orden de ser.

Ustedes verán después, en las formas que surgieron, que se tomó por adelantado el desarrollo futuro: las nuevas comunidades en las nueva orilla van a ser semejante a aquellas. (...)

Apostasía de Dios

Apostasía significa desintegración. ¿Cómo se están desintegrando las comunidades humanas en la actualidad? De la cárcel del individualismo la humanidad ha caído en la cárcel del colectivismo. Las corrientes espirituales se condicionan mutuamente. Un extremo atrae el otro. ¿Qué intención tiene Dios en esto? ¿Qué quiere dibujar en el rostro del tiempo actual? Un espíritu comunitario lo más perfecto posible. (...)

Es por lo tanto necesario cuidar por este espíritu comunitario seriamente, por la responsabilidad comunitaria. (...)

“Voces del tiempo, dice, son voces de Dios”. Lo trágico no consiste en que los malos sean malos sino el que los buenos no tienen valor de ser radicalmente buenos, el que no tenemos el valor de lanzarnos arriesgadamente en la corriente y dejarle la responsabilidad a Dios. Nos falta espíritu de conquista, conciencia de misión, una originaria voluntad de construir y conformar. El auténtico cristianismo conoce una eterna juventud. Hoy día nos hemos recluido a la sacristía. Tenemos que lanzarnos a la corriente de la vida, trabajar y hacer todo lo que esté en nuestras fuerzas. ¿No contradice esto lo que afirmamos ayer? ¿No decíamos, orar y sacrificarnos? La vida cristiana está constantemente en movimiento. El demonio trabaja por diez. ¡Nosotros tenemos que trabajar por cien! ¡Nada sin ti, nada sin nosotros! ¡No resulta sin nosotros! Una voluntad de construir debe apoderarse de nosotros. Tenemos que tener el valor de decidirnos. Si queremos esperar y esperar, ¿quién va a mostrar, entonces, el camino al tiempo actual? Cada uno debe responder por lo que puede hacer en cuanto Dios le confía una tarea. (...)

La familia, célula básica de la sociedad

Debemos tomar en serio la catacumba de la familia y del grupo. La familia es simplemente la célula germinal de la sociedad y, en cierto sentido, de la Iglesia. De ahí nace el imperativo: salvar y proteger la familia por todos los medios posibles! (...)

Piensen en los tiempos de persecución a través de los siglos. Sea que consideremos el tiempo de las invasiones o de la revolución francesa. ¿Cómo fue salvado el cristianismo en ambos casos? En cuanto se redujo a la catacumba de la familia, allí floreció, allí creció y, más tarde, se atrevió nuevamente a aparecer en la publicidad. (...)

Pero no sólo concentrarnos en la constitución exterior de la familia. Debemos concentrarnos en su valor interior, debe llegar a ser verdaderamente un oasis. La familia debe ser un gran taller de Dios. Debe ser un arca en la cual Dios está vivo y tiene la última palabra. (...)

La escuela del espíritu familiar –ya lo hemos hablado- es el profundo estar espiritualmente el uno en, con y para el otro, está desapareciendo. Falta, dicho más exactamente, la profunda responsabilidad por la familia, pro cada miembro en particular. Por eso la peste del yo, del egoísmo, la desintegración en toda la línea. Y cuando vemos cómo en los países del oriente se dan golpes tras golpes para destruir la familia, vamos a entender mejor la consigna: ¡salvar la familia! (...). Hay que salvar la moral familiar, los usos familiares, el ethos familiar y, en este último sentido, la posición, imagen y misión del padre, la conciencia maternal y filial. (...)

Importancia del grupo

El segundo ámbito educativo privado es el grupo, el trabajo de una célula. También puede ser quitado, pero es más difícil que así suceda. No pertenecemos a los que paralizados por todas las catástrofes que están ante nosotros oprimidos por la inseguridad, dicen: no queda otra cosa que dejar que esto corra, no hay nada que hacer. ¿No hemos aprendido de san Agustín la sabiduría: “Hace lo que puedas y el resto pídelo a Dios?” Por eso, no meter las manos en los bolsillos, cuidar nuestra salud y dejar pasar todo. No tenemos que decir conformistamente: ¡el pueblo va de todos modos a la ruina y luego, además, pensar que todavía somos religiosos! No, ¡haz lo que puedas! En nuestro actuar orientarnos por el orden de ser y el éxito dejárselo a Dios. Es necesario acentuar la célula pequeña, el grupo que, históricamente, ha sido el origen de las revoluciones pero, también, de los grandes movimientos de renovación. El ideal debería ser: cuidadosa educación de pequeños grupos de elite para captar, a través de ellos, la masa. En un tiempo de organizaciones masivas, de concentraciones, del amenazante paso a la masificación, en lo que respecta a nosotros, no debemos concentrarnos en la catacumba para permanecer en ella. Si nos reducimos a la catacumba de las pequeñas células, lo hacemos para desarrollar desde aquí planes de conquista del mundo y para realizar un trabajo de renovación.

Una palabra a nuestros schoenstattianos: nosotros tenemos grupos; ¿con el tiempo, estos grupos no han llegado a centrarse demasiado en sí mismos y permanecido en este estado especialmente los grupos de niñas y señoras?

Estamos conscientes: ¡elite a causa de la masa, elite para la masa! ¡Educación de elite para captar interiormente la masa, para ser levadura! ¡Este es nuestro ideal! (...) Estos grupos

deben acentuar creadoramente, deben proyectarse interiormente a la conquista del mundo.
(...)

18. De Curso Pedagógico - 1951

En el Curso Pedagógico de 1951, el P. Kentenich desarrolla todo un sistema de educación que ha de tener amplias repercusiones tanto en el orden sobrenatural como en el orden temporal, social. En él se refiere profusamente a la importancia del organismo de vinculaciones, de la comunidad, de la familia, de la necesidad de renovar el ser y la imagen del padre en el orden natural.

El mundo actual está revuelto y confuso, porque ha desaparecido el padre. (...) Salvación del mundo supone salvar la familia y salvación de la familia comprender esencialmente una reforma de la idea del padre, de la conciencia paternal, de la paternidad. El último fundamento para esta afirmación: porque el padre es lo último en la familia,, así como decimos que lo último (el principio) en la Santísima Trinidad es el Padre.

Si queremos ir a la raíz de los problemas, entonces tenemos que gestar nuevamente un tiempo consciente del padre en forma preclara. ¿De qué sirve que, como pastores y educadores, trabajemos en esto y lo otro, si no captamos o no sanamos la raíz de la enfermedad? (...)

Si el padre tiene demasiadas ansias de poder respecto a sus hijos y no entiende orientar desde dentro, en un cauce correcto, el impulso de la libertad, entonces está encubando una revolución para mañana o pasado mañana. Un programa imponente: renovación del mundo a través de la renovación del padre, de la paternidad. (...)

19. De Pláticas del 10 y 13 de junio - 1952

Estando en Chile, el P. Kentenich se refiere, en sus pláticas, a la necesidad de instaurar un nuevo orden social, a partir del orden en el propio corazón.

Cuando yo me entrego a la Santísima Virgen, entonces me entrego al mismo tiempo, al orden natural y sobrenatural tal como éste está reconocido en su corazón. Amo en el corazón de la Santísima Virgen ese orden y busco proyectarlo en todas partes. Nuestra misión respecto al colectivismo: queremos reinstaurar el orden puesto por Dios, queremos ayudar a salvar todo el organismo de vinculaciones. Si pensamos que nosotros como Región tenemos una misión en este sentido, debemos entonces vivir en este mundo. Los hombres de vida espiritual tienen una gran paz cuando poseen una línea espiritual definida.(...)

Así como nuestra Señora de Schoenstatt instaura nuevamente el orden en nuestro corazón, quiere instaurarlo nuevamente en todo el mundo. ¿Quién debe instaurar entonces el orden? La Santísima Virgen que actúa desde aquí.. Para ello es, sin embargo, necesario que primeramente encarnemos nosotros el organismo de vinculaciones naturales y sobrenaturales. Cuando tengamos el orden en nosotros mismos, entonces podremos también instaurar nuevamente el orden en el mundo.

20. De Carta a Mons. Josef Schmitz - 1952

En la Primera Parta de esta Carta, el P. Kentenich explica los principios de organización y de construcción de la Familia de Schoenstatt, principios que están en la base de la reestructuración del orden social.

Es así como nace la afirmación clave:

Una fuerte limitación o reducción adecuada de poder en lo organizativo-jurídico, unida a una plenitud de poder extraordinariamente rica en lo vital.

Con esto tiene usted ante sus ojos la metafísica de Schoenstatt, ya sea que lo comprenda como escueta organización, o como organismo vivo. Por eso, en la formulación, aparecen las palabras claves tan fuertemente acentuadas: "organizativo-jurídico" y "vital". La jerarquía está comprensiblemente interesada en resguardar la plenitud de su propio derecho y poder, y la preocupación principal del Visitador se dirige, según puede comprobarse, hacia una múltiple disminución de poder a Schoenstatt. Por esa razón se encuentra en la formulación el par de palabras opuestas "plenitud de poder en lo vital" y "limitación o reducción de poder en lo organizativo".

La primera parte de la ley fundamental y de construcción, formulada de ese modo, apunta hacia el principio último de organización. Como puede verificarse, éste ha sostenido, inspirado y definido mi actividad organizativa desde el comienzo de la historia de la Familia, a través de todas las etapas hasta el día de hoy. Siempre y en todas partes, quería tanta organización jurídicamente asegurada, sólo cuanto fuese absolutamente necesario, de manera de conservar robusto y resistente el conjunto de la Obra para todos los tiempos, los ámbitos y situaciones, se tratara de la Familia en su autonomía o en su carácter membral, en el marco del orden jerárquico ya existente. La organización siempre fue para mí únicamente una red de canales, por cierto llena de significado, pero algo que nunca puede considerarse lo principal. La atención y la preocupación primarias estuvieron siempre dedicadas al poderoso torrente que todo lo inunda. La organización era algo secundario. El organismo, vale decir, el espíritu y la vida, fue en todas las situaciones mi inquietud prioritaria. Por ello, la segunda parte de la formulación de la ley metafísica fundamental y de construcción reza: "plenitud de poder extraordinariamente rica en lo vital".(...)

Cuando los historiadores del futuro digan una palabra sobre la influencia de Schoenstatt en la época actual, deberán explicar entonces que esa influencia no proviene de la red de organización, sino de la dinámica extraordinariamente fuerte del torrente de vida schoenstattiano, torrente que brota desde nuestro Santuario, que fluye con fuerza a través de las comarcas, que lleva y quiere llevar a cuevas barcas y navíos de todo género y formato, y que, finalmente, regresa a su origen.(...)

En cuanto usted la considere en su sustancia íntegra, no le será difícil descubrir, en la mencionada ley fundamental, una nueva forma de nuestro principio universal de organización. Este es conocido en nuestras filas como la antigua y sobria formulación: "*vínculos (tan sólo,*

pero también tantos) cuantos sean necesarios; libertad cuanto sea posible; pero, cultivo del espíritu, siempre, en forma perfecta y asegurada.

Las dos primeras partes son claramente reconocibles en la primera mitad de la ley fundamental antes mencionada. Ella reza: *una fuerte limitación o reducción adecuada del poder en lo organizativo-jurídico, unida a una plenitud de poder extraordinariamente rica en lo vital.* La tercera parte del principio de organización, "cultivo del espíritu siempre, en forma perfecta y asegurada", se encuentra en la segunda parte de la ley fundamental. Ella reza: *plenitud de poder extraordinariamente rica en lo vital.*(...)

Si desea ampliar el radio de sus investigaciones, procure descubrir, en nuestra ley fundamental y en nuestro principio de organización, nuestra ley de gobierno: "*autoritario en principio, democrático en la aplicación.*"⁴ ¿Dónde están la igualdad y las diferencias entre ambos términos? ¿En qué medida se unen aquí, en una armónica unidad, las corrientes más opuestas del liberalismo y democratismo extremos con el imperialismo que actualmente lucha por el dominio, el totalitarismo o la dictadura? ¿En qué medida se tocan aquí espíritus dominantes en épocas contrapuestas, para reencontrarse en una unidad más elevada y para desarrollar, en la época actual, una dinámica fuertemente formativa y así conducir el mundo y la Iglesia a la nueva orilla? Reflexiones de este tenor no son superfluas para alguien que desea ayudar a solucionar los problemas planteados en la Familia. No son el sentimiento o el instinto los que aquí han de ser decisivos, sino el pensar y el querer orientados por principios. (...)

La ley fundamental habla de "*una fuerte limitación o reducción adecuada de poder en lo organizativo-jurídico.*" Prudentemente, pues, no habla de una pérdida absoluta de poder o de un derrumbe de poder. Eso contradiría el orden de ser objetivo. Tratándose de seres sensibles, todo organismo necesita, tanto como forma de expresión cuanto también como medio de seguridad y de fomento, de una organización, por pequeña que sea; ya sea que ésta se desarrolle espontáneamente por sí misma, o que sea establecida estatutariamente. Pensemos, por ejemplo, en la actividad grupal de una comunidad libre. Esto tiene especial validez por el estado de pecado original.

Desde esta perspectiva, se entiende la antigua ley que dice: el espíritu se autocrea una forma; la forma protege al espíritu, pero trae consigo también el peligro de ahogar, con el tiempo, al espíritu.

El término "adecuada" (en la formulación de la ley) es una expresión dada por la necesidad. Se comporta como una esfinge⁵, como un ambiguo juego de acertijos. Si lo tomamos tal como está ante nosotros, indica que los vínculos jurídicos y los derechos asegurados quieren ser establecidos en la medida en que sea necesario para que la Obra íntegra pueda cumplir su sentido y su objetivo como corresponde.

En nuestro contexto esto significa que los vínculos jurídicos deben ser tan pocos y, a la vez, tantos, y puestos en tal relación de tensión entre sí que la Familia pueda realizar su tarea como agrada a Dios. Si ella ha sido llamada a estar profundamente cobijada en el seno de la Iglesia

⁴ Debido a la importancia de este principio nos hemos mantenido en su traducción literal. Sin embargo, sabemos que en el uso corriente de nuestra Familia este principio lo formulamos del siguiente modo: "Afirmamos el principio de autoridad y lo ejercemos democráticamente."

⁵ Animal de la mitología griega que asesinaba a aquellos que no eran capaces de descifrar sus acertijos.

como miembro vivo y valioso y, al mismo tiempo, llamada a adelantar la nueva irrupción universal en la Iglesia, en el sentido de las "nuevas playas" donde Dios quiere conducirla, entonces sentimos todo el peso de los problemas que reclaman una solución esclarecida.

El P. Lombardi, en sus conferencias y escritos, habla de un "nuevo mundo"⁶. Al Santo Padre no le es extraña esta expresión. Nosotros, en su lugar, hablamos de las "nuevas playas". Esa orilla es determinada esencialmente por las corrientes del tiempo. Por cierto, la Iglesia no vive ni actúa en el vacío; ella es sustentada por seres humanos, a quienes a su vez ella sustenta. Y éstos son configurados por el tiempo, y tienen la misión de configurarlo.

El tiempo venidero tiene un rostro diferente al tiempo pasado; se diferenciará esencialmente de la Antigüedad, del Medioevo y de la Edad moderna. Se trata ciertamente de la Posmodernidad que, como una gran época autónoma, quisiera separarse de la Modernidad y tener una configuración propia. Su característica será la relación de los hombres entre sí. Pronto ya no habrá más distancias dignas de mención. De ello se ocupan los últimos inventos y los medios de transporte. Por eso, la influencia de un hombre sobre otro tendrá una forma distinta de la que tenía hasta ahora. A diferencia de antaño, surgen con más fuerza la masa y la masificación, dando al individuo, a la sociedad y a la comunidad un rostro enormemente transformado.

La característica propia de nuestra Familia está en señalar, con cierta unilateralidad en la organización y la vida, hacia el futuro así delineado; en dejarse inspirar por él, anticiparlo desde ahora describiéndolo con trazos audaces, y en esforzarse por plasmarlo y configurarlo. Hombres que vivan sólo en el pasado y el presente, que conozcan sólo la antigua orilla, que tengan una actitud exclusivamente conservadora, difícilmente estarán en condiciones de confrontarse con la visión de futuro⁷ de Schoenstatt y con los medios y caminos para su realización.

El colectivismo político de todo tipo y color se gloria de ver y vislumbrar correctamente la situación futura del mundo. Señala, por eso, con todos los dedos hacia el futuro. Con un poderoso movimiento, se separa a sí mismo y a sus seguidores, del pasado y del presente. Ve su grandeza y su mérito en apresurar, a través de maquinaciones revolucionarias, el proceso de relevo histórico. Según su comprensión, un proceso evolutivo-histórico absolutamente necesario. Por eso se explica el fuerte apremio en traspasar el poder a la masa, al grupo colectivo, y en obligar a capitular a las personalidades y agrupaciones de élite.(...)

Porque, voces de los tiempos son para nosotros voces de Dios, porque tareas de los tiempos están ante nosotros como deseos de Dios, respondemos a la visión de futuro del colectivismo con un ideal esencialmente distinto.

Nosotros hablamos de una "comunidad perfecta sobre la base de personalidades perfectas", y quisiéramos que ambas estén sostenidas, determinadas por la "fuerza básica y elemental del amor" y que su pulso esté totalmente marcado por esta misma fuerza. De esta manera nos

⁶ Cfr. Lombardi, *Für eine neue Welt*, Heidelberg, 1955

⁷ Cfr. en este contexto la carta del P. Kentenich desde Uruguay, del 6-5-1948, con motivo de la erección canónica de las Hermanas de María como Instituto Secular. "Visión" debe comprenderse aquí en sentido figurado.

movemos en un terreno bien conocido, en el cual nos sabemos en casa. Es ocioso, por ello, detenerse aquí por más tiempo. Sólo una cosa resta ser destacada: la magnitud, el peso y la dificultad enormes de la tarea así considerada y delineada.

Debe considerarse como una necesidad histórica, como una evidencia irrefutable, el que estamos condenados a vivir, por un largo tiempo, en permanente tensión con círculos al interior y fuera de la Iglesia.

Es difícil poder estimar suficientemente la magnitud de la diferencia entre los círculos extraeclesiales que han caído en el colectivismo, o están influenciados por él, y sus ideales, por un lado, y nuestros ideales, por el otro. Ambos hablan del "hombre nuevo"; el contenido, sin embargo, es esencialmente diverso. El hombre nuevo en la nueva comunidad tiene para nosotros el rostro delineado anteriormente; mientras, según la comprensión del colectivismo, el hombre nuevo es el hombre total y absolutamente despersonalizado y masificado. Nosotros nos hemos puesto como ideal el amor en alto grado. Lo que el P. Lombardi llama "cruzada del amor", nosotros lo asumimos en forma más profunda. Hablamos de nuestra multiforme y universal *alianza de amor* como forma fundamental e imagen última de nuestro vivir y aspirar. El otro bando vive del odio, del odio personal y de clase. Nuestra alianza de amor lucha eficazmente por la superación de la despersonalización de Dios, de la despersonalización de los demás hombres y de la despersonalización personal; en tanto, el tipo de espíritu colectivista está permanentemente en peligro de arrasarse con toda forma de individualidad y personalidad.

Es fácilmente comprensible el que nosotros, por tener tan fuerte y permanentemente en la mira el futuro del mundo y de la Iglesia -no obstante, sin cortar el contacto de ideas y de vida con el pasado y el presente-, entremos en colisión con círculos de Iglesia muy unilateralmente orientados en dirección retrospectiva, apegados sólo o casi sólo al pasado e incapaces de incluir, en su campo visual y de intereses, la nueva imagen del mundo, de la sociedad, de la Iglesia y del hombre. La múltiple tensión entre ambos círculos - los eclesiales y los extraeclesiales - generada por lo antes dicho, se ha revelado hasta el presente como un eficaz principio creador. ¡Que así permanezca para siempre!

No está demás advertir que la tarea sobrehumana que Dios ha depositado sobre nuestros débiles hombros no puede ser realizada sin torrentes de gracia extraordinariamente poderosas. Por eso tiene razón el obispo de X. al decir: 'Si se quiere exterminar a Schoenstatt hay que quitarle el 'misterio de Schoenstatt'. (...)

Desde aquí se ilumina con claridad el tipo y grado de los vínculos jurídicos que aspiramos a tener, y su relación con el espíritu, el alma y la vida. Anteriormente, hemos atribuido a los vínculos jurídicos una triple característica: no deben ser demasiado fuertes, ni demasiado débiles, ni pobres en tensiones.

Si los vínculos son muy fuertes, acarrear consigo el peligro de esclavitud a las formas. Fácilmente, entonces, matan el espíritu y ahogan la vida. Esto es lo que pretende indicar la severa formulación: la forma mata al espíritu. El consiguiente resultado, el hombre que ha caído víctima de la forma, se asemeja al fariseo. El fariseísmo, por lo visto, no debe ser considerado solamente como una manifestación propia de los tiempos en que vivió Cristo; ha de ser un peligro latente para el individuo y la sociedad, también dentro de la Iglesia; de otro

modo, el Señor difícilmente habría alzado el látigo con tanta insistencia. A veces pareciera como si él, y san Pablo siguiendo sus huellas, hubiesen combatido inútilmente durante su vida en ese sentido. ¡Tanta esclavitud a las formas y tanto fariseísmo todavía existen hoy en muchos lados! Por ello, la primera parte de nuestro principio universal establece: "vínculos tan sólo los necesarios".

La segunda parte destaca: "pero también tantos vínculos cuantos sean necesarios". Para explicitar esto, en nuestro contexto afirmamos: el vínculo hacia abajo no debe ser demasiado débil; mucho menos aún debemos pensar en una ausencia total de vínculos. Esto último está siempre en peligro de transformarse, de la noche a la mañana, en desenfreno. No será fácil encontrar aquí, en casos individuales, la medida correcta.

Allí donde nuestro principio es aplicado de la manera más pura -como en el caso de nuestros institutos, sobre todo en el Instituto de las Hermanas de María- el peso de estos vínculos está establecido de modo tan equilibrado que el instituto, a la larga, no es capaz de existir ni de ser fecundo sin un cultivo del espíritu extraordinariamente fuerte y organizativamente asegurado. Con tanta seriedad se concibe y se anhela aquí el ideal del hombre animado por el espíritu. Anteriormente, con frecuencia hemos expresado lo siguiente: queremos estar íntegramente organizados de tal manera que, a la larga, no podamos existir sin espíritu: o bien, existimos y, en ese caso, sólo puede ser con espíritu; o bien, hemos perdido el espíritu y entonces hemos perdido también el derecho a la existencia y podemos y queremos perecer. En esto no somos en absoluto utópicos. Los vínculos son tantos y tan fuertes que, en caso de una decadencia del espíritu y la vida, podremos mantener a flote a la Familia por largo tiempo para asegurarle, de ese modo, la posibilidad de renacer de las cenizas. O bien, procurar que se levante nuevamente un edificio entero a partir de un estado casi en ruinas.

Pero también las otras comunidades de la Familia se esfuerzan, según sus características propias, por mantener un equilibrio en los vínculos externos. Sin embargo, esto sólo es posible si, por el otro lado, el cultivo del espíritu es extraordinariamente elevado, permanente y si está, por lo menos en cierta medida, asegurado. Hacia esto se refiere nuestro principio fundamental: "cultivo del espíritu tanto cuanto sea posible".

Una mirada retrospectiva a la historia de la Familia ayuda eficazmente a la comprensión de la íntima relación de las leyes y fuerzas que operan en ella. A ello también ayuda la extraordinaria y fuerte aspiración que todas las Ramas han demostrado por alcanzar estos objetivos.

Una mirada hacia el futuro, desde el punto de vista de la etapa final del desarrollo en el mundo y la Iglesia, aclara luminosamente el modo cómo la Familia ha permanecido fiel a su tarea, ya sea que ésta se defina como formar "el hombre nuevo en la nueva comunidad", o dar vida a una "comunidad perfecta a partir de personalidades perfectas", sustentadas por la "elemental y básica fuerza del amor". Es decir, hablamos de "la nueva irrupción universal en la Iglesia en el sentido de las nuevas playas". Las tres formulaciones expresan lo mismo, destacando sólo distintos aspectos de un idéntico proceso de vida.

Esta visión así transmitida se complementa cuando, al mismo tiempo, se toma en cuenta el torrente de vida y de gracias. Este torrente, que brota poderosamente desde el Santuario, ha fluido impetuosa e irresistiblemente a través de todos los canales de la Familia, y hasta ahora no se detiene.(...)

Cuanto más débiles sean los vínculos externos, tanto más urge un cuidadoso cultivo del espíritu. De lo contrario, una organización orientada, de acuerdo a los tiempos modernos, con nuestras grandes metas, no podrá realizar su tarea. Por ello, la educación del espíritu y la vida ocupa entre nosotros un lugar preponderantemente importante. Hasta ahora, hemos puesto tanto énfasis en ello que se nos ha acusado, no del todo injustamente, de haber descuidado el apostolado por esta razón. Ya es tiempo de tomar conciencia de que el apostolado es, igualmente, ambas cosas: expresión de un alto grado de amor y medio para su profundización. Sin embargo, conocemos todavía un segundo medio que, hasta ahora, ha mantenido indestructible a nuestra Familia en lo organizativo y en lo vital. Además del más cuidadoso cultivo del espíritu, nos referimos a la "ley de tensiones".(...)

Sin embargo, si la relación de tensión entre ambas direcciones se elimina o si no se le da alguna validez jurídica en el estatuto general, en el futuro la historia podrá hablar de una grave falta contra la ley de tensiones. Hasta ahora, esta ley ha llevado a todas las comunidades, líneas y corrientes a correctas y creadoras relaciones recíprocas.

¿No se queda usted perplejo, al descubrir una contradicción irreconciliable respecto a la tendencia antes mencionada, que se esfuerza por reducir el poder de los sacerdotes diocesanos del Instituto? Si comprende correctamente el término "adecuada", encontrará muy pronto la respuesta acertada. Tal como lo verá demostrado más tarde, en la presentación de las imágenes rectoras particulares de la Familia, aquí no se trata en modo alguno de una pérdida total de poder; tampoco en el Instituto de los sacerdotes diocesanos. Sólo se trata de comprender e incorporar la recíproca relación de tensión, de tal manera que corresponda, en todas las direcciones, al orden de ser plasmado por Dios. Por esto hemos luchado siempre hasta ahora; así debemos seguir también en el futuro.

¡Investigue usted a fondo nuestra historia desde el principio hasta hoy día! En mi actividad organizativa - que se orientó siempre de acuerdo a la pedagogía divina, según la "ley de la puerta abierta",⁸ difícilmente habré dado más importancia a otra ley como a este principio de tensiones. Así como este principio determina el gobierno divino del mundo, así también impregna toda la vida y organización de nuestra Familia. ¡Vuelva a leer la crónica de nuestra antigua Congregación Mariana!⁹ Ya entonces nuestras secciones y grupos fueron estructurados según ese principio. Nuestra organización, tan ramificada y amplia en este momento, se ha sostenido sin muchos medios externos, entre otras cosas, sobre todo porque este principio dominó la Obra total.

El observador superficial apenas lo percibirá. En el futuro, tampoco será asunto de cualquiera tener claridad al respecto. No obstante, líderes del mañana deben esforzarse por una comprensión más profunda; de otra manera, corren el peligro de ignorar y descuidar, por torpes manejos, asuntos aparentemente secundarios, y quizás suprimir puntos que, a la luz del mencionado principio, son de una extraordinaria significación organizativa. Esto tiene especial validez para la respectiva cabeza temporal de toda la Familia.¹⁰ Quien ejerza este cargo debe ser un maestro en la aplicación de esta ley; de lo contrario, conduce a la Familia hacia el abismo. ¿Pero, dónde está la persona a quien Dios haya regalado todas las cualidades

⁸ Este concepto fue desarrollado por el P. Kentenich a partir de 1Cor 16,9 y 2Cor 2,12: Dios muestra a través de la apertura de una "puerta"; el hombre ve su tarea en reconocer y realizar esos planes. Cfr. F. Lüttgen, *Praktischer Vorsehungsglaube bei Pater Joseph Kentenich* en: *Regnum*, 6 (1971) 61s.

⁹ Extractos de esta crónica fueron publicados en: F. Kastner, *Bajo la protección de María*.

¹⁰ El P. Kentenich decidió más tarde que no debía haber una "cabeza temporal para toda la Familia".

para orientar y conducir fecundamente una obra universal de esa envergadura? Debe ser un hombre secular. Una organización no debe suponer contar con alguien semejante. Por eso debe exigir que su cabeza permita que personas de su consejo lo complementen en aquello que él no posee.

Como anteriormente, también aquí corresponde una renovada formación científica en respuesta a las dificultades actuales. Se trata principalmente de una sociología de nuestra Familia desde el punto de vista señalado.(...)

Quien quiera disponer de un clásico material formativo, podrá examinar la organización de las Hermanas de María. Allí, la ley de tensiones ha encontrado una expresión ejemplar hasta en las más pequeñas instancias. Personas ajenas se preguntarán con admiración cómo ha sido posible mantener sin votos y en una unidad tan compacta como hasta ahora, a una comunidad femenina de 1800 miembros. El especialista en la materia sabrá dar una respuesta confiable. El nos remite, no en último término, a la aplicación práctica de la ley de tensiones. (...)

Nosotros, que hemos crecido con la Familia y que nos hemos unido indisolublemente a ella, conocemos su idea directriz y sus fuerzas propulsoras. La "*Llave para entender Schoenstatt*"¹¹ se ocupa de ambos conceptos. Somos schoenstattianos en la medida en que la idea directriz y las fuerzas propulsoras de la Familia se han transformado en los pilares que sostienen nuestra vida personal.

Aquí, en nuestro contexto, quisiera destacar por sobre todo la *idea directriz*. Lea usted, por favor, lo que dice la "*Llave...*" sobre este tema. Lo llama "el hombre nuevo en la comunidad nueva con un carácter apostólico universal". Distingue entre un cuño supratemporal y uno temporal. Sobre la forma supratemporal se afirma:

"El 'hombre nuevo', como aquí se entiende, es el hombre animado por el espíritu y vinculado al ideal, libre de toda esclavitud a las formas y alejado de toda ausencia de formas. La 'comunidad nueva' se libera -sin tornarse informe - de todo formalismo sin alma, de un estar uno al lado del otro mecánicamente o sólo exteriormente. Se esfuerza por una profunda unión interior de las personas; por un estar, interiormente, uno en el otro, con el otro y para el otro; por una conciencia de responsabilidad de uno por el otro, responsabilidad anclada en Dios, siempre activa, que impulsa al individuo y a la comunidad al camino del apostolado universal y allí los hace fecundos. El ideal que se expresa es, indudablemente, de orden general. Es decir: todas las comunidades religiosas están interesadas en ello y preparadas y dispuestas para ello, y se esfuerzan a su modo por su realización. Sin embargo, esto no impide el que una comunidad asuma esta multiforme inspiración por el espíritu y vinculación al ideal como un objetivo apostólico particular."

A través de la relación con Pallotti y los Palotinos, la "idea directriz" ha recibido un nuevo cuño. Ella aparece ante nosotros como el ideal de un "hombre perfecto sin votos, en una comunidad perfecta sin votos, con un carácter apostólico universal."

¹¹ "*Llave para entender Schoenstatt*" es un trabajo que escribiera el P. Kentenich en Berg Sion, Suiza, para el Santo Oficio, poco después de su destierro desde Schoenstatt, en el año 1951.

Quien desee saber más detalles acerca de la historia, las características y los efectos de esta idea así considerada, tenga a bien profundizar en el trabajo señalado. Lo que hasta ahora hemos acentuado una y otra vez se le clarificará totalmente. El trabajo comprueba con extraordinaria certeza que Schoenstatt ha sido siempre, en el más eminente sentido de la palabra, un movimiento de espíritu y vida extraordinariamente fuerte. (...)

Si un torrente que mana abundantemente no ha de recorrer las comarcas haciendo estragos y devastando, entonces necesita de un cauce, de arroyos, de canales. Esta es nuestra red de organización. Ni la arbitrariedad ni la casualidad le dieron origen. Como en el cultivo del espíritu, también en nuestra actividad organizativa nos hemos orientado siempre según el plan divino. Vuelva a leer lo que dice la "*Llave...*" acerca de las fuerzas propulsoras, que se asocian a la idea directriz para dar a la Obra íntegra el sello de obra de Dios. (...)

En nuestro caso, el asunto se torna más complicado por la incorporación de entidades autónomas. Pienso en los Palotinos y en los demás Institutos. Las diferencias que surgen así en la estructura del ser justifican un desplazamiento de acentos en el juego de las fuerzas de la organización. Lo mismo vale si pensamos en nuestro original y último principio de organización, que tan extensamente hemos explicado. Por eso, su aplicación encuentra especiales dificultades, ya que no sólo debemos tener en cuenta la autonomía en nosotros y entre nosotros, sino también un multiforme carácter membral frente al organismo jerárquico. Aquí reside, a la larga, el problema más intrincado.

Ya Pallotti se cuidó de querer otorgar a la conducción del Movimiento un ministerio eclesiástico en el sentido propio de la palabra. El sentía -en forma análoga a nosotros- la dificultad de armonizar la jerarquía y un Movimiento mesuradamente autónomo, con su propia centralidad. Tal vez al episcopado alemán le sea menos conocida la organización de la Acción Católica en los países latinos. Así podría explicarse un "reparo ante un ente tan vastamente ramificado".

Nosotros, por nuestra parte, debemos sostener: es conveniente que estemos alertas ahora, en el momento en que se determina la organización. Queremos, también, ayudar a rescatar los intereses esenciales de cada una de las ramas según la ley de tensiones. Mi opinión personal, sin embargo, se refiere a lo siguiente: no se trata de acentuar un poco más o un poco menos. Presuponiendo que no se cometan faltas estructurales irreparables, que imposibiliten una irrigación sanguínea de todo el organismo, *lo principal es y sigue siendo el torrente de vida que brota poderoso desde nuestro Santuario*. Es éste el que debemos vigilar celosamente, cultivar cuidadosamente y defender en todos los frentes. Una organización deficiente, con riqueza de vida, puede existir mejor que una organización perfecta con una vida raquílica. Esto lo prueba no sólo la historia de la Acción Católica, sino también la de otras asociaciones y entidades. (...)

Usted sabe cuánto influyó la situación del tiempo en la captación, formulación y realización de nuestra ley metafísica fundamental y de construcción. De eso se ocupó la "ley de la puerta abierta", que ha determinado y dominado, desde el comienzo, nuestro pensamiento y nuestra voluntad; esta ley se ha convertido en carne y sangre nuestra y, por eso también hoy, al igual que el astro que guió a los Reyes Magos, nos indica el camino, nos da seguridad y fortaleza.

Schoenstatt surgió en un tiempo de cambio revolucionario; nació en un país cubierto por una vasta red de organización como difícilmente exista otro que la tenga. En aquel momento, dos

tendencias se enfrentaban en una seria lucha: una conservadora y la otra progresista. La conservadora estaba tan enmarañada y endurecida en formas externas, que debía soportar la acusación de extremo formalismo. Frente a ella, Schoenstatt acentuó, desde el comienzo, una mayor libertad respecto a las formas y su animación, de acuerdo a su sentido. La corriente progresista encontró su exponente en el movimiento juvenil. Como usted sabe, ésta estalló en agitados enfrentamientos contra las murallas de Schoenstatt. En ella ya se anunciaba un tiempo nuevo, esquivo a los vínculos. Una capacidad de intuición e instintiva seguridad y una clara posición metafísica no supieron hacer ante ella nada mejor que acentuar con fuerza y asegurar tenazmente una cierta medida de vínculos. Por eso exigimos "vínculos tan sólo, pero también tantos, cuantos sean necesarios".

En 1912 se dibujaba ya en el horizonte -sólo perceptible a pocos hombres lúcidos- el terrible peligro del colectivismo. Como voces de los tiempos, siempre fueron para nosotros voces de Dios; respondimos inmediatamente con un mayor esfuerzo por una vigorosa vida de amor personal e interior, por una fuerte animación por el espíritu y por una indestructible vinculación al ideal. Frente al nuevo hombre colectivista pusimos el hombre "nuevo", el hombre de Schoenstatt.

En síntesis: las circunstancias de los tiempos fomentaron todos los aspectos de nuestra ley fundamental, y les dieron una magnífica confirmación. Esto vale para la relación entre vinculación, forma u organización y cultivo del espíritu; pero vale también para una adecuada limitación de poder jurídico y para una plenitud de poder y de espíritu de vida.

21. De *Carta al P. Adalberto Turowski* - 1952-1953

Adelantados para la Iglesia de las nuevas playas

Son exactamente los mismos problemas que nos hemos esforzado por solucionar desde los comienzos, sobre todo en la familia de las Hermanas marianas, tal como lo demuestra tanto la historia como también las constituciones. Vale lo mismo para otras propuestas. Nuestros círculos se sienten en ellas como en casa no sólo según sentido y contenido, sino hasta en su expresión. “Mientras el totalitarismo ensalza la tiranía sin obstáculos, nosotros debemos anunciar la sencillez y el respeto filial ante la autoridad como representante de Dios; mientras el liberalismo desata el egoísmo por doquier, nosotros debemos esforzarnos por una sincera solidaridad; mientras el comunismo, lleno de odio, predica la igualdad, nosotros debemos enseñar el misterio de la fraternidad humano-divina; mientras las pasiones claman por amor libre, nosotros debemos exponer el fin santificado de la familia y mostrar las más puras alegrías... Frente a cada terrible mal contemporáneo, brilla una correspondiente gran virtud...”

Una vez más, éste es nuestro lenguaje, aprendido a hablar a causa de las necesidades de los tiempos, pero no tan sólo con la boca, sino más con el corazón, y fortalecido por la vida. En Dachau contrapusimos de manera relevante frente al hombre primitivo el hombre ingenuo, al cual, hoy en día al menos entre los entendidos, se lo anuncia como la solución frente a los descalabros de los tiempos, pero, según se opina, para el cual la humanidad todavía no estaría presta o madura. ¡Con qué claridad hemos anunciado la derrota del hombre masificado por medio del hombre comunitario, con su estar interiorizado en el otro, con el otro y para el otro!

Ya por decenios nos hemos esforzado por solucionar todos estos problemas en nuestras filas, con la misma actitud fundamental. No somos tan sólo un movimiento de ideas, sino un acentuado movimiento de vida y de gracias que, hasta ahora, a pesar de todos los obstáculos, se ha impuesto victoriosamente.

Nosotros no sólo hablamos de una nueva irrupción total de la Iglesia en el sentido de la nueva orilla, sino que nos esforzamos de realizarlo en nuestros propios círculos. Lo llevamos a cabo en todas nuestras ramas, con total seriedad, por una profunda responsabilidad religioso-moral. En nuestro estilo de vida habrá, a duras penas, algún detalle que no podamos confirmarlo fundamentalmente en el Santo Padre y en sus ideas de reforma. Y justo ahora, entonces, todo esto ha de ser arrasado y pisoteado, debe ser objetivizado y aplanado, y precisamente en nombre del mismo Santo Padre que anuncia y alaba nuestros ideales al mundo y que mira anhelante en busca de hombres y mujeres que acojan sus ideas y las realicen. En la alocución citada más arriba, a los romanos, el Papa espera de ellos que “reciban la aureola de los adelantados en la salvación general del mundo y la Iglesia para los nuevos tiempos, en el que fuerzas opuestas luchan por el dominio del mundo.” También nosotros nos hemos sentido y entendido siempre como adelantados para la Iglesia en las nuevas playas. Así deben ser entendidas las expresiones de “a la sombra del santuario” y del “arca”.

La fe práctica en la divina Providencia

Lombardi termina su artículo con las palabras: “En medio de este giro del destino, estoy profundamente confiado, ya que la fe en la Providencia me fortalece desde un comienzo. Es una confianza basada en hechos, tal como comienzo a observarlos en el trabajo de la Iglesia aquí en Roma.” Tal es también el caso nuestro. La fe en la Providencia, que hasta ahora ha legitimado a la Familia como obra suya, nos hace entender a las duras luchas actuales como prueba, purificación y consolidación, y nos hace mirar al futuro con plena confianza, tal como lo hicieron Ignacio, y Francisco, cuando, en su tiempo tuvieron que poner su misión en prueba.

Sin embargo, hay una gran diferencia entre ayer y hoy. En aquel entonces, sólo estaba en juego un valor parcial. Hoy en día, se trata de una revolución total pero, también, de una renovación total. Por eso, la lucha será tanto más grande y más heroica. Ya no basta con la fe de grano de mostaza. Según una expresión de Angelus Silesius, tiene que ser una fe de zapallo la que pida y espere para el Santo Padre una visión especial (de la Candelaria), es decir, una visión profunda en la misión de Schoenstatt y en su legitimización como realización de sus propias ideas de reforma. Hasta alcanzar esta finalidad, nos esforzaremos por imitar el ejemplo de los tres jóvenes en el horno. Mientras nos rodean las llamas de fuego, no nos cansaremos de cantar jubilosos el *Benedicite* en nombre de toda la creación.

Más aún. Desde siempre nos hemos esforzado cuidadosamente en nuestro círculo, en ser imitadores de la sabiduría divina en la conducción del mundo o bien imágenes perfectas de la divina Providencia, tanto de la *providentia generalis* como también de la *specialis*.

El “*Hacia el Padre*” habla con gusto del reino de Schoenstatt. Dice en la Misa del instrumento:

Envíanos al Espíritu de fortaleza del Señor
para que por él surja la creación renovada:
el Reino de Schoenstatt, nación de Dios,
que se asemeja a la eterna Ciudad de Sión,
donde triunfa el amor
y reinan siempre la justicia y la verdad. (HP 29)

O bien

Lo que exija el Reino de Schoenstatt,
al que me he consagrado por entero,
será para mí como deseo y mandato
al cual someta todo. (HP 153)

Pilares fundamentales del orden social cristiano

Como pilares fundamentales de este reino se alaba a la verdad, la justicia y el amor:

Conoces aquella tierra, ciudad de Dios,
que el Señor se ha construido:
donde reina la veracidad,
y la verdad domina todo y sobre todo triunfa;
donde las santas normas de la justicia
determinan lo que se hace y lo que se evita;

donde el amor une
 los corazones y los espíritus,
 y el Señor y Maestro empuña el cetro? (HP 604)

O bien

Siempre allí reinen amor,
 verdad y justicia,
 y esa unión que no masifica,
 que no conduce al espíritu de esclavo. (HP 496)

Estos son los tres fundamentos del orden social cristiano, tal como los expone Pío XII en su encíclica. Pero también determinan, tal como lo expusimos anteriormente, en su vinculación armónica a la sabiduría de conducción divina, mediante la *providentia generalis et specialis*.

Todo gobierno humano debe ser medido con estas medidas. Todo gobierno humano debe reflejar, aunque de manera reducida, la correcta relación entre verdad, justicia y amor, tal como Dios nos lo anticipa en su providencia general y especial.

El pensamiento de san Gregorio, escrito para reconocer la maestría divina, puede valer para cada imitación apropiada. Dice que la providencia de Dios alcanza tanto a un alma como a toda una ciudad, a toda una ciudad como a una nación; a una nación como a la humanidad entera; pero de tal manera, que El atiende a cada uno individualmente como si no tuviera que preocuparse de otra cosa y, a la vez, atiende a todos en conjunto de tal manera como si El no se preocupara por cada uno.”

En la práctica, siempre estaremos lejísimos del ideal. Pero esto no ha de impedirnos de esforzarnos una y otra vez por este ideal. De otra forma, pronto tendríamos que cantarle un responso a la Familia. Hoy en día es muy difícil gobernar una familia natural, con su restringido radio de acción. Cuánto más difícil será mantener unido a nuestro múltiple y extenso organismo, sin sabiduría de gobierno, y hacerlo capaz vitalmente y aguerrido para llevarlo al campo de acción: *pulchra ut luna, electa ut sol, terribilis ut castrorum acies ordinata...* Sin una vinculación maestra entre *providentia generalis et specialis* no es ni siquiera posible asegurar la convivencia pacífica de las directivas de los diversos Institutos en la Central, ni de planificar impecablemente la ocupación de nuestras casas por peregrinos y por asistentes a jornadas. Y qué difícil es, en cada caso particular, constatar y realizar lo que pide y exige la *providentia generalis*, con sus directivas adecuadas al orden de ser, en manos a la vez firmes y bondadosas, y lo que exige la *providentia specialis* con su interés cálido y personal por el bienestar de cada persona. Además, cuándo prima el derecho y la justicia y cuándo el amor; y cuándo el amor amplio, general, y cuándo el amor especial, individual... Todo esto no puede fijarse de antemano, en forma valedera.

Pío XII, con intuición de las penurias del tiempo actual y en pleno conocimiento de sus necesidades, escogió como su lema de pontificado: *Opus iustitiae est pax*. La paz es obra de la justicia. No se habla, en forma intencional, del amor, el que está implícitamente supuesto e incluido. Pero no es mencionado, para no opacar la extraordinaria importancia de la justicia para la solución de los problemas contemporáneos y para el gobierno del mundo.

Dos fuerzas elementales e impulsoras

En realidad, hay dos fuerzas elementales impulsoras y activas que, en la época moderna, mueven a los hombres, tanto individuos como comunidades, como nación y naciones, como habitantes de continentes y ciudadanos del mundo, y que los mantienen en movimiento constante y determinan fundamentalmente todas las corrientes dignas de mención. Son la tendencia a la justicia social y al universalismo amplio (globalización).

Las dos han encontrado una forma concreta en el comunismo. Este debe su fuerza al hecho de haber captado profundos anhelos del alma moderna y haberles dado una respuesta, lamentablemente equivocada y desviada.

Sería digno de un estudio especial, demostrar en particular cómo Schoenstatt, desde un comienzo, con una concepción creadora encomiable, captó y cultivó cuidadosamente ambas fuerzas impulsoras con un sello específicamente católico, cómo las unió a grandes ideas directrices y que, por consiguiente, se ha conquistado un lugar destacado en el suceso mundial.

Se trata aquí, en especial, de la justicia social. Desde León XIII, la Iglesia actual ha representado con gran calidez esta idea. Dado que el eco de ella en la totalidad de los creyentes no fue ni es como debiera ser, tal vez Dios ha permitido la marcha victoriosa sin igual del colectivismo. Por esto, tenemos que tener un oído más fino para el lenguaje de Dios en los tiempos, y tenemos que aprender a dar una respuesta clara y valiente, aunque tengamos que romper con conceptos y derechos especiales muy queridos. Es conocido de todos la fuerza con que Pío XII manifiesta, casi en toda ocasión, la cuestión de la justicia social.

Por tal razón, el P. Lombardi, en el artículo mencionado, en el que exige una organización total sistemática de los valores católicos, está describiendo, con eso, una exigencia concreta de la justicia social. Quien está acostumbrado a interpretar las voces del tiempo como voces de Dios, pone especial cuidado y acento en el cultivo de la justicia social, guiado por la imitación de la divina providencia en su manera de gobierno en relación a las diversas agrupaciones. Pero se siente también justificado y obligado, por interés en la salvación del orden social zarandeado, a rechazar, con prudencia y tacto, pero también con fuerza y valentía, sea del lado que provengan, las faltas a la verdad y la justicia, faltas que manchan a la comunidad propia. Si no hace esto, le caen encima las severas palabras de Pío XI, en su encíclica *Quadragesimo anno*: “Una condena más severa que el comunismo merece la liviandad de aquellos que, despreocupados de todo, permiten que subsistan situaciones que proporcionan un suelo feraz y propicio para un descontento justificado y que, de esta manera, abren paso a la revolución mundial iniciada. En uno como en otro caso, es decir, evitando o rechazando la injusticia, atrae sobre sí y sobre su comunidad la benevolencia de Dios, y realiza un fecundo trabajo de construcción.”

Por lo demás, debe estar consciente de que los antiguos romanos tenían razón con su axioma: *summum ius summa iniura*. Aquél que quiere hacer siempre sólo justicia, cometerá una injusticia. La justicia debe estar en alianza indisoluble con la verdad y el amor, tal como lo experimentamos en la imagen ideal de la *providentia generalis et specialis*. Sólo entonces se podrá hablar de verdadera sabiduría y verdadero arte de gobernar. Si se hace la comparación con una red, las cuerdas son la justicia, y los espacios intermedios son el amor. Al igual que en Dios, en su semejanza también deben estar la justicia y la verdad al

servicio del amor. El amor no sólo la ley fundamental del mundo; también es la ley de gobierno del mundo. En todo caso, la advertencia de Kolping tiene que ser respetada y seguida siempre: No hay verdadero amor sin justicia y no hay verdadera justicia sin amor.

Schoenstatt y la renovación religioso-moral del tiempo

Es una convicción general, corriente en nuestra Familia, el haber surgido de una exigencia del tiempo y de ser llamados a dar respuesta a las carencias y necesidades del tiempo. Con esto se ilumina nuestro destacado sentido por corrientes y cuestiones de nuestro tiempo, por el espíritu del tiempo y los tiempos del espíritu, brevemente por las voces del tiempo, siendo intérpretes de la voluntad divina que promueve o rechaza. Quien quiera entender o escribir la historia del espíritu de Schoenstatt, tiene que tener estos hechos ante sí. De otro modo, no comprenderá la movilidad que constatará por todas partes. Una movilidad que se acomoda con sentida destreza al hábito del tiempo y que se manifiesta en el cambio de la formulación de la imagen formal o de la figura ideal. No es que la finalidad propia sea cambiada, ha sido y es, desde sus comienzos, la misma. Sólo se cambia la manera de formularla. Se lo hace en el sentido de captar cada vez el punto de vista apropiado y de hacer consciente lo que se demuestra como deseo de Dios y que despierta nuevas fuerzas. Así, la forma fundamental original permanece siempre la misma. Ella nos dice: Como obra e instrumentos escogidos, en mano de nuestra Madre y Reina tres veces admirable de Schoenstatt (es decir, en tanto cuanto ella ha puesto su trono aquí en nuestro santuario y desde aquí quiere hacer surgir y dirigir un movimiento de renovación mundial) queremos entregarnos sin reservas ni descanso a la renovación religioso-moral del mundo desde Schoenstatt.

Tómese conciencia de la forma concreta que ha adoptado aquí el espíritu comunitario apostólico mariano y determínese específicamente cada elemento individual. Pero recuérdese también el tiempo aquel (1912-1922) que estaba fuertemente orientado por lo ético, y entiéndase por qué se acentúa tanto la renovación religioso moral del mundo. La época siguiente, que trajo el florecimiento del movimiento de juventudes y de la corriente litúrgica, que hizo surgir nuevamente y conquistó la total realidad de la filiación divina y de la membresía en Cristo, hizo que desde Schoenstatt, bajo esta influencia habláramos de la transformación mariana del mundo en Cristo.

El tiempo del nazismo, con sus pensamientos del mito y del reino, nos regaló la idea del reino de Schoenstatt y la expresión “misterio de Schoenstatt”. Los años siguientes, con el avance del colectivismo y su visión de futuro, dieron a nuestra finalidad la forma de “visión de Schoenstatt”. Inmutable permaneció siempre la expresión: “Obra e instrumento escogido en manos de la Mater Ter Admirabilis”, como centro del círculo. También la circunferencia o periferia fue siempre la misma. Sólo se cambiaron los colores, según los puso el tiempo. Pero en todo iluminaba el espíritu comunitario apostólico mariano. Hoy día llamamos a Schoenstatt una obra e instrumento escogido en mano de la Mater Ter Admirabilis, para llevar a las nuevas playas al mundo y a la Iglesia, en nombre y en el ámbito de la Iglesia, y ayudar a anclarlos allí.

Con esto estamos captando las corrientes intra- y extraeclesiales, nos dejamos llevar por ellas y las llevamos, sin que en lo absoluto nos neguemos a nosotros mismos, sin perdernos ni dejarnos arrastrar. En esta forma, continuamos vigilantes, receptivos y dúctiles, seguimos

combativos y seguros de la victoria. El espíritu del tiempo y los tiempos del espíritu han apadrinado, a su manera, esta formulación y han formado creativamente su contenido. El espíritu del tiempo, es decir, las corrientes positivas y nobles vivas hoy, nos han dado una respuesta a la deseuropeización y desterritorialización del cristianismo en parte con su raigambre fuertemente metafísica, en parte con su creciente formación de personalidades y de familias. Los tiempos del espíritu, tal como se han encarnado en el colectivismo, en sus diversas caracterizaciones, y que se manifiesta en la primitivización de la personalidad y en la desintegración mecanicista del orden social, nos muestran bajo una nueva luz la ingenuidad o filialidad y el estar interior en, con y para el otro, y nos llevan a romper una lanza por éstos en la vida y en la doctrina y a dar fiel testimonio de ellos.

22. De Pláticas en Milwaukee, 1952 - 1962

En textos escritos en Milwaukee, el P. Kentenich señala el organismo de vinculaciones como punto arquimédico para aproximarse a una solución satisfactoria de los vitales problemas modernos y actuales problemas sociales.

Importancia del organismo de vinculaciones

Con esta constatación se conecta el pensamiento del organismo o la doctrina del organismo. Las expresiones mismas muestran y dicen suficientemente de qué se trata. Si se quiere reducir a un denominador común que caracterice lo que bulle y burbujea en las corrientes espirituales actuales, lo mejor es denominarlo una crisis de vida.

Los lazos vitales están en todas partes cortados y desgarrados; están desligados; están arrancados de la totalidad orgánica querida por Dios. Por eso se habla en todas partes del desarraigo y desvinculación, de la falta de hogar y de la inseguridad o de la incapacidad de contacto del hombre moderno. De ahí el lema de la separación entre naturaleza y gracia, entre idea y vida, entre cabeza, corazón y voluntad.

¿Qué está más a la mano que la palabra clave: espiritualidad y forma de vida mecanicista debe ser superada por una espiritualidad y conformación orgánica de la vida. O bien, la falta total de vinculaciones debe ser reemplazada por una gran plenitud, fortaleza e interioridad de las vinculaciones.

Dicho de otra manera, de ahí la fórmula salvadora y liberadora que promete señalar el camino para salir del caos del desorden espiritual actual hacia la unidad: doctrina de la vinculación o del organismo en la forma de una teología, filosofía, psicología y pedagogía de vinculación.

La doctrina de la vinculación, como nosotros la entendemos y procuramos realizar, transfiere al campo pedagógico y psicológico las conquistas seguras de la concepción platónica y aristotélica, como fueron cristianizadas por san Agustín y santo Tomás y como han sido complementadas posteriormente hasta nuestros días.

A quien comprende lo que significa esa fórmula, no le es difícil comprobar cómo nuestra doctrina de la vinculación es capaz no sólo de elaborar sino también de anticipar creadoramente los resultados de la psicología profunda y de la psicoterapia moderna. Le será también inmediatamente claro qué caminos señala para vencer las modernas concepciones mecanicistas protestantizantes, idealistas y bolchevistas, y cómo puede oponer al imperialismo moderno el sano personalismo cristiano y al colectivismo, el solidarismo.

Cuán exactamente se capta con esto una de mis preocupaciones principales de la acción (iniciada) en la publicidad de la Iglesia.

Teoría y práctica de una moderna doctrina del organismo

Con esto nombramos nuevamente la clave que es capaz de abrirnos la comprensión de las crisis vitales modernas.

Repetimos también la fórmula a la cual creemos se pueden reducir todos los intentos útiles de solución. Consideramos con ello la palabra mágica y la palabra clave que permite penetrar más profundamente todos los problemas y encontrar una clara indicación para su clarificación.

Con ella destacamos (teniendo presente el cristianismo primitivo y la Edad Media y la misión de san Agustín y santo Tomás) el común denominador que atraviesa todos los problemas modernos y que simplifica tanto su confusa problemática como su solución, sin por eso violentar los procesos.

En resumen, tocamos el “*ceterum censeo*” que debía estar al centro de toda la discusión y que aún, desgraciadamente, ha quedado fuera de consideración en lo esencial.

23. De Plática en Milwaukee - 1963

El P. Kentenich, se extiende sobre la crisis de la masculinidad y habla de la paternidad, autoridad y fuerza creadora del hombre.

Las tendencias actuales de desintegración

Ustedes podrán llegar a percibir, desde este trasfondo, cuán necesaria es la imagen del padre, justamente hoy, frente a la gran confusión tanto en el gobierno como en el acontecer del mundo. Analicen, además, cómo la humanidad actual se debate prácticamente entre una esclavitud y otra, arrastrada por los caprichos de los dictadores. Así comprenderán muy bien con qué fuerza deberá ahora irradiarse la persona del Padre Dios a través de una corriente de vida espiritual y religiosa que se introduzca en la Iglesia. De lo contrario, no saldremos nunca del sentimiento de inferioridad, de un enigma insoluble.

Ya que la humanidad actual ha fracasado tanto, por no querer mirar en el rostro de Dios, él, a causa de los horribles vivencias, se acomoda en sus conducciones, debido a la ley de la adaptación al mundo, a las necesidades del tiempo y del individuo.

Si tenemos la necesidad de elevar nuestro grito a Dios en medio de la confusión, y de la presión elemental de la vida actual, entonces está claro: la respuesta a ese sentimiento de angustia debe ser siempre la imagen del Padre.

Es necesario un hombre nuevo

Debemos agregar en segundo lugar: las tendencias de desintegración en la humanidad actual tienden en todas partes a progresar fuertemente.. Ustedes saben que nuestras afirmaciones sobre las tendencias de desintegración son muchas veces tipificaciones. Tan crudamente como nosotros las exponemos no existen aún. Pero la evolución va en esa dirección. Esto quiere decir que los lazos sobrenaturales e la Familia, en todo el organismo vital, van a ser más y más cortados. Según la ley normal de asociación con ello hemos conmovido el fundamento que explica el por qué ha sido destruida la imagen de Dios como Padre. La falta de vivencias filiales o la falta de vivencias del padre, en el campo natural, explican la desaparición de las vivencias sobrenaturales en relación al padre Dios. Nuevamente la ley de adaptación al mundo nos deja comprender mejor por qué debemos poner al Padre Dios mucho más fuertemente en primer plano.

Si consideramos cómo se desarrolla la cultura actual y cómo parece evolucionar, entonces debemos decir: en toda la línea pareciera que se ha iniciado un cambio estructural de la naturaleza humana. Por eso también el grito: ¡Es necesario un hombre nuevo!

El hombre, tal como hoy existe, tal como va a ser conformado por la cultura y la técnica, y tal como él mismo ha conformado a la técnica, está siempre en peligro de cambiar su estructura esencial, de perder su estructura de ser; está siempre en peligro de transformar lo eterno que está en su naturaleza de tal modo que cada día toma más cuerpo una cierta confusión en el mismo orden de ser. Y si un grito de angustia recorre los pueblos, un grito de temor, entonces deberemos relacionarlo, considerado desde n punto de vista meramente

exterior, con la tendencia a la revolución existente en toda la humanidad actual. Pero esta revolución exterior, si miramos más profundamente, tiene su fundamento en el intento de una revolución en el orden de ser. El cambio interior en la imagen de la sociedad hace temblar interiormente a los individuos. Es un sentimiento instintivo: mi ser está en peligro.

Revolución del orden de ser

¿Es posible llevar a cabo una revolución del orden de ser? El intento es evidentemente posible. ¡Hasta qué punto podrá esta salir airosa!, es otra cosa. Si la esencia del hombre y de la sociedad humana hubiese permanecido en el orden conformado según Dios, entonces podría ciertamente una revolución exterior causar una confusión entre los hombres; pero esa angustia interna, ese miedo que alcanza su cumbre máxima, no sería posible de aclarar. Si la naturaleza estuviese encauzada en el orden de ser querido por Dios, tendría un punto de reposo. Por eso debemos solamente cuidar que nuestro ser, nuestra existencia esté conformada según el orden querido por Dios. (págs 6-7)

24. De *Desiderio Desideravi* - 1963

Necesidad de contar con políticos y economistas importantes

Y también cuando se trata de encontrar allí vocaciones. Tenemos que tratar realmente de encontrar una elite. ¿Qué es lo significa esto? Tendría que ser algo normal, digámoslo aplicado a las condiciones de aquí, que hombres nuestros tendrían que llevar la batuta (tocar el primer violín) en la política. Si bien es cierto que esto no ocurrirá de la noche a la mañana. Y también en la economía. Aunque no se trata como si quisiéramos decir: Sí, nuestro Dios alaba la pobreza, por tanto busquemos a los pobres. Ciertamente, los buscamos. ¡Pero nosotros debemos tenerlo todo! Debemos tratar de penetrar toda la cultura.

La misión de Moisés

Moisés, nuestro pobre Moisés, allí está, allí, sentado. ¿Qué debe hacer ahora? Seguro, el Señor lo ha conducido de manera muy peculiar, aunque vale la pena examinar la propia vocación en su vocación. Normalmente, a manera de los psicólogos modernos que así se expresan con gusto, diríamos: Identificación con el pueblo esclavizado. Se identificaba, pues procedía del pueblo esclavizado. Tienen que representárselo de esta manera: José había muerto. También había muerto el rey que había elevado a José y que le había otorgado influencia. Llegaba un nuevo rey. Y entre tanto, basados en lo que nos narra la Sagrada Escritura (cf Ex 1,6-22), tenemos que decir que el pueblo israelita se amplió y multiplico vertiginosamente. Tienen que imaginarse la situación de aquellos entonces: los estados no eran tan compactos como hoy en día; había tribus por aquí y por allá y duraba muchísimo hasta que se cohesionaban en un verdadero pueblo. Y, claro está, observaban cómo se multiplicaba Israel. Por tanto, el látigo tenía que ayudar, ya que los regentes temían que si así se desarrollaban, y si surgían enemigos contra Egipto, contra el pueblo y la tierra egipcia, era de temer que se dieran vuelta contra ellos. O bien, temían que si así continuaba el desarrollo, adquirirían una tremenda influencia. Y por eso, lo que tales príncipes o pueblos practican con gusto: Aplicar el látigo y convertir a ese pueblo en un pueblo de esclavos. El pueblo tenía que ser oprimido. No sólo mantenido como esclavo, sino que, ya que el temor de que creciera excesivamente era muy grande, ganaba a los ojos de todos el mandato de : ¡Muerte a todos los muchachos varones! Las muchachas, sí, pueden abundar, aun en razón de satisfacer los apetitos del propio pueblo. Las muchachas no pueden dañarnos mucho...

Un pueblo esclavizado

Al examinar la situación ahora, cuando pensamos en nuestra misión, ¿no creen que también hoy existe como telón de fondo un mundo esclavizado? ¿Cómo se muestra este mundo esclavizado? En parte, igual que otrora, ¿no es cierto?, si es que pensamos en el bolchevismo. Pero más allá que eso, un mundo esclavizado. Creo que tenemos que mostrar el reverso de la medalla. Moisés entra a la historia como el genio de un héroe de la libertad, el genio de un luchador libertario. Tienen que revisar esto. Piensen en el pueblo esclavizado. Y justo ahora un hombre, que hasta era buscado porque era tenido por asesino, recibe la tarea de sacar de la esclavitud a este pueblo, de hacer de este pueblo esclavo un pueblo libre. Y este hombre, el héroe de la libertad, con una acentuada misión libertaria,

debe mover a este pueblo, sacarlo de la tierra de esclavitud, llevarlo al desierto y conquistar la tierra de libertad y ocupar y poseer esta tierra de libertad.

El hombre nuevo, el hombre libre

Ahora tengo que dar un poco fuerte marcha atrás. Ustedes mismos, no sé desde hace cuánto tiempo, en todo caso desde el último año, han tomado con fuerza la idea de la libertad, la idea de la lucha por la libertad, más aún, del luchador por la libertad, del héroe de la libertad. Y es cierto que ustedes han extraído del proceso de vida, del suelo de nuestra Familia, una semillita que había sido enterrada allí desde los comienzos. Basta con que piensen en el acta de profundación. ¡Cuán a menudo lo hemos repetido! Y ahora lo repito intencionalmente en el contexto de Moisés, para que vean toda la magnitud de nuestra tarea y no se queden colgando en cosas pequeñas.

Recuerden el Acta de Profundación: ¿Cómo presentamos allí al hombre nuevo? Queremos y debemos ser hombres acentuadamente libres. Cierto, ¿y cómo aparece esta libertad? La hemos bosquejado muy a menudo. Dicho muy en general: Libres de todo lo no divino y de lo antidivino, para estar perfectamente libres para Dios y todo lo divino. La libertad, por tanto, ha sido situada en una mayor altura. Ustedes pueden notar y ver siempre en el trasfondo que, en todas estas cosas, nos hemos anticipado a los tiempos. En aquel entonces, cuando decíamos aquello, no se conocía la esclavitud masificada en la forma tan acentuada como fue realizada por los dictadores casi como una cosa evidente en la estructura del mundo, en los procesos vitales. Pero ya en ese entonces, libertad, libertad. Y de una u otra manera ha surgido al correr los años.

El pensamiento libertario en medio de la cultura de antaño. También si se trata de los vínculos obligatorios de la obediencia, ello deben ser expresión de la libertad. No deben ser expresión de esclavitud. ¡Libertad! Y la humanidad actual, ¿de qué manera ha sido atada, encadenada por ataduras de esclavitud! Por lo menos, en los países que viven bajo dictadores. Aparte de eso, también hay que ver cuán fuertes son las ataduras con que todo lo material ha envuelto a la sociedad actual. ¡Cuánta esclavitud, cuánto esclavizarse frente a las costumbres! Prácticamente, esto es: Masificación de la humanidad. Por un lado, pues, el hombre masa, esto es, la esclavitud, el pueblo israelita, ¿no es así?, sumido en ataduras.

¿Y qué es lo que nosotros queremos? No dejen de verlo jamás: Luchadores por la libertad, para conquistar una tierra de libertad para la sociedad humana actual, sobre todo, para la Iglesia de Dios en la tierra. Libertad.

Dios preparó y educó a Moisés para liberar a su pueblo

Es cierto, también debieran estudiar cómo Dios preparó a Moisés. Este tenía que apropiarse de la cultura de la capa dirigente de aquel entonces. Por eso Dios dispuso todo tan bien, que él, que estaba condenado a morir, fue salvado y llegó hasta la corte real, hasta el faraón. Pero ahora debemos agregar lo que decimos en el sentido de la psicología moderna: Porque era del pueblo oprimido y tenía su misma sangre, aunque viviera en los estratos superiores, y allí actuara, viviera y fuera educado, bastaba que volviese a tener contacto con el pueblo oprimido y se verificaba de inmediato su identificación con el pueblo oprimido. Identificación con el pueblo, al que debía liberar. Lo arrebató la ira al ver que se maltrata a alguien de su pueblo, va y mata al egipcio. Identificación.

Ahora viene un segundo aspecto: Identificación con Dios. Permítanme que me quede en las expresiones, a pesar que o tal vez precisamente porque son modernas. ¿Qué necesitaba Moisés para realizar una obra tan gigantesca, como educar a su pueblo, devenido tan numeroso, y educarlo también para la libertad? Sí, ¿qué necesitaba Dios en esto? Una vocación, un llamado. Moisés tenía que interiorizar, que gustar la identificación con Dios, junto con la identificación con el pueblo esclavizado.

Ser un nuevo Moisés para nuestro tiempo

Si se trata del apóstol de la libertad, de un reino de libertad, tenemos suficientes puntos de contacto en la propia familia, en la propia alma. Hoy de mañana, hemos destacado por lo menos en rasgos generales, las semejanzas aquí y allá. Y queremos mantenerlas firmemente.

Ya que hemos entrado a una nueva época, que hemos comenzado la época novísima, y que la humanidad entera está tan convulsionada, tenemos que contar por largo tiempo, si no hasta el fin de los tiempos, con los más grandes peligros para una libertad originalmente sana. Y vale el doble, si pensamos en las empresas bolchevistas, es decir, si sabemos cuán grande es actualmente el influjo del bolchevismo en el mundo entero. De inmediato nos viene el pensamiento de actuar como Moisés, de sacar al mundo de su esclavitud en una dirección, pero también de sacarlo de la esclavitud de los países occidentales. También en ellos hay esclavitud, que aunque no sea tan brutal, sin embargo la hay. Vean qué gran tarea es esta, la de erigir efectivamente un reino de libertad, de la verdadera libertad, de la libertad de los hijos de Dios. Y nosotros, creemos poder decirlo, nosotros estamos llamados a actuar como Moisés, a ser héroes de la libertad, apóstoles de la libertad, genios de la libertad, reyes de la libertad.

La Santísima Virgen, revolucionaria del amor

Cuando hablo aquí de la alianza de amor con la santísima Virgen, pienso que debiera destacar que aquí vemos a la santísima Virgen no de una manera fuertemente reflexiva. Y no excluyo ni dejo de ver en mí este gran rasgo. Hablamos de Moisés, ¿no es cierto? Quisiera iluminarlo con este otro pensamiento, pues así es, más tarde, más accesible y más penetrante. La santísima Virgen es también propiamente un revolucionario a ultranza, tal como Moisés era un revolucionario. Pero, repitiendo, un revolucionario para la libertad de Dios, para los planes de Dios.

El poder revolucionario del Magnificat

Lo que el bolchevismo se ha apropiado, no es nada más que la realización correspondiente, aunque de forma tal vez demasiado arbitraria, de una frase dicha por la Santísima Virgen en el Magnificat: *Et exaltavit humiles* (Lc 1,52) ¿Comprenden lo que quiero decir? *Et exaltavit humiles!* Los humildes. Ellos quieren a los de situación más baja, a los pobres, y quieren la elevación del estado de pobreza, de los humildes.

Compruébenlo una vez más. He traído a colación el Magnificat muy a propósito para releer todo de nuevo, en su núcleo central. Todo lo revolucionario que quiere el bolchevismo, lo ha querido también la santísima Virgen, pero respecto a Dios. El bolchevismo aplica lo que la Santísima Virgen anuncia y predica, también el valer del mundo, aunque aplicado a Dios,

Esta es exactamente la revolución que procede de nosotros, ya que en esta dirección somos extremadamente marianos. Esta es la revolución por causa de Dios y, hay que decirlo, por causa de Dios y del prójimo, por amor a Dios y al prójimo. Y todo esto debe ser entendido como el fundamento de toda revolución, también si se trata de cuestiones económicas o técnicas. Tal como es siempre en lo nuestro: Buscamos primero al hombre...

Vean como suena ahora el Magnificat (Lc 1,46-55) “Engrandece mi alma al Señor”. Todo gira en torno a Dios. Tienen, eso sí, que pensar siempre en :el Dios de Abraham, de Isaac, y de Jacob. Es el Dios de una tribu, que se ha impuesto paulatinamente, también en la forma de: “No tendrás otros dioses junto a mí” (Ex 20,3) ¡Cómo suena esto con este trasfondo! Gira, por tanto, sólo en torno a Dios. “Engrandece mi alma al Señor, y mi espíritu se alegra en Dios, mi salvador”. Con esto comienza el desequilibrio del orden, del orden humano normal. Será siempre la alabanza para lo humilde y una cierta desconfianza para lo que está y procede del trono. Revolución, ¿no es así? Esta es la revolución , que realiza el bolchevismo.

Creo que es arriesgado decirlo, pero quiero decirlo .¿Acaso lo entenderán? El sicólogo moderno, en especial el sicólogo que se ocupa preferentemente con el subconsciente, y que trabaja con arquetipos, en los cuales hay algo de verdadero, se inclinan a preguntarse qué hay subyacente en el pueblo judío. Se afirma que el pueblo judío había sido un pueblo esclavizado, lo que en sí es cierto. Y algo de esta mentalidad de esclavo y de la tendencia a la sobrecompensación le ha quedado siempre al pueblo judío. Ciertamente que a esto hay que contestar, que el pueblo de esclavos llegó a ser un pueblo liberado. Y este pueblo liberado puede tener algo en sí, en su subconsciente, de esta tendencia a implantar revoluciones, a dar vuelta las situaciones, en especial a rechazar el yugo de la esclavitud. Ciertamente, se lo puede interpretar así, y algo de cierto habrá en ello, si esto de la esclavitud en Egipto se la transfiere a la mentalidad de Marx , y se lo identifica con todos los que están esclavizados. Naturalmente, las cosas son supratemporales.

La revolución del amor a Dios y al prójimo

Es decir, como ven, es exactamente lo que la santísima Virgen anuncia. Ellos cogen esto y lo aplican a la esfera puramente material, económica. Y la santísima Virgen ha dicho esto, en primer lugar, en forma general, y en su núcleo en la relación fundamental con Dios y con el prójimo. Y al participar en esta revolución, tal como está manifiesta aquí, y si conocemos la ley de la naturaleza y la gracia, y si tenemos presente nuestra misión futura, tendrán que decirse que si nos resulta realizar el ejemplo de la santísima Virgen y hacer de su misión nuestra misión en las relaciones con Dios y los hombres, entonces surgirá de nuestros círculos un ejército de personas que aplicarán estas cuestiones a las cuestiones más populares de nuestro tiempo, a la economía, a la técnica, a la relación entre lo superior y lo inferior. Creo que no necesito decir más sobre esto. Si leen esto y lo aplican y lo interpretan, comprenderán mejor lo que se quiere decir. Tienen que ver siempre: Revolución. Lo de más abajo sube arriba, y lo que está arriba es tirado para abajo. ¿Qué es esto? ¡No se quiere clase dominante! Clase dominante! Todos somos iguales, ante Dios somos iguales todos. No hay opresión. Ante Dios somos iguales. O sea, visto primeramente en sentido religioso, ¿vale? Deben fijarse, que en esto también lo interpretamos psicológicamente. Es un instinto femenino primitivamente sano el que esto expresa. Dando por supuesto, naturalmente, que también Dios habla a través de él.

El Magnificat, respuesta a las cuestiones sociales

En segundo lugar, no queremos pasar por alto que el Magnificat en sí, en parte, es una versión prístina (repristinatio) de lo que dice el Antiguo Testamento. Se puede constatar fácilmente de donde proviene tal pensamiento o formulación (Sam 2,1-10; S 110,9; S 131,17; 105,10; Míq 7,20; Mal 3,1; Is 42,25; Jer 31,34; Is 9,1) Pero es a la vez una nueva inspiración de arriba, una nueva acentuación de aquello que Dios quiere en su orden salvífico, en la historia de la redención.

“Desde ahora, me llamarán bienaventurada todas las generaciones” Es el universalismo patente. ¿De qué revolución se trata? Es una revolución mundial. No es tan sólo, como se podría opinar a la ligera, que se trata de las generaciones que continuaban el pueblo israelita. No, se trata de todas las generaciones. Es decir, no tan sólo se trata de que Dios es y sigue siendo el Dios del pequeño pueblo, el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob. No y no, es una revolución mundial. Todo gira, en último término, todo el mundo debe girar en

“Cosas grandes ha hecho en mí”, y va *in crescendo* siempre, “ha hecho en mí, el que es poderoso y cuyo nombre es santo.” Ahora vienen la grandes cualidades del Dios vivo, del Dios de Israel, pero también del Dios que lo es de todo el mundo y de toda la humanidad. El Poderoso, ¿qué hace? Está allí ¿y qué hace? “A los poderosos abaja del trono” El hace eso. “Ensalza a los humildes” ¿Qué es esto? Libertad, igualdad, fraternidad, pero con sentido totalmente distinto. No, en todo caso, como si a causa de esto todo el ordenamiento, también el orden humano de alto y bajo, fuera volcado y dado vuelta. Son cuestiones que podremos analizar más adelante. “Cuya misericordia cuida de generación en generación a los que le temen. Cuyo brazo poderoso derriba a los de orgulloso corazón.” El, el Dios presente, es quien hace esto, ¿vale? No sólo que está sino el que es. “Elevó a los pobres y sació a los hambrientos y a los ricos desposeyó.”

¿Acaso no es esto una revolución? Hemos dejado de verlo como tal. Y nosotros hemos elevado al trono a la santísima Virgen como la revolucionaria, como la ayudante permanente. ¿Qué significa esto? No es sólo la amable Señora y Madre, sino ¿de quién se trata? Es la figura grandiosa de una mujer que ayuda a Dios como ayudante permanente. Propiamente el gran revolucionario es Cristo, ¿no es cierto? Y ella está junto a él. Así tenemos que entender a la Santísima Virgen en todas las cosas, en todas las situaciones de la vida.

Luego que lean la carta (Carta para el 20 de mayo 1948), entenderán mucho mejor lo que allá se enuncia brevemente. En ella se contrasta la revolución bolchevista con nuestra revolución, también en sus particularidades. No quiero repetirlo ahora. Pienso que hay mucho material para que lo discutan entre ustedes. Sólo tienen que acentuar científicamente, que se trata de lo mismo que en la Santísima Virgen, como en el Magnificat. Es un cántico revolucionario, ¿no es así? Se trata en esto de realizar la revolución frente a Dios. Dios y el hombre enfrentados, pero en el campo de lo religioso. Es el girar en torno a Dios, en Dios y por Dios y por el prójimo. Hay que aplicar todas las grandes leyes y conocimientos, que hemos expresado aquí. Pero que también deben derivarse otras cuestiones de aquí, tal como lo pensamos, eso lo concluyen ustedes, de acuerdo a lo consecuente que somos en insistir siempre: *Ordo essendi est ordo agendi*.

Educar líderes que lleven a cabo esta revolución

Nos referimos a los hombres , a los que debemos educar a su adultez, y que sean directivos en todos los terrenos. Si miramos, por ejemplo, hacia los jesuitas y vemos que tienen personas que son expertas en lo social-político o en lo jurídico, así también nosotros debiéramos tener hombres en todos los ámbitos, debiera ser para nosotros también una tarea. O sea, no quedarnos en un rinconcito. Claro está, desde el punto de vista de los humildes, es decir, de mentalidad humilde. Pero, en último término, si Dios quiere algo, significa que nos lanzamos al mar de Dios y nos dejamos conducir por Dios. Pero Dios es siempre el centro y está en el centro, es el alfa y omega.

Moisés, el gran líder en el Antiguo Testamento

Moisés es simplemente la figura de jefe más grande de la historia veterotestamentaria. Busquen otras figuras de jefes. Piensen en Abraham, en Josué o en quien quieran. Todo estará incluido en la afirmación de que Moisés es la figura de jefe mayor. Si quieren analizarlo en particular, creo que debiéramos poner en relieve que él ha sido un héroe libertario de primer orden. Tienen que reflexionar en lo que significa lo siguiente: Se trata de un pueblo esclavizado, que ha servido en esclavitud no sé cuánto tiempo, que ha soportado el yugo de la esclavitud, que , por lo mismo, tal como podemos y debemos aceptar como cosa natural, tiene como propia una actitud servil y que a un pueblo tal, ni siquiera al individuo, sino que a todo ese pueblo lo convierte en un pueblo libre. Y un pueblo libre no tan sólo de cadenas de esclavitud, lo que ya en sí es difícil. No, también los convierte en hombres interiormente libres.

Era un pueblo de esclavos, que estaba acostumbrado a dejarse maltratar con tal de tener lo suficiente de comer; que, por lo mismo, cuando Moisés quería hacer de ellos un pueblo libre, sólo añoraba las ollas de carne de su tiempo en Egipto y aceptaba con ellas todas las limitaciones en la libertad y todas las atrocidades. ¡Salvar a todo un pueblo! Y no sólo esto. Sino que aunar a todo un pueblo, es decir, soldar todas las partes separadas en un solo pueblo. Por eso tienen que representarse a Moisés no sólo como un héroe de la libertad, como un luchador de la libertad, como un genio de la libertad, sino que también como un héroe nacional. Amaba a su pueblo y, manifiestamente con un puño fuerte y bondadoso, tiene que haber fundido en un solo pueblo las partes divergentes y separatistas. Lo que era un no-pueblo terminó siendo un pueblo bajo su mano. Fácilmente podemos aplicar todo esto a nuestra misión...

Ayer reflexionábamos juntos el hecho que la Santísima Virgen se había apropiado de la disposición revolucionaria, aunque ahora decimos, de la mentalidad revolucionaria de Moisés, la cual queremos delimitarla ahora más exactamente. Podemos, por consiguiente, destacar, y debemos destacar, que ella se ubicaba tanto doctrinalmente, como en sus palabras y en su vida en forma plenamente teocrática.

Si quieren leer nuevamente el Magnificat, podrán o deberán probar primeramente cómo ella manifiesta el que Dios ha intervenido en su vida. Es la primera parte: en su vida. Con gusto pensamos en nosotros mismos: ¿Cómo ha intervenido Dios en nuestra vida? Y con gusto añadimos: mediante la Santísima Virgen. En último término, es Dios mismo.

En una segunda parte, se manifiestan las grandes leyes del reino de Dios, del Dios de la historia, podemos decir, las grandes leyes del Dios de la historia, que es también el Dios de su vida.

Y al ser utilizadas hoy en día progresivamente más y más cosas en la vida política, en la vida económica, tenemos que ver y escuchar en eso y de eso que es Dios vivo quien lleva las riendas. Dios está presente en todo. Es el Dios poderoso, el Dios bondadoso, el Dios sabio. El tiene las riendas en las manos. Y ante sus ojos se cierne siempre un fin, crear una sociedad antifeudalista.

¿Entienden ustedes por qué digo esto? Es la gran intención del tiempo actual, el quebrar el feudalismo. Es lo que le sucedió al pueblo israelita, que por elegirse un rey, por constituir la reyecía, cayeron en el tremendo peligro que de ello se derivó un sistema estatal feudalista.

¿Qué significa esto? Un estado de clases. Estado de clases, es decir, rivalidades entre las diferentes clases, más aún, diríamos, entre las castas. No pensamos, claro está, que no sea de acuerdo a la naturaleza, que donde se constituye un estado, una comunidad, no deba surgir una dirigencia viva. Pero debe ser una dirigencia cercana al pueblo, que crezca desde el pueblo.

El solidarismo

Es por esto que hablamos con agrado de un solidarismo. Son las grandes cuestiones que mueven a nuestro tiempo. No se si habrán leído lo que escribí en 1948, sobre la gran visión de futuro del bolchevismo. No debemos pasar por alto esta visión de futuro, meta y sentido de la historia: demoler el sistema de castas, mantener una cierta igualdad, libertad y fraternidad. Y en pleno sentido de la Virgen del Magnificat, lo debemos entender, en primer lugar, en la relación con Dios. Por consecuencia, frente a Dios, como creaturas, como hijos de Dios, como miembros de Cristo, somos todos iguales. Solidarismo.

Esta solidaridad se debiera demostrar, con el tiempo, entre pueblos y naciones, en cada comunidad.

Desde este punto, debiéramos considerar la tragedia que significó Constantino para la Iglesia. Y digo tragedia, por lo menos desde un punto de vista. ¿Cómo era la situación antes de él? ¿Podríamos decir que la Iglesia era más fuertemente democrática? Sí, sin que signifique que no tenía directiva, sino que era un fuerte sentimiento de pertenencia mutua, era solidarismo. Allí, el jefe, la clase dirigente, el sacerdocio, también el sumo sacerdocio tenía y mantenía estrecho contacto con la masa, con el pueblo. Y ahora, entonces, con Constantino, el sacerdocio, y, en especial, el episcopado, el obispo, es elevado y ensalzado a un estado especial. Por favor, entiendan que a lo mejor hubiera sucedido por sí solo, ya que donde hay una comunidad, hay dirigentes y éstos la representan. Nosotros siempre hemos hablado de una comunidad de jefes y de una comunidad de padres. ¡Pero en ningún caso deben representar a una casta aparte! ¡Cuánto ha dañado este hecho a la Iglesia en el correr de los siglos y de los milenios! Tenemos que entender que hoy, también en círculos católicos, se siente y se resiente que la Iglesia esté junto con estas castas superiores. La Iglesia se debe a esta institución. Hasta hace poco tiempo, nosotros teníamos en Baviera el hecho que los obispos, al ser nombrados, eran elevado al estado de la nobleza. Y, claro está, con ello estaban obligados también frente al estado.

Y ahora viene el gran salto. Es lo que el bolchevismo quiere, lo que impone el socialismo, lo que a nosotros apenas nos ha resultado. Sabemos ciertamente de solidaridad, conocemos las grandes ideas del cristianismo en esa dirección, pero la supresión de las castas, el acercamiento mutuo de las clases sociales, de las más altas, altas y bajas, prácticamente no nos ha resultado para nada. Aquí tiene validez la ley, conocida por nosotros, que san Agustín formulara así: *Utamur haereticis*. Es decir, tenemos que usar, que utilizar a los adversarios de la Iglesia. Ellos quieren simplemente lo que nosotros debiéramos, lo que no hemos logrado realizar. De por sí es una vergüenza, y debiéramos tener la fuerza vital suficiente desde dentro de la Iglesia como para resolver los problemas por un poder y un impulso interior. Pero no porque otros prendieron fuego a nuestra casa y casi se nos ha quemado!

Juan XXIII y la Iglesia familia

Veán, desde este punto de vista podemos arrojar un poco de luz a la acción del actual Papa (Juan XXIII). Hasta el bolchevismo reconoce el esfuerzo que él hace por cerrar la grieta entre las capas directivas de la jerarquía, o por lo menos disminuirla, y la grieta entre ésta y el pueblo. Se le agradece de manera especial. El Papa quería hasta suprimir el “Nosotros”; se ha sentado a comer junto con la gente, lo que antes no podía ni debía: tenía que comer siempre solo. De esto se trata: del acercamiento a los demás.

Con esto se nos ilumina también fuertemente la forma y manera cómo debemos darnos como superiores en un cargo. Siempre lo hemos expresado diciendo que la clase directiva es clase paternal. Clase paternal implica el concepto de padre, de comunidad paternal, que es, en sí, lo que debemos y queremos ser, expresado clásicamente: estar unidos unos con otros solidariamente. Esto es solidarismo, no socialismo ni comunismo. Solidarios unos con otros, unidos y vinculados, arriba y abajo, unos con otros.

Si retornamos al Magnificat, ojalá lo estudien a menudo por sí mismos, descubrirán permanentemente los grandes pensamientos que allá se encierra. Aquel, que allí es. Todo gira en torno al que es. Dios la ha guiado y bendecido. Dios gobierna la historia de salvación y del mundo según determinadas leyes, y se ha manifestado en la historia de su pueblo, o sea, en el de ella. Historia – esta es la última parte del Magnificat. Ven, allí tenemos a nuestra revolucionaria. Es igual que si pudiéramos y quisiéramos decir, que la santísima Virgen ha tomado el ideario de Moisés, si bien inicialmente se ha limitado en la manera y forma...

Comunidad paternal y familiar

Y si nosotros tenemos una gran misión para la Iglesia en las nuevas playas, por lo menos tienen que retener que no podemos contentarnos sólo con las ideas. Tenemos que procurar que esta trama, este sistema de castas, y digo intencionalmente casta, para que entiendan en lo que pienso, sea superado en nuestros círculos. Esto significa, en primer lugar, superiores y súbditos; significa comunidad sacerdotal, comunidad laical. No queremos el sistema de castas. Como comunidad paternal, considerada correctamente, somos también comunidad de jefes, pero no representamos una casta. Solidaridad entre las diferentes ramas, sea entre los institutos y nosotros, o entre las federaciones y nosotros, o entre la liga y nosotros. Y, tarde o temprano, tendríamos que aplicar esto también al tratarse de apoyo económico. Es

decir, quisiéramos representar un ideal anticipado. Por lo tanto, no sólo meramente espiritual, sino también vitalmente, en un cierto sentido, también económicamente.

25. De Plática - 1966

Concepto de autoridad y servicialidad

¿Cuál es el gran regalo que nosotros esperamos de la fiesta familiar de hoy? Un crecimiento más profundo en el ideal de la comunidad de trabajo en nuestra Familia. Pero esto no es suficiente... Pienso que debemos ver esta comunidad de trabajo bajo el punto de vista del cambio estructural que se está dando en la Iglesia y el mundo. Vivimos una transformación muy grande en lo social y a esta inmensa transformación está también esencialmente ligada la transformación del concepto de servicialidad de cada uno de los miembros y de las agrupaciones en lo que respecta a la gran misión de la Familia.

¿Cómo se presenta esta transformación? Ella tiende a una servicialidad co-responsable y extraordinariamente intensa de cada uno de los miembros y de las agrupaciones. Se trata por tanto, casi podríamos decir, de una cierta demitificación de la autoridad oficial.

Recuerdo aquello que los jesuitas trataron en el último capítulo general. Ellos permanecieron sobre todo en la consideración del siguiente hecho: hasta qué punto una crítica a la autoridad superior puede traer una cierta conmoción a toda la Orden. Y esto muy probablemente en oposición a otros tiempos. ¿Por qué se da esta conmoción? Porque la Orden no se ha colocado aún en la situación de este cambio social. Anteriormente estaba en el medio de la Orden la autoridad oficial y según el carácter monárquico de los jesuitas, la autoridad máxima. Y los miembros individuales y las agrupaciones permanecían en un cierto nihilismo, en segundo plan. ¿Y qué se da hoy en primer plano en medio de este cambio del orden de la sociedad, también del orden eclesial? Es evidente: cada uno de los miembros, cada una de las agrupaciones.

La autoridad autoritaria de la Iglesia ha comenzado a cambiarse por una actitud fuertemente democrática: de la paternitas, de la paternidad vamos hacia una cierta fraternidad, hacia una paridad. El individuo está hoy fuertemente en primer plano.

Autoridad y corresponsabilidad

Con esta transformación del orden social debe esperarse también una transformación, naturalmente, en relación a la voluntad de servicio. Si de acuerdo al espíritu moderno queremos interpretar correctamente lo que es esta comunidad de trabajo y de tareas, debemos decir entonces: comunidad de trabajo significa hoy una extraordinaria, fuerte y corresponsable voluntad de servicio; corresponsable voluntad de trabajo, corresponsable voluntad de obediencia. ¿Dónde se coloca el acento? En la corresponsabilidad y, a saber, en una corresponsabilidad original y propia, de forma tal que podemos hablar, hasta cierto punto, de una disminución en las funciones de la autoridad oficial. No quisiera ahora analizar dónde halla su fundamento esta disminución en las funciones. Pero quiero afirmar: si por otra parte, no se logra un aumento en las funciones del individuo, tendremos que lamentarnos mañana o pasado mañana de la muerte de fecundas comunidades religiosas. ¿De qué se trata entonces? ¿Cuál es el objeto de nuestras consideraciones? Comunidad de tareas con toda la Familia en el sentido de este cambio en el orden de la sociedad actual, desde el punto de vista de la corresponsable voluntad de servicio, de trabajo y de obediencia.

Si ustedes me preguntan por qué sucede así, tendría que profundizar un poco la respuesta y decir: así corresponde a las corrientes espirituales en el ámbito de nuestra Familia de Schoenstatt, en el ámbito de la vidas de todas las ordenes y en el ámbito de toda la vida eclesial.

1. En el ámbito de nuestra Familia de Schoenstatt

Si quieren, pueden tomar nuevamente como exponente, como tipo para toda la vida de la Familia, a las Hermanas de María. En parte, ya se han preocupado algunas ramas de investigar lo que trajo el Capítulo general de las Hermanas: un fuerte cambio hacia la corresponsabilidad de cada una de las personas y un extraordinario aligeramiento para la autoridad oficial.

No debe pensarse que esto es efecto simplemente de aquello que actualmente se está gestando. No, esto ya se hallaba desde un inicio en nosotros, sólo que se fue desarrollando paso a paso. Como a menudo se nos llama la atención, en la mayoría de las cosas hemos anticipado aquello que trajo el Concilio; también esto se da aquí. ¿Qué quieren y deben hacer las Hermanas? ¿Qué les trajo el Capítulo General? Extraordinaria relevancia de la corresponsabilidad de cada una de las personalidades libres y recias. Así se hace realidad las palabras que con tanta frecuencia escuchamos:

¿Conoces aquella tierra, imagen fiel del cielo,
de ese reino de libertad tan ardientemente deseado:
donde la inclinación a lo bajo
es vencida por la magnanimidad y la delicadeza,
donde los menores deseos de Dios comprometen
y reciben alegres decisiones por respuesta?

¿Qué significa esto? Si la autoridad oficial es prácticamente cada día más despreciada –y pareciera no poder existir sin este desprecio frente a la valoración anterior- entonces, debe trasladarse el acento a las agrupaciones y a los miembros. ¿De qué se trata? Cuando una personalidad libre asume plena responsabilidad, debe aprender a decidirse libremente. Podemos estudiar cómo se ha aspirado a esto desde un inicio en Schoenstatt, y cómo experimenta hoy, a través de la situación, un fuerte estímulo y cómo se presenta la tarea que mañana y pasado mañana tenemos para toda la Familia.

Puede ser que pase un tiempo hasta que nosotros nos habituemos a este cambio en el pensar y sentir: tendrá, sin embargo, que suceder. Si no, no podremos realizar nuestra misión. La evolución de la Familia de Schoenstatt va en esa dirección: el relego y la disminución de las funciones de la autoridad jurídica exigen un aumento de la función y de la corresponsabilidad de cada una de las agrupaciones e individuos.

Puedo, sin embargo, pensar que algunos de nosotros, que no ven esta relación, se digan: ¡Basta con que seamos Familia! Ciertamente; si nosotros como Familia queremos llevar una existencia tranquila, entonces esto puede ser suficiente. Pero nosotros queremos conquistar un mundo. Esto, no obstante, lo lograremos solamente si en un tiempo previsible llegamos a una cierta consumación, lo cual significa llegar a ser una comunidad plenamente disciplinada y animada, que no desgasta todas sus fuerzas vitales en pensar siempre de

nuevo cómo podemos sentirnos bien en nuestra Familia, sino que tiene como meta cómo nos podemos preparar para conquistar un mundo.

2. Tengo ante mí también la dirección en que se encaminan las Ordenes

Los jesuitas han discutido largamente, también los benedictinos se han ocupado largamente, preguntas de la actualidad. ¿Y a qué conclusión han llegado? Lo de los jesuitas es para nosotros especialmente interesante, porque toda su Obra ha sido construida en forma original sobre la obediencia, justamente sobre la obediencia de la razón, la obediencia ciega. Después que discutieron francamente, llegaron a la siguiente conclusión: ¡También nosotros debemos cambiar! Todo miembro debe co-saber, debe ser consultado, debe tener mucha más participación en las determinaciones. ¿Perciben ahora este cambio de acentuación?

Los benedictinos han formulado algunas expresiones que nos enfrentan más directamente aún con lo que se entiende por la co-responsabilidad. No solamente participación en las consultas que se hacen sino también co-decisión y co-dirección.

Se trata, pues, siempre de la misma tendencia: fuera con la autoridad jurídica, sobre todo con la máxima autoridad. Para esto, cambio de acento respecto a la responsabilidad del individuo. El individuo así se comienza hoy a decir, es la comunidad. Así lo dicen también los jesuitas: cada jesuita es la comunidad, Esto era hasta el momento bien diferente. Cuando un jesuita entraba en acción como jesuita, lo precedía una mistificación. Esto puede aún continuar así un tiempo, pero no valdrá para el mañana. Entonces será calificado cada uno personalmente; cada uno es la Orden; se valorizará el rendimiento de cada uno y no su pertenencia a una Orden. Así sucederá de ahora en adelante en general con todos los miembros de las órdenes. El que uno pertenezca a una orden concreta podrá significar, en algunos círculos, una cierta distinción y despertará una predisposición positiva, pero, en general, esto ya ha pasado.

¿Comprenden cuánta importancia tienen estas consideraciones? Cuán altas serán las exigencias que se le colocarán en el futuro al individuo y esto en una forma tal que las disposiciones jurídicas no podrán colaborar mucho para su consecución,. Quisiera recordarles y llamarles la atención sobre el hecho de cómo tenemos aquí algo genuino de Schoenstatt, espíritu de su espíritu.

Cuando el Schoenstatt joven se transformó de una congregación mariana en un cuerpo autónomo, en una federación apostólica, entonces se oyó por todas partes de nuestros jóvenes seminaristas: “Yo soy la Federación”. Hoy deberíamos decir: Yo soy la Familia de Schoenstatt. Debo ser yo el que le proporcione honra a la Familia, y no ella, en primer lugar, la que me la proporcione a mí. El individuo debe asumir la responsabilidad hasta lo último.

3. Lo mismo vale si pensamos en algunas corrientes concretas en el ámbito de la Iglesia.

¿Con qué claridad se espera: la Iglesia no es solamente la jerarquía; la Iglesia es el pueblo de Dios. El pueblo debe asumir responsabilidades; no debe permanecer en el trasfondo ya no debe ser más un rebaño que se deje cortar la lana y sacar la leche por el pastor.

Aun cuando estas cosas quizás sean formuladas un poco crudamente, deben ser comprobadas. No pasamos por alto, naturalmente, la cantidad de problemas nuevos que surgen con esto. En poco tiempo más se llegará a plantear la pregunta: ¿Cuál de las dos concepciones, la vieja o la nueva, se ha probado como mejor? ¿Dónde encontramos el medio? En la captación del justo medio se halla la obra; por ésta debemos y podemos luchar.

26. De Plática - 1967

Educación para la autodecisión y la libertad

Debemos confesar en general que la forma de encarar la educación y la pastoral en la Iglesia partía hasta el presente casi exclusivamente del sentimiento de minoría de edad de los laicos. Y, por tanto, fue también la educación, en general, una educación para menores de edad. El hombre llega a ser adulto solamente cuando puede autodecidir y cuando asume la tarea de realizar esa decisión tomada, a pesar de todos los obstáculos.

Lo que hoy se nos exige a todos en la educación, ya sea la de nosotros mismos y la que damos a otros, es la educación para la autonomía.

Ahora deseo pedirles que analicen el Acta de Prefundación. Allí harán nuevamente la alegre constatación de que eso fue justamente, desde un inicio la gran misión que tenía Schoenstatt. Compenétrese de lo que allí se dice. Se trataba allí de la autoedecisión. La experiencia general nos enseña: en la sociedad moderna crece la incapacidad para la autodecisión. Por tanto, debemos renunciar durante un tiempo prolongado a las afluencias masivas y a las conversiones en masa. Nuestra tarea es la educación de pequeños círculos, capacitando a las personas para que sepan decidirse con fundamento y hacer que lo decidido sea llevado a cabo con heroísmo.

Hemos dicho por eso desde el inicio: ¡queremos la educación para la libertad! Si ustedes me permiten, quisiera pedirles que analicen más profundamente la estrofa que habla sobre la libertad en el *Cántico al terruño*. Allí encontrarán toda una metafísica de la educación para la libertad, escrita en verso. Podríamos afirmar: desde 1912, desde el Acta de Prefundación, la historia de nuestra Familia de Schoenstatt es una historia de educación completa y profunda para la libertad.

Armonizar libertad y vinculación

Podemos afirmar que todo lo referente a la educación se resume en la siguiente pregunta: ¿Cómo podemos lograr armonizar libertad y vinculación? ¿Cuándo debe comenzar a cultivarse una espiritualidad de vinculaciones y cuándo debe comenzar a acentuarse más fuertemente la libertad? (...)

Ya que hoy lo religioso aparece tan poco, ya que actualmente reina una escala de valores esencialmente distinta en el campo humano, una escala que se halla totalmente dependiente de los valores meramente naturales, es evidente que lo que más se exige hoy, mucho más que antes, es la capacidad de decidirse personalmente para permanecer firme y nadar contra la corriente. ¡Decisión personal en oposición a nuestro ambiente! ¡Autodecisión, a fin de permanecer libre de la sugestión de la masa! Autodecisión de forma tal que como lo expresó certeramente el obispo de Maguncia: “El Concilio le hace más difícil aún al católico el ser católico”. ¿Por qué más difícil? Porque muchísimos lazos exteriores han caído. Ya no es como antes que éramos conducidos por una atmósfera. Debemos construirnos a nosotros mismos una atmósfera y cuidar, a través de la autodecisión y de la realización concreta de la decisión tomada, que se propague una atmósfera en nuestro ambiente a partir de nosotros.

Sin embargo, a pesar de todo, queremos también dar y asegurar a cada miembro de nuestra Familia un apoyo. ¿Cómo darle un apoyo? En primer lugar, a través del hecho de que somos una profunda comunidad espiritual. Sería una utopía pensar que podríamos permanecer en pie, como un roble, solamente en oposición a nuestro ambiente. Ciertamente, debemos prepararnos para una situación en la que seamos capaces de permanecer como un hombre sin apoyo social por ningún lado. Sin embargo, en la medida de lo posible, debemos enraizarnos, debemos echar raíces que se puedan palpar y, se podría decir casi físicas, en una comunidad profundamente espiritual.

Esto vale en forma particular para nuestros institutos seculares. Aquello que repetidas veces se dice o espera de los institutos seculares, me parece que es una ilusión en el tiempo actual. Si se entiende la idea de los institutos seculares en el sentido de cada miembro deba ser arrojado enteramente solo en la atmósfera atea actual, que deba bajar hasta el infierno, sin que se chamusque, entonces afirmo claramente: esto lo considero impensable. También los institutos seculares de los tiempos modernos, de tiempos en que quizás toda la relación entre los católicos esté interrumpida e imposibilitada, deben buscar por todos los medios de que cada miembro del instituto reciba apoyo y una garantía en la comunidad religiosa, a fin de que pueda mantenerse firme. De lo contrario, no podemos arriesgarnos a aceptar una persona en un instituto secular.

Hoy es simplemente una obra de arte armonizar la vinculación personal, sana y centrada con la más absoluta libertad.

Nuestra Familia de Schoenstatt estuvo orientada desde su primer instante, ya desde su pre-decisión en el Acta de Prefundación, a la libertad. Este era el ideal, la puerta de entrada y el comienzo de nuestra historia. ¡Qué grande era la revolución de la obediencia entonces en el seminario! Nuestra reacción frente a esto no fue un movimiento de obediencia más severa sino la lucha por la verdadera libertad interior y, a partir de este fundamento, una nueva concepción de la obediencia.

¿Qué significa mayoría de edad en el campo de la fe? Significa estar provisto en toda la línea de un instinto para lo divino, con un gusto para lo divino y de una entrega total a lo divino. Estas son metas a las que no sólo nosotros debemos aspirar -queremos estar totalmente poseídos por lo divino- sino también a las cuales debe aspirar toda la cristiandad. Todos los católicos que quieren llegar a la mayoría de edad deberían ser conducidos a la aspiración de estas altas metas.(...)

27. De Plática del 17 de junio - 1967

El nuevo orden social estaba ya insinuado al inicio cuando nosotros entramos a la palestra, en el Acta de Prefundación. Ella nos señaló hacia el hombre nuevo en la nueva comunidad. Desde el inicio nuestra preocupación era renovar la comunidad, la sociedad. Lo que se insinuó en 1912 por el Acta de Prefundación fue también mantenido constantemente en el tiempo posterior a través de todas las corrientes del tiempo. (...)

La gran visión tuvo lugar luego en el año 1929: “A la sombra del Santuario deben codecidirse por siglos esencialmente los destinos del mundo y de la Iglesia por siglos”. Con ello se pensaba también y se incluía el pensamiento de edificar un nuevo orden social desde Schoenstatt.

Alrededor del año 1925, en un tiempo en que toda la literatura católica hablaba de maternidad, tomé plena conciencia de la importancia de la paternidad. Desde entonces, nunca he dejado de lado el pensamiento: ¡Salvación de los fundamentos morales de la cultura de hoy!

Esta tremenda discrepancia entre técnica y hombre, esta inmensa grieta, se hace cada vez más grande y profunda. Y así tenemos ante nosotros el fantasma de la cuestión social, si es que no aplicamos todas las fuerzas para producir pronto un cambio. En lugar de dominar nuestras conquistas, nos hacemos sus esclavos (...)

En 1948, cuando nuestra Obra de las Familias comenzaba a respirar, escuchamos las palabras que yo escribí desde Brasil a Schoenstatt: “Si la Santísima Virgen quiere formar una nueva sociedad y un hombre nuevo, entonces ella debe concentrar necesariamente todo su poder de gracia en la creación y multiplicación de sólidas familias schoenstattianas” (...)

Pienso que debo confesar abierta y sinceramente: veo la tarea que Dios me ha destinado en conducir innumerables hombres hacia una entrega total al Dios eterno e infinito; en hacerles que se hallen en su casa en el mundo y en la realidad del más allá. O si ustedes quieren: en ayudar a todos los hombres, especialmente a los miembros de nuestra Familia, y en apoyarlos para que lleguen a ser personas marcadamente ancladas en el más allá. Con esto he destacado una tarea especial que me ha dado Dios no sólo a mí sino a todos aquellos que actúan conmigo como conductores de la Familia.

En la revista *Regnum*, N° 2, 1967, pág. 73, leemos: “Mientras el P. Kentenich, en Dachau, remendaba los sacos de paja, desarrolló para sus dos compañeros un pensamiento que estaba determinado y marcado por dos conceptos: el hombre del más allá y el hombre *ingenuo*” (naive, filial).

Dos conceptos centrales que son características de la Familia de Schoenstatt en toda situación. Yo quisiera agregar un tercer concepto que no debe olvidarse pero que aquí no ha sido mencionado: el hombre del más allá y el hombre filial como portador y creador de un nuevo orden cristiano de la sociedad. Tres expresiones centrales que debemos grabarnos.

De aquí podemos iluminar toda la historia de la Familia y también la historia de las dos instituciones que fueron fundadas en ese lugar (Hermanos de María y Obra de Familias).
(...)

28. De Retiro Padres de Schoenstatt - 1967

Transformar el mundo

Yo creo que nosotros, tal como Juan XXIII y Paulo VI, debemos declararnos partidarios de esta concepción: un nuevo mundo está surgiendo, un nuevo mundo, un nuevo orden social. Un nuevo orden mundial, es vidente, no puede gestarse sin espantosos dolores de parto. Son, por tanto, dolores de parto no para ruina sino para dar a luz.

¡Dolores de parto! Un nuevo mundo, un nuevo orden social, debe llegar, debe nacer. Y nosotros, lo escuchamos nuevamente en la Semana de Octubre, hemos creído siempre tener la misión, hacer todo lo que está de nuestra parte, con todos los medios, para hacer surgir este orden social. Por eso: ¡ayúdanos, Señor, que perecemos!

No podemos construir ese mundo; tenemos que decir ahora: la misión o modalidad postconciliar de la Iglesia, de la cual nos gusta decir que ha sido la misión preconiliar de Schoenstatt, no podemos realizar ambas cosas (nuestra misión preconiliar y la misión postconciliar de la Iglesia) si no tenemos siempre ante la vista la imagen del Señor en el mar, en el mar tormentoso, y si como reacción no reactualizamos siempre de nuevo las palabras del apóstol, de aquellos hombres de mar: “¡Señor, ayúdanos, porque de lo contrario perecemos!” (...)

¡Tenemos que transformar el mundo! Es una palabra de Marx que actualmente sale innumerables veces de boca de los católicos: ¡Transformar el mundo! ¿Qué mundo? Transformar todo el mundo. Quiero recordar primero a aquello que puede repetir esta mañana: la tarea del tiempo actual, de las crisis, de los dolores de parto, es un nuevo orden social.

Forjar un nuevo orden social

¿Puedo agregar una segunda expresión? Una palabra que en realidad en la boca de los dos últimos Papas no ha dejado de ser mal interpretada. Ellos acentúan que hay que dejar su autonomía a las cosas del mundo. Sin embargo, estas palabras a menudo son interpretadas así: hay que dejar que el mundo siga su camino y después, luego que ya ha tomado una forma, bautizarlo. ¿Qué significaría eso? Permanecemos en segundo plano. Nunca debemos querer algo así. Nosotros mismos tenemos que transformar el mundo. Nosotros mismos tenemos que ayudar a forjar un nuevo orden social. Y es esto lo que en la Semana de Octubre se nos ha hecho nuevamente consciente. Desde hace mucho, mucho tiempo, es una tarea enteramente consciente de nuestra Familia. ¿Cómo queremos y cómo podemos transformar el mundo? Dicho más exactamente, formulada más concretamente, ¿cómo podemos ayudar a superar los tremendos problemas sociales, las injusticias del tiempo actual en el orden social? La respuesta que damos, volveré nuevamente a hablar rápido de esto, va en esta dirección: no solamente por la doctrina queremos apuntar hacia ese fin. Repito, no solamente por la doctrina. Aquellos que al comienzo y desde el comienzo han vivido en la Familia, saben que el primer curso que di luego de la introducción en el mundo de Schoenstatt, se preocupó detalladamente del problema “naturaleza y gracia”. Con esto simultáneamente se escribió, en el frontis de la historia de la Familia, el problema más central de la cultura actual, del cambio del tiempo actual: relación entre naturaleza y gracia.

No quisiera repetir todo eso ahora. Pero, sin embargo, quisimos y éste es en realidad nuestro esfuerzo, concretar en nuestra propia y compleja Familia, el ideal de un nuevo orden social. Tienen que escuchar la importancia que tienen esas palabras, pero también lo grande que es nuestra misión... Debemos mantenernos firmemente en esto: atacar la vida diaria, transformación del mundo; no esperar, por tanto, que otros tengan que obligarnos a crear un nuevo mundo, un nuevo orden y luego tener nosotros que conformarnos tan sólo con bautizarlo. (...)

Cooperar en la reorientación del orden social

Dejar el mundo que está surgiendo, seguir su propio camino y luego que lo religioso llegue más tarde cojeando un poco... Eso, evidentemente, es erróneo y tampoco está en el espíritu de los últimos Papas. Ellos quieren solamente destacar: esos asuntos (temporales) deben desarrollarse autónomamente. Es la gran cuestión que hoy se ventila con tanta frecuencia: ¿tiene la Iglesia el derecho de intervenir en la autonomía de los procesos vitales? Dejamos de lado hasta qué punto tiene la Iglesia derecho, pero como miembros del pueblo tenemos un derecho y un deber. ¿Qué deber? El de cooperar en la reorientación del orden social. (...)

Si queremos hablar a la mentalidad actual, según la manera de pensar de hoy, entonces deberíamos, quizás, reformular la definición -del hombre sobrenatural según la cual el hombre sobrenatural es el hombre clarividente, que ve en la profundidad, en la amplitud, el hombre profundamente arraigado con todo su ser en el mundo de Dios- del siguiente modo: el hombre sobrenatural es el hombre capaz de armonizar la línea horizontal y la línea vertical de lo divino. ¿Qué entendemos por línea vertical de Dios? Es el Dios vivo en sí mismo, en cuanto existe para sí, la trascendencia de Dios, el Dios trascendente. La línea horizontal se refiere a la inmanencia divina. (pág. 39). Explica luego cómo esta última línea es la única que vale hoy día para muchos círculos. En Robinson, por ejemplo, la relación del hombre con el hombre es la línea divina. No hay allí cabida para el Dios personal. Con ello no se acaba sólo con la trascendencia sino también con la inmanencia de Dios. Hoy existe una tendencia a acentuar sólo lo inmediato, lo tangible, y de dejar al lado lo mediato, lo trascendente. Nosotros siempre hemos visto ambos aspectos.

Ser apasionados por Dios y por el hombre

La Biblia, cuando nos quiere dar una medida del estado de nuestra relación al Dios trascendente, nos pregunta por el estado de nuestro amor a los hombres. Debemos proclamar nuevamente al hombre nuevo en el sentido que Cristo lo penso. Sin embargo, en el trasfondo, debemos mostrar y dibujar siempre de nuevo la imagen de hombre a la cual tienden actualmente millones: un humanismo sin Dios, un humanismo que se ha desprendido de Dios. Y cuán lejos llegaremos con este humanismo sin Dios, lo muestra de suyo, suficientemente, la experiencia práctica. Una frase preferida nuestra que hemos citado muchas veces lo expresa: humanismo sin religión, -por lo tanto, un mero ordenamiento del hombre al hombre, ¿qué significan esto?- humanismo sin religión llega a convertirse mañana en bestialidad y, pasado mañana, en brutalidad... ¿Qué tarea tenemos como hombres orientados al más allá, como hombres que afirmamos el Dios trascendental personal? Debemos unir ambas líneas, la vertical y la horizontal. Veán, ustedes; por eso, ayudar a transformar al hombre, ayudar a transformar el orden social.(...)

Creo, mis queridos cohermanos, que no podemos dejar de lado estas cosas, aunque en este momento no las podamos captar y comprender todavía. Ya llegará el tiempo en que las comprendamos mucho mejor. Como siempre, deberíamos hacerlo; en horas de silencio debemos adentrarnos más profundamente en la gran misión de la Familia. Es, en realidad, extraordinario y digno de agradecimiento, poder constatar que lo que hoy se proclama como nuevo, ha tenido desde hace mucho tiempo, acogida en la Familia.

Sin duda, y esto tenemos que reconocerlo plenamente, nos hemos compenetrado demasiado poco de estas metas. Mantengamos esto fuertemente: si queremos llegar a ser hombres del más allá en el sentido del tiempo actual, entonces se trata de ser no solamente apasionados por Dios sino también apasionados por el hombre. Se trata, por tanto, no sólo de hacer que los hombres se sientan en casa en el cielo, es decir, en el mundo del más allá, sino también de impulsarlos a forjar una nueva creación, un nuevo orden social, a gestar un nuevo orden social que solucione los grandes problemas económicos y políticos que afectan a los desheredados de todos los países, especialmente en Sudamérica. (...)

Crear un mundo acogedor para las generaciones futuras

Sabemos, tal como lo hemos conversado suficientemente en la Semana de Octubre, que efectivamente el hombre ha cambiado la faz del mundo mediante la técnica. Que efectivamente, mediante la técnica, el hombre ha cambiado el mundo de tal manera que hoy, con derecho, descubre en el mundo las "vestigias hominis", las huellas de su propio poder. Y ya que se constata tanto progreso en esa dirección, por eso está presente el impulso inmanente urgente, del poder y la fuerza que urge a cambiar el mundo. Mirar hacia atrás no tiene sentido. Una mirada hacia delante debe aumentar en nosotros el impulso de cambiar en el futuro totalmente el mundo de modo que sea una patria y hogar acogedores para las generaciones venideras.

Transformación de la sociedad humana

Al escuchar cómo formamos y plasmamos nuestros pensamientos y saber algo de lo que Marx enseñó en su tiempo, recordarán aquello de que ¡el mundo debe ser el paraíso! Este es el gran pensamiento que atraviesa el mundo entero. Es el trazo que es común y corriente en nuestro círculos, en quienes pensamos. Por eso, la orientación al futuro de la humanidad actual es una orientación al futuro en el sentido de la transformación del universo, de todo el mundo, para bien. Y con esto, mencionamos el otro pensamiento: la transformación de toda la sociedad humana.

Dar una nueva faz al mundo

¿Comprendemos bien todo lo que esto significa? Quiero recordar algunos pensamientos centrales que hemos discutido en común. Queremos tener siempre presente: Lo que queremos es, en último término, una transformación religioso-moral del hombre y de la sociedad humana. Pero esto no excluye, si pensamos orgánicamente, sino que implica la transformación no sólo moral sino, en cierto sentido, la transformación sustancial de toda la creación. "¡Dominadlo todo!" El mundo nos debe estar sometido.

Por esto la formulación que hemos escogido: Formación unilateralmente orgánica, religioso-moral. Quiere decir que es y será para nosotros, siempre lo central. Y pienso que

los países sudamericanos, que han aceptado y adoptado a Schoenstatt, que poseen personas que con su espíritu tienen en parte la mano en el remo de la política, deben considerar que también queremos eso. ¿Qué es lo que queremos? Ser directivos en la sociedad, en la política, en la economía. Por todas partes debemos tener personas que pongan allí la mano en el remo. Pero todo vinculado con el ideal de lo religioso-moral. Por eso, nuevamente: unilateralmente orgánico, no culturalmente; no que lo cultural o sociológico esté en primer plano, sino al revés. Lo más central debe ser siempre el hombre religioso-moral. Pero en vinculación a ello, en dependencia de ello, para la integración del hombre religioso-moral, la transformación de todo el mundo. Más precisamente: esta transformación del mundo, el mundo que tiene que cambiar, que es el programa que Marx dio a los suyos, no la queremos dejar en manos de otros para después, con pena y esfuerzo, correr tras ellos con el agua bautismal. No. ¿Qué debemos hacer, qué es lo que queremos? Dar nosotros mismos una nueva faz al mundo. Las dos cosas a la vez. (...)

El hombre sobrenatural

¿De qué se trata en último término? Del hombre sobrenatural. Es decir, del hombre que está enteramente cobijado en el mundo del más allá y que, a partir de éste, saca fuerza de dominar la vida en todos los sentidos. Por lo tanto, no permanecemos sólo en el punto arquimédico, en el Dios vivo; no queremos sólo gustar aquí en la tierra la beatitud del cielo. El punto arquimédico, la realidad del más allá debe darnos fuerza para dar a todo el mundo un rumbo enteramente nuevo. A todo el mundo; trátese del pequeño mundo de nuestra vida, de la vida profesional, de la vida comunitaria. En este sentido hablamos de la santidad de la vida diaria. Puede tratarse y debe comprender también una penetración del mundo en su totalidad, del orden social en su totalidad. En este sentido hablamos de espiritualidad de instrumento y, en último término, de la espiritualidad de la alianza. (...)

29. De Semana de Octubre - 1967

En la Semana de Octubre de 1967, el P. Kentenich se refiere especialmente al solidarismo y habla extensamente de la importancia del principio paternal para la Familia de Schoenstatt, para la Iglesia y la época actual.

El llamado de Juan XXIII al aggiornamento de la Iglesia

A fin de abrir camino a las consideraciones que siguen, quiero recordar la gran misión que tuvo el Papa Juan XXIII: Aggiornamento! ¿Qué fue lo que hizo? Abrió las puertas y ventanas de la Iglesia y en una doble dirección: en primer lugar, en relación a todas las confesiones religiosas, las que deberían tener libre acceso a la Iglesia y al Pueblo de Dios. En segundo lugar, abrió puertas y ventanas hacia el mundo. El mundo entero, también el mundo pagano, secularizado, debía hacerse presente en la Iglesia actual y ésta debía confrontarse con todas las corrientes de la época. De ahí nuestro gran interés en profundizar la imagen de la Iglesia y su misión para el tiempo actual, al menos en sus grandes rasgos.

Tomem la Constitución *Gaudium et Spes*". Aquí se considera la relación fundamental entre la Iglesia y el mundo actual. Tal vez sabemos que en torno a esta Constitución se libró una intensa lucha. Sus primeros proyectos eran una expresión de la antigua praxis de la Iglesia. Se condenaba todo lo erróneo y herético del mundo actual. Sin embargo, poco a poco, fue triunfando una minoría que logró que se aprobara una Constitución esencialmente distinta. En ella se trata de las relaciones entre la Iglesia y el mundo actual y todo lo que bulle en él. Ahora citamos sólo aquello que es de importancia para lo que queremos lograr. La Constitución pone de relieve que, al abrirse las puertas al mundo y al entrar las corrientes del mundo en la Iglesia, se puede observar en ella esfuerzos o tendencias semejantes a aquellas que se dan en el mundo. En un pasaje dice más o menos lo siguiente: el ateísmo actual difiere fundamentalmente del ateísmo de ayer. Antes era un fenómeno aislado, ocasional; hoy aparece como un fenómeno de masas. Actualmente el ateísmo es proclama en todas partes como un nuevo ideal del hombre y de la humanidad. La imagen del hombre ateo es moldeada no sólo en la filosofía sino que está en todos los campos de la ciencia, en todas las expresiones del arte y de la literatura y, no pocas veces, es utilizada como norma por los gobiernos de los pueblos y estados... Veán, sólo quiero preparar reflexiones que nos capaciten para comprender mejor la misión de Schoenstatt. (...)

Misión de Schoenstatt: construir el reino mariano del Padre

Lenta y progresivamente pudimos llegar a afirmar: creemos que recibimos la misión de velar para que todo el mundo llegue a ser, en forma preclara un reino mariano del Padre. Para ello es necesario que nos esforcemos por vencer el reino contrario, al que definimos como un mundo impresionantemente separado de Dios, por no decir, un mundo especialmente diabólico. Nos detendremos en la primera afirmación.

¿Por qué debemos ocuparnos de este reino terrenal? Es una medida estratégica: quien quiere ganar una batalla, debe conocer al enemigo. Además, está el hecho de que dependemos, casi quisiera decirlo apasionadamente, de la gran ley: *vox temporis, vox Dei*, las voces del

tiempo son las voces de Dios. Dios habla, así nos lo enseñó Juan XXIII, no sólo a través de los acontecimientos de la Iglesia sino también a través de lo que ocurre en todo el mundo. Pero este ancho mundo tiende a ser, en gran escala, un mundo apartado de Dios. (...)

Distintas modalidades del hombre moderno

Distintas modalidades. Ellas tienen, al fin de cuentas, el mismo rostro pero se manifiestan, aquí y allá, con formas diferentes. Hablamos así del hombre "*hominizado*", del hombre "*manipulado*" y "*manipulador*". Debemos hablar también del hombre tecnificado en un mundo tecnificado. Con esto último tocamos el problema capital de este siglo. Ciertamente debemos dedicarle un poco más de atención y, a partir de ello, debiéramos aprender a ver mejor nuestro ideal, pues queremos contraponer a ese mundo tecnificado y a ese hombre tecnificado, el reino mariano del Padre y el auténtico hijo del Padre.

Podríamos enumerar aún otras modalidades. Este es el *hombre materialista* en una época materialista o el hombre vitalista en una época y mundo vitalistas. ¿Qué debo destacar? He aquí una que otra palabra aclaratoria al respecto.

En primer lugar, *el hombre hominizado, el mundo hominizado.* Les recuerdo nuevamente aquello que dije al comienzo de nuestras reflexiones: la religión ha de ser una autoalienación y Dios nada más que una aislada proyección. En esa dirección se orienta progresivamente y más o menos conscientemente, el hombre hominizado. El es el hombre que se ha separado de Dios y que, en lo fundamental, concibe al hombre como su propia creación. El hombre hominizado ha superado, por así decirlo, la "autoalienación" y se considera cada vez más como el Dios creador.

¿Qué podría aceptarse aquí como núcleo de verdad? La técnica moderna ha dado al hombre medios poderosos de tal forma que él se encuentra preparado para transformar la creación. Pero este proceso de transformación, realizado y planificado por el hombre, llega a ser concebido unilateralmente desde el hombre, de tal forma que Dios cada vez más es situado en el trasfondo.

Mientras nosotros hablamos siempre de la creación como huella de Dios, el hombre hominizado se revela como huella de sí mismo. Deben tomar en serio estas afirmaciones y meditar al respecto. Si antiguamente siempre afirmábamos, y hoy con mayor convicción, que nosotros en cuanto hombres somos imágenes de Dios, el hombre hominizado no precisa serlo: él es su propia norma.

Comprueben cuán opresora es tal concepción y cuán feliz es la nuestra. ¡Opresora! Puede el hombre sentirse realmente, durante un tiempo prolongado, como Dios, como *hombre-dios*? ¿Yo, hombre-dios?! ¿Podemos soportar considerar a toda la creación, con la que continuamente estamos relacionados, simple y llanamente como una huella del hombre? Expresado de otra forma, ¿cómo podría el hombre matar ese impulso de su corazón hacia lo trascendental, que le ha sido gravado indeleblemente, y pasar toda su vida prescindiendo del Dios vivo? Presienten que éstas son solamente un par de expresiones, casi palabras al correr, pero que deben reflexionarse seriamente.

En segundo lugar, una expresión peculiar: el *hombre manipulado*. Es el hombre hecho artificialmente en la retorta. El hombre manipulado y el hombre manipulador: un horrible

fantasma que se levanta aquí. Si resulta todo lo que hoy se experimenta silenciosamente, que está todavía oculto silenciosamente bajo el velo de la reserva, ¡por amor a Dios!, ¡cómo será la humanidad de mañana y de pasado mañana? El hombre manipulado no es el producto de personalidades sino que en él se mezcla todo arbitrariamente. (...)

Por lo menos debemos tener principios claros. Si solamente nos quedamos en el campo de lo ético, tendremos la misma situación que frente a la bomba atómica. ¿Se preocupará el hombre, el fabricante de hombres separado de Dios y de la religión, mañana, pasado mañana, de los límites señalados por la ética? Cuando se despierte el hombre instintivo, tarde o temprano, tirará todo por la borda. (...)

No me malinterpretarán si llegó a afirmar que si el mundo no es un reino de Dios, cuando no pertenece a Dios, mañana o pasado mañana será del demonio. Ciertamente no deseamos jugar sin necesidad con el demonio. Pero es realmente así: un reino humano acentuadamente separado de Dios, mañana o pasado mañana, será del demonio. Quisiera recordarles nuevamente una antigua expresión que hemos utilizado muchas veces: la humanidad sin religiosidad, mañana o pasado mañana, será brutalidad y luego bestialidad. Pienso que sería bueno que profundicemos estas verdades y tomarlas como norma. (...)

El hombre tecnificado

Permítanme detenerme en la tercera modalidad, porque interpreta una de mis inquietudes centrales. ¿De qué quisiera hablarles? Del *hombre tecnificado*. La expresión no es usual en todos los ambientes, sin embargo, es de gran importancia.

Su esencia. ¿Dónde encontraré el punto de partida? En Churchill. El analizó, con una visión histórica universal, a su modo, todo el período que él mismo presenció. Y examinando las medidas de grandezas, estableció comparaciones entre los siglos 19 y 20. Pensó que podría comprobar que el siglo 19 tuvo grandes hombres, pero que no existieron grandes problemas. El siglo 20 tiene problemas gigantescos, pero hombres pequeños.

Queremos analizar esta observación. Es, sin duda, simplista, pero, no obstante, tiene algo de verdad. Mejor dicho, mucho de verdad. En general, estamos de acuerdo en que las dos terribles guerras mundiales trajeron confusiones y problemas increíblemente grandes. Todo se ha conmovido. Me parece que, desde un punto de vista científico, tendríamos que afirmar que todos estos fenómenos se encontraban ya en germen y fueron preparados en el siglo 19. ¿Cuál fue su causa? En el siglo 19 encontramos los comienzos de la técnica. Los hombres que surgieron como inventores, grandes hombres en el campo de la ciencias, no eran sólo principiantes.

¿Cómo se ha presentado el siglo 20? Es la época de la motorización de todo el mundo, preparada en el siglo 19 y hecha realidad en el siglo 20. Ahora estamos en camino de llegar a la forma culminante de este mundo motorizado y tecnificado. Lo que hasta hoy experimentamos, seguirá una carrera ascendente: pensemos en los aviones, los autos, los acorazados y, como culminación, las bombas atómicas. Todo esto es una realidad.

Tecnología y colectivismo

Relación con el colectivismo. Sin embargo, estos descubrimientos son tan problemáticos porque han corrido parejos con las exigencias del colectivismo y la colectivización de la humanidad. Los que dieron el fundamento espiritual para este desarrollo fueron Marx, con su doctrina del materialismo dialéctico, y Darwin con su teoría de la evolución y lucha por la existencia. Ambos llegaron a intuir los peligros concomitantes a sus teorías. El mismo Rudolf Diesel, inventor del motor que lleva su nombre, tuvo fuertes temores respecto a los siglos venideros, puesto que vislumbró que estos descubrimientos técnicos llegarían hasta el extremo. En 1913, viajando a Inglaterra, se arrojó al mar en medio de una travesía. Quienes lo conocían, opinaron que lo había hecho impulsado por la desesperación, al reflexionar en los fundamentos que él había puesto y en lo que se podría esperar de ello. El mismo Darwin expresó: "yo no soy darwinista". Y Marx, por su parte: "yo no soy marxista". ¿Qué significa esto? No tuvieron el coraje de sacar las últimas consecuencias de lo que ellos mismos habían predicado.

Lenín se ocupará más tarde de hacerlo. Lentamente creció así la superstición: lo que vale para la técnica, deberá ser ley para el hombre. Lenin no sacó su sabiduría de Petesburgo, sino, como se puede demostrar, del occidente, de la filosofía alemana, tal como lo enseñaba el idealismo filosófico. Lenin no agregó nada de su parte, así se comprueba, a lo que enseñaban los filósofos alemanes. ¡Qué no ha salido de Alemania en el curso de los siglos! Que la Madre de Dios haya establecido su trono precisamente en Schoenstatt, por lo tanto en Alemania, revela claramente lo que quería lograr con ello. En este contexto, consideren, de una manera nueva, la misión de Schoenstatt

Deben tener presente que ambos fenómenos se corresponden mutuamente; ambos crecen a la par; por un lado, el mundo tecnificado; por el otro, el colectivismo. Técnica y colectivización de la humanidad dependen interiormente uno del otro; uno no puede existir sin el otro. ¿En qué consiste esta relación? Mientras nosotros afirmamos claramente que el hombre es una imagen de Dios, la irrevocable tesis de Lenin y sus adeptos expresa que el hombre es y sigue siendo imagen de una máquina. Lenin proclamó al "Dios-máquina" y escribió lo que pensaba sobre él. Y esto no lo decía en sentido metafórico sino que lo había pensado con terrible seriedad. ¡La máquina es dios!

En el sentido del idealismo filosófico alemán, sentó la siguiente premisa: así como en la técnica puede determinarse y hacerse todo racionalmente, ocurre exactamente lo mismo con el hombre: lo podemos hacer racionalmente; hasta podemos hacer su misma naturaleza espiritual. Y si la sociedad humana es una máquina, éstos eran sus pensamientos centrales, entonces cada hombre no es más que una pieza sustituible de esa máquina. ¿Cómo concibe el bolchevismo a sus jefes? Un amigo de Lenin, que lo acompañaba siempre, estableció esta teoría: nuestros dirigentes no son nada más que las partes más grandes de esta máquina.

Nuevamente quisiera pedirles que tomaran muy en serio estas afirmaciones.

¿Comprenden, por lo tanto, lo que significa el hecho de que el crecimiento y desarrollo de la técnica y del hombre colectivista se condicionan mutuamente? Todo cuanto ha logrado la técnica debe aplicarse al hombre y a la sociedad humana. ¡Vislumbran ustedes qué revisión total de la gran sociedad humana significa esto?

Voces del tiempo, voces de Dios

Aquellos que ven con más profundidad y que crecieron con la Familia, recordarán que nosotros, desde el comienzo, nos hemos ocupado del bolchevismo y nos hemos esforzado por alcanzar, en todo sentido, su imagen antagónica. ¡Cuán tempranamente hemos dado una respuesta al nuevo orden social al que aspira el bolchevismo! La fuente de conocimiento siempre fue la misma: *vox temporis, vox Dei!*

Vox temporis: una sociedad totalmente nueva, que no es nada más que imagen de una máquina, y que cada uno de sus miembros no es otra cosa que un ser despersonalizado y masificado. De esta manera, la naturaleza espiritual del hombre es estrangulada. Ya no tiene el más mínimo sentido lo que el hombre realiza por un impulso interior, por libertad interior, por convicción personal. Una pieza de la máquina debe ser conservada exteriormente en orden. ¡Con que medios? Ya sea a través de la organización o por el puño dictatorial.

El principio de gobierno

Aquí ustedes deben volver a mirar la situación que vivieron años atrás, a fin de hacerla transparente. Fueron siempre marcadamente tiempos autoritarios. Lo que hoy se encuentra en eclosión en la Iglesia, esa fuerte democratización, que va hasta el democratismo, no podrá mantenerse a la larga. Se opone a la esencia de la Iglesia. La Iglesia viene de arriba, de Dios. En última instancia, recibe su existencia de Dios y no depende del favor del hombre. Esto lo hemos afirmado siempre y nuestro principio de gobierno está inspirado en el Dios vivo: autoritario en principio, democrático solamente en la aplicación. Ninguna comunidad puede existir sin autoridad, sobre todo si esta comunidad quiere proyectarse en un orden social.

Todos los que hoy están al lado de Dios, son solitarios. Si pretendiesen formar una comunidad de hombres solitarios, no les resultaría. Piensen y hagan ustedes todo lo que quieran; procuren crear una atmósfera, señalar caminos... Sin autoridad, sin una fuerte autoridad, no puede existir ninguna comunidad. Esto vale para toda comunidad. No en vano he señalado la imagen carente de autoridad, entre las falsas imágenes del padre: el padre blando, el padre muelle. Quizás muchos, antes de mi regreso, hayan fabricado en su imaginación un tal padre. El auténtico padre no suelta las riendas. Un auténtico padre puede y debe causar dolor. De lo contrario, es imposible formar una comunidad. Se trata de aspectos esenciales en los que debemos permanecer inmutables. De lo contrario, jugamos todos el juego de la muerte.

Pero quedémonos aún en el pensamiento: el hombre es parte de una máquina. Según este pensamiento, la naturaleza se quebranta espiritualmente en todas sus dimensiones. Se ha quitado el alma al hombre; al quitársela y al reducirlo solamente a pieza de una máquina, entonces, es absolutamente necesario que aquel que debe cuidar por el orden de esa máquina intervenga desde afuera. Aunque actualmente, en los círculos eclesíásticos, se habla tanto de democratización, sin embargo debemos contar con el hecho de que, en un tiempo no muy lejano, de alguna forma forma, se insistirá nuevamente en la autoridad dentro de la Iglesia. Sin autoridad no puede existir ni el hombre ni la humanidad, incluso si están animados de espíritu. No podrán ser fecundos.

Les pediría recordar, y pienso especialmente en la generación mayor, que tal vez nosotros fuimos los primeros en deducir, de esta clara visión del bolchevismo, la imagen que Dios quería realizar a través de nosotros. Piensen solamente cuánto tiempo hace que señalamos esta imagen y su imagen antagónica.

El hombre bolchevista y el hombre cristiano

¿Cómo se presenta la imagen del *hombre bolchevista*? Escuchen las cinco características que hemos destacado: es un hombre desdivinizado, descristianizado, sin moral, sin alma, totalmente disperso en su interior. Y la imagen antagónica, la que se confronta a ella: el hombre plenamente divinizado, plenamente cristianizado, plenamente moralizado, lleno de espíritu, un hombre y la humanidad centrados en su interior. (...)

Escuchen ustedes las cinco características que entonces destacamos:

- el hombre desdivinizado,
- el hombre descristianizado,
- el hombre sin moral,
- el hombre sin alma,
- el hombre totalmente atomizado en su interior.

¡Qué bueno sería que en nuestros noviciados y terciados nos tomásemos el tiempo para ir a la escuela de la historia a fin de asumir nuevamente todas estas cosas! Entonces comprenderían, experimentarían con sus propias manos, cuán cierto es que Dios ha anticipado en Schoenstatt aquello que él quiere regalarnos a través del Concilio y de la Iglesia postconciliar.

Y la contra-imagen exactamente opuesta:

- el hombre plenamente divinizado,
- el hombre plenamente cristianizado,
- el hombre plenamente moral,
- el hombre plenamente espiritualizado,
- el hombre interiormente armónico y la humanidad interiormente armonizada.

No quisiera permanecer más tiempo en este punto, sino dejar hablar a las otras definiciones que entonces utilizamos. Siempre imagen y contra imagen.

¿Comprenden de qué se trata? Al hombre se le ha robado el alma. Y ¿qué es actualmente el hombre? Repito nuevamente: es un hombre totalmente despersonalizado, totalmente masificado y, por lo tanto, es una pieza sustituible de una máquina. Si algún día no sirve más, entonces se le desecha. ¡Un repuesto! ¿No se crea así un nuevo tipo de orden en el mundo?

¡Mi querida Familia de Schoenstatt! Ahora deben darse cuenta que esa concepción del mundo se ha apoderado de una gran parte de la humanidad actual. ¡Es un misterio! ¡Cuán rápido se ha dado! Han pasado cincuenta años, 1917-1967. ¡Cuántas cosas han sucedido en el correr de estos años! Si se nos dice que dos tercios de la humanidad tienen este espíritu y han sido captados por ese nuevo evangelio, entonces no me equivoco si agrego que también el espíritu europeo, también el espíritu alemán sufre de este bolchevismo criptógamo. Distingan ustedes entre el bolchevismo económico, el bolchevismo político y el

bolchevismo espiritual. Los dos primeros pueden ser superados, pero el último, por lo pronto, es invencible. Es la concepción del hombre y de la sociedad que acabo de mencionar.

Misión de Schoenstatt

Nuestra misión. Si a ustedes se les ocurre lo mismo que a mí, recibirán, a través de esas constataciones nuevos impulsos para la acción y nunca se cansarán de decir: *Ceterum censeo!* ¡mi Familia, nuestra Familia! Mientras sigamos seguros e imperturbables nuestro camino, lograremos vencer esta imagen del hombre y de la humanidad. Primero en nuestro círculo y, luego, más allá. ¿Comprenden ustedes lo que les quiero decir? Hablamos cada vez más del rescate de la misión del Occidente cristiano. Si es así realmente, que Occidente, Europa, y en Europa, Alemania, adolecen de esta espiritualidad bolchevique, y si es verdad que esta espiritualidad no es tan fácil de vencer, ¿cuál es, entonces, la consecuencia?

Resumiendo, quisiera repetir dos frases. La primera: ¿qué es el hombre? ¿qué es la sociedad? ¡Imagen de una máquina! Segundo: mientras nosotros luchamos por la imitación de Cristo para la gloria del Padre, el hombre infectado por el espíritu bolchevique lucha en última instancia, por su gran ideal: ¡ser acólito de la máquina!

Frente a esto, ¿cuál es la misión de la Iglesia, nuestra misión? Primeramente debo mencionar una expresión típica que escribió un autor conocido: René Fuelop Miller. El presentó uno de los primeros libros sobre el espíritu y el rostro del bolchevismo y la diferencia que existe entre el espíritu bolchevique y el espíritu cristiano. Escuchen: "Así como en la Edad Media concibió a todo ser ordenado en el sublime plan de la creación, que recibió su sentido desde lo divino, desde la piedra inanimada hasta los arcángeles, así se ha formado ahora una imagen cósmica cerrada, dada por la *ratio* calculadora, según la cual, todo, desde la piedra inanimada hasta la frase más fría y dura, está almacenado en un orden mensurable, divisible, repetible, que ha recibido su sentido de la potencia suprema del hombre endiosado, de la utilidad práctica".

¿Nos comprendemos ahora? Me parece que uno de los frutos que, como dirigentes de la Familia debiésemos llevar desde aquí, debe ser: nos adherimos con ardor a Schoenstatt, pues queremos construir un nuevo orden social. No queremos sentarnos en nuestra pieza y rezar, ni queremos encarnar en nuestras filas al benedictismo y cultivar una vida silenciosa e interior. Ciertamente que eso lo queremos también, pero solamente con el fin de llegar a ser, en última instancia, conquistadores del mundo. Queremos realizar nuevamente la aventura de Colón: construir un nuevo mundo y colocarlo a los pies de Dios. Queremos participar en la gran misión de la Santísima Virgen para el tiempo actual.

¿Cuál es, desde este punto de vista, nuestra tarea en relación a la técnica? Permítanme decirlo claramente: no queremos matar la técnica. Nosotros precisamos también de sus frutos. Debemos, si me permiten usar una antigua expresión, *bautizar la técnica*. ¿Qué significa esto en la práctica? Todo lo grande que ha pensado el espíritu humano, todo lo que ha descubierto e inventado, todo lo que ha producido creadoramente, todo debemos estructurarlo según el gran plan del Dios Trino.

¿Qué debemos procurar? Que también la técnica y el hombre técnico, la sociedad técnica, comprendan nuevamente la expresión: el cosmos es y sigue siendo una imagen del Dios

Trino. Y la misión del mundo del mañana será exactamente la misma misión que tuvo ayer. No queremos ser seguidores de la máquina sino que queremos utilizar todo lo mecánico para llegar a ser seguidores de Dios y seguidores de Cristo.

Que el hombre siga creciendo hasta lo ilimitado. Nos alegramos por ello. El espíritu humano ha realizado ciertamente cosas extraordinarias. Hasta me parece que quien conoce algo de todas estas cosas, se sumerge en sí mismo y se experimenta como una pequeña nada, destrozada por todo lo grande que hay en la creación y que el hombre ha transformado. Destrozada también por la forma cómo lo ha transformado. Sin embargo, no debemos pasar por alto que, por otra parte, *Deus semper maior*, Dios es siempre más grande. Nosotros somos pequeños y nos sentiremos cada vez más pequeños.

En este sentido, contemplemos todos los grandes hombres que cayeron víctimas de la técnica. Cuán vacíos se sintieron, cómo se experimentaron a sí mismos como pobres desamparados. Por un lado, entonces, *Deus semper maior!* Y yo, *semper minor!* ¡Ah, ahora tocamos ciertos pensamientos que son tan corrientes en nuestra Familia! Debo sumergir mi pequeñez en la grandeza de Dios. Mi pequeñez, mi impotencia, debe ser absorbida por la Omnipotencia de Dios. Mi debilidad debe ser absorbida, complementada, por la grandeza y el poder del Dios eterno e infinito.

¿Me expresé en forma comprensible? Recen ustedes un poco para que nos entendamos mutuamente, para que comprendamos nuestra misión y, luego, sigamos trabajando con ánimo a fin de poder realizar en la Familia el ideal del nuevo orden social tal como lo hemos analizado, para después poder transmitirlo.(...)

El P. Kentenich cita una carta en la cual se abogaba por un mayor compromiso de los cristianos y, porque en el mundo existe una lucha entre elementos positivos y negativos, el rol de los cristianos sería inclinar la balanza hacia el lado positivo. El P. Kentenich comenta:

No, no. Los cristianos no sólo deben inclinar la balanza hacia el lado positivo. Hay un gran peligro en pensar hoy día así. El Santo Padre y el Concilio señalan que la Iglesia quiere respetar la originalidad y el valor que posee en sí todo lo terreno. Por tanto, aquellos que se sienten llamados pueden trabajar tranquilamente por la transformación del mundo. Pero esto podría interpretarse erróneamente como si debiésemos permanecer en el trasfondo y que dejásemos que el mundo fuese primeramente mundo para luego acoplarnos a su marcha con la intención de bautizar el mundo así conformado. ¡No, no! El cristianismo primitivo ya lo afirmó claramente: el cristianismo debe ser el alma y, por lo tanto, la forma del mundo. Pío XII se remitió muchas veces a esa formulación? ¿Qué significa esto? La forma del cuerpo es el alma y ésta es "*tota in toto et tota in singulis partibus*", todo en el todo, y todo en cada una de sus partes. Siempre hemos sostenido esta concepción... hemos sido llamados a construir un nuevo orden cristiano de sociedad,. Esto no es ningún juego. Pero primero la Familia debe estar preparada, debe estar arraigada en Dios. ¡Con un pedazo de hielo no se puede encender fuego! Nuestra Familia, escuchan nuevamente la expresión,, la causa ejemplar, el modelo para todo aquello que Dios quiere realizar en los nuevos, en los más nuevos tiempos, en el mundo y en la Iglesia. (...)

Schoenstatt, corazón de la Iglesia

Una última expresión. Tiene que haber sido pronunciada entre 1964 y 1965: ¡Schoenstatt, el corazón de la Iglesia para los siglos futuros! ¡Una expresión maravillosamente profunda y hermosa! Si la pudiera explicar ahora+, ver lo que ella significa, ustedes se entusiasmarían muchísimo. ¡Por cierto no nos falta conciencia de misión! (...)

Miramos todo lo que el Concilio ha traído y miramos la historia de nuestra Familia, Entonces, sólo precisamos referirnos a:

1. La imagen orientadora de la Familia.
2. La imagen del organismo vital de la Familia.
3. La ley de construcción de la Familia.
4. La ley de conducción de la Familia. (...)

Cuando en la Semana de Octubre del año pasado hablamos detalladamente sobre la solidaridad, me cuidé siempre de no afirmar que esto o aquello fuese solamente gestado a través de mi persona. ¡De ninguna manera! Toda la Obra ha llegado a ser solidaria a través de la Familia entera. Esto prueba claramente que no se puede hablar aquí de una dictadura. Ciertamente que es una prueba de que el acto de séquito en toda la línea, en la forma correcta, ha llegado a ser muy fructífera. ¡Con cuanta frecuencia hemos tenido que confesar: ¡Qué hubiese sido sin ti! Así puedo decir de la Santísima Virgen, del Santuario; así puedo decir también de cada miembro. Ciertamente que todo miembro puede y debe decir también a su vez: ¡Qué hubiese sido sin ti! (...)

Visión del futuro de Schoenstatt

Ustedes se preguntarán, ¿qué es lo que hemos hecho hasta el momento? No olviden, repito la frase conocida, con un trozo de hielo no se enciende una fogata. No queremos tener a Dios a nuestras espaldas, no queremos volverle la espalda sino que queremos estar poseídos por él. ¡Si no estamos poseídos por Dios, cómo queremos entonces estar poseídos del hombre! ¿Cómo queremos entonces tener el poder y las fuerzas para dar toda nuestra vida y consumirla en la construcción de un tal mundo nuevo, de un tal orden nuevo de la sociedad?(...) ¡Cuál lejos estamos de este ideal! . Pero no nos angustiemos; Dios está actuando. El ha actuado hasta ahora. La Mater cuidará perfectamente!. Todo esto va a llegar a ser, con seguridad, realidad. (...)

Ley de repartición de las tareas

Nosotros que no sólo estamos orientados dogmáticamente, sino que también sociológicamente, acostumbramos a hablar con gusto de la ley de la repartición de tareas. Toda nuestra organización y todo el organismo de la Familia está basado en esta ley. Nosotros pensamos haber leído esta ley, como todas las otras, en la praxis de Dios. Esto quiere decir que el Dios vivo rige la Iglesia y el mundo también según esa ley. Más exactamente: él transfiere a determinados grupos una tarea, ciertamente siempre en el marco del todo. (...)

El P. Kentenich, hace alusión al “Esquema 15” (Constitución conciliar sobre la Iglesia y el mundo). Dice que allí se encuentra oculta la gran visión de la Iglesia del futuro:

Vale la pena estudiar ese esquema. Si sucede lo que allí se propone, entonces está salvada la naturaleza humana y la sociedad. La Constitución es Carta Magna respecto a la superación del colectivismo, del hombre técnico. Sin embargo, esto necesita ser probado. (...)